DRAGON ROJO

Thomas Harris

Título del original inglés, Red dragón Traducción, Elisa López de Bullrich Cubierta, Juan Falcó, Edición No abreviada

Impreso y encuadernado por
Printer Colombiana
Calle 64 No. 88A-30
Bogotá 1983
Printed in Colombia

«Se puede ver sólo lo que se observa y se observa sólo lo que ya está en la mente. »

ALPHONSE BERTILLON

...Porque la Misericordia tiene un corazón humano,
la Piedad un rostro humano,
Y el Amor la divina forma humana,
Y la Paz el ropaje humano.

WILLIAM BLAKE, *Cantos de la Inocencia*

(Una imagen Divina)

La Crueldad tiene un Corazón Humano,
y los Celos un Rostro Humano,
el Terror la Divina Forma Humana,
y el Secreto el Ropaje Humano.

El Ropaje Humano está forjado en Hierro,
La Forma Humana una Forja Ardiente,
El Rostro Humano un Horno sellado,
El Corazón Humano su Fauce Hambrienta.
WILLIAM BLAKE, *Cantos de la Experiencia*
(Una Imagen Divina)*

*** Este poema fue encontrado después de la muerte de Blake junto con impresiones de los grabados para los Cantos de la Experiencia. Aparece solamente en las ediciones póstumas.**

I

Will Graham hizo sentar a Crawford junto a una mesa de picnic, entre la casa y el océano, y le ofreció un vaso de té helado.

Jack Crawford miró la casa vieja y simpática cuyas maderas cubiertas de litre plateado resplandecían en la diáfana luz.

—Debí haberte agarrado en Marathón cuando salías de trabajar — dijo Crawford—. No querrás hablar de este asunto aquí.

—No quiero hablar de eso en ninguna parte, Jack. Tú tienes que hacerlo, de modo que adelante. Pero no se te ocurra mostrarme ni una sola fotografía. Si trajiste algunas, déjalas en tu portafolio, Molly y Willy volverán pronto.

—¿Qué es lo que sabes?

— Lo que publicaron el *Herald* de Miami y el *Times* —respondió Graham -. Dos familias asesinadas en sus casas con un mes de diferencia. Una en Birmingham y otra en Atlanta. Las circunstancias eran similares.

—Similares no. Las mismas.

—¿Cuántas confesiones hasta ahora?

—Ochenta y seis cuando llamé esta tarde —manifestó Crawford—. Todos locos. Ninguno conocía los detalles. Destroza los espejos y utiliza los pedazos rotos. Ni uno solo lo sabía.

— ¿Qué otra cosa les ocultaste a los periodistas?

—Que es rubio, diestro y realmente fuerte, calza zapatos número cuarenta y cinco. Un verdadero Hércules. Las impresiones son todas de guantes de goma.

—Eso lo dijiste en público.

—No es muy hábil con las cerraduras —comentó Crawford—.
Utilizó un cortavidrio y una ventosa de goma para entrar en la última casa. Ah, su sangre es AB positiva.

—¿Lo hirió alguien?

—Hasta ahora no lo sabemos. Analizamos su semen y saliva. Abundan sus secreciones. —Crawford contempló el mar calmo. —Will, quiero hacerte una pregunta. Leíste todo en los diarios. El segundo caso fue ampliamente comentado en la televisión. ¿Se te ocurrió alguna vez llamarme?

-No.

—¿Y por qué no?

—Al principio no había muchos detalles del primer caso, el de Birmingham. Podía haber sido cualquier cosa, una venganza, un pariente.

—Pero supiste de qué se trataba después del segundo.

—Sí. Un psicópata. No te llamé porque no quise. Ya sé con quién trabajarás en este caso. Cuentas con el mejor laboratorio. Con Heimlich en Harvard, Bloom en la Universidad de Chicago...

—Y te tengo aquí a ti, arreglando unos malditos motores de lanchas.

—No creo que fuera de mucha utilidad, Jack. Ya no pienso más en eso.

—¿De veras? Atrapaste a dos. Los dos últimos que tuvimos los atrapaste tú.

—¿Y cómo? Haciendo las mismas cosas que haces tú y los demás.

—Eso no es del todo cierto, Will. Es la forma en que piensas.

—Creo que se han dicho muchas estupideces sobre mi modo de pensar.

—Llegaste a conclusiones sin que nunca nos explicaras cómo lo hiciste.

—Las pruebas estaban a la vista —respondió Graham.

—Seguro. Seguro que estaban a la vista. Y después aparecieron muchas más. Antes del arresto teníamos tan pocas que difícilmente hubiéramos podido continuar.

—Tienes la gente necesaria, Jack. No creo que yo pueda mejorar en nada el equipo. Me mudé aquí para alejarme de todo ese ambiente.

—Lo sé. La última vez te hirieron. Ahora pareces estar bien.

—Lo estoy. Pero no es el hecho de quedar herido. A ti también te lastimaron.

—Me hirieron pero no en esa forma.

-No se trata de haber sido herido. Decidí simplemente que ya era suficiente. No creo poder explicarlo.

—Por Dios, te aseguro que comprendería perfectamente bien que ya no pudieras volver a enfrentarlo.

—No. Mira... siempre es feo tener que verlos, pero en cierta forma te las arreglas para poder funcionar, siempre y cuando estén muertos. El hospital, las entrevistas, eso es lo peor. Tienes que apartarlo de tu mente para poder seguir pensando. No me creo capaz de hacerlo ahora. Podría obligarme a mirar, pero me resultaría imposible pensar.

—Will, éstos están todos muertos —dijo Crawford lo más suavemente que pudo.

Jack Crawford escuchó el ritmo y la sintaxis de sus propias frases en la voz de Graham. Había oído a Graham hacerlo en otras oportunidades, con otras personas. A menudo, en medio de una animada conversación, Graham adoptaba la forma de hablar de su interlocutor. Al principio Crawford pensó que lo hacía deliberadamente, que era una treta para mantener el ritmo.

Pero más adelante Crawford se dio cuenta de que Graham lo hacía involuntariamente, que a veces trataba de evitarlo y no podía.

Crawford metió dos dedos en el bolsillo de su chaqueta. Arrojó luego sobre la mesa dos fotografías boca arriba.

—Todos muertos —repitió.

Graham lo miró durante un instante antes de tomar las fotos. Eran simples instantáneas: una mujer seguida por tres niños y un pato, llevando una canasta de picnic junto a la orilla de una laguna. Una familia de pie detrás de una torta de cumpleaños.

Depositó nuevamente las fotografías sobre la mesa al cabo de medio minuto. Las puso una sobre la otra y dirigió su mirada a la playa, a lo lejos, donde el chico en cuclillas examinaba algo en la arena. La mujer lo observaba, apoyada su mano sobre la cadera mientras la espuma de las olas se arremolinaba en torno a sus tobillos. Se inclinó hacia atrás para sacudirse el pelo mojado pegoteado sobre la espalda.

Graham, haciendo caso omiso de su visita, observó a la mujer y al muchacho durante un lapso igual al que había dedicado a mirar las fotos.

Crawford estaba contento. Con el mismo esmero que había puesto para elegir el lugar de la conversación, cuidó que la satisfacción no se reflejara en su rostro. Le pareció que había conseguido a Graham. Tenía que dejarlo recapacitar.

Aparecieron tres perros increíblemente feos que se echaron junto a la mesa.

—Dios mío... —murmuró Crawford.

— Probablemente son perros. La gente los abandona continua mente por aquí cuando son pequeños —explicó Graham —. Puedo deshacerme de los más o menos lindos y el resto se queda dando vueltas por el lugar hasta que son más grandes.

— Están bastante gordos.

—Molly tiene un corazón muy blando y le dan lástima. —Qué buena vida debes pasar aquí, Will. Con Molly y el chico. ¿Cuántos años tiene?

— Once.

— Es un lindo muchacho. Va a ser más alto que tú.

—Su padre lo era —afirmó Graham—. Tengo suerte de poder estar aquí. Lo sé.

— Quería traer a Phyllis a Florida. Me gustaría conseguir un lugar para instalarme cuando me jubile y dejar de vivir como un topo. Ella dice que todas sus amigas están en Arlington.

— Siempre quise agradecerle los libros que me llevó al hospital pero nunca lo hice. Hazlo por mí.

— Lo haré.

Dos pequeños y coloridos pajaritos se posaron sobre la mesa esperando encontrar algo dulce. Crawford los observó mientras daban pequeños saltitos de uno a otro lado hasta que finalmente volaron.

—Will, este degenerado parece actuar siguiendo las fases de la luna. Asesinó a los Jacobi en Birmingham la noche del sábado 28 de junio, noche de luna llena. Mató a la familia Leeds en Atlanta anteanoche, 26 de julio. Un día antes de cumplido el mes lunar. De modo que si tenemos suerte, todavía nos quedan un poco más de tres semanas hasta que vuelva a actuar.

»No creo que tú quieras esperar aquí en los cayos y enterarte del próximo caso

por medio del *Herald.* Caray, no soy el Papa, no estoy diciéndote lo que debes hacer, pero quiero preguntarte una cosa: ¿mi opinión significa algo para ti, Will?

-Sí.

— Creo que las posibilidades de atraparlo rápido son mayores si tú nos ayudas. Vamos, Will, anímate y danos una mano. Ve a Atlanta y a Birmingham a echar un vistazo y luego pasa por Washington.

Graham no contestó.

Crawford esperó hasta que cinco olas rompieron en la playa.
Se puso entonces de pie y se echó la chaqueta de su traje sobre un hombro.

—Conversaremos después de la comida.

—Quédate a comer con nosotros.

Crawford meneó la cabeza.

—Volveré más tarde. Debe de haber mensajes en el Holiday Inn y tengo que hacer unas cuantas llamadas. De todos modos agradécele a Molly de mi parte.

El auto alquilado por Crawford levantó una fina capa de polvo que se depositó sobre los arbustos próximos al camino de grava.

Graham volvió junto a la mesa. Tenía miedo de que ése fuera su último recuerdo del cayo Sugarloaf: hielo derritiéndose en dos vasos con té, servilletas de papel cayendo de la mesa impulsadas por la suave brisa y Molly y Willy allá lejos en la playa.

Atardecer en Sugarloaf: las garzas inmóviles y el disco rojo del sol haciéndose más grande cada segundo.

Will Graham y Molly Foster Graham estaban sentados sobre un tronco desteñido arrastrado por la marea, sus caras tenían un tinte anaranjado por el reflejo del sol poniente y sus espaldas estaban envueltas en sombras violáceas. Ella le tomó la mano.

—Crawford pasó por la tienda para verme antes de venir aquí —dijo -. Me pidió la dirección. Traté de llamarte. Creo que de vez en cuando deberías contestar el teléfono. Vimos el auto cuando llegamos a casa y dimos vuelta hacia la playa.

—¿Qué más te preguntó?

—Cómo estabas.

—¿Qué le contestaste?

—Que estabas bien y que debería dejarte tranquilo. ¿Qué quiere que hagas?

—Ver unas pruebas. Soy especialista forense, Molly. Has visto mi diploma.

—Lo que vi fue cómo remendaste una rajadura en el papel del techo con tu diploma. —Se sentó a horcajadas sobre el tronco para mirarlo de frente. —Si extrañaras tu otra vida, lo que hacías antes, supongo que hablarías de ello. Jamás lo haces. Ahora estás tranquilo, cómodo y comunicativo... y eso me encanta.

— ¿Lo pasamos bien, verdad?

Ese único y lento parpadeo le indicó que debería haber dicho algo mejor, pero ella insistió antes de que pudiera corregirlo.

—Lo que hiciste por Crawford fue malo para ti. El tiene muchas otras

personas, supongo que todo el bendito departamento. ¿Es posible que no pueda dejarnos en paz?

— ¿Crawford no te lo contó? Fue mi jefe las dos veces que dejé la Academia del FBI para volver al campo de batalla. Esos dos casos fueron los únicos de ese tipo que jamás había tenido y hace mucho tiempo que Jack está en el FBI. Ahora se le ha presentado otro. Esta clase de psicópata es muy poco común. El sabe que yo he tenido... experiencia.

—Sí, así es —respondió Molly. Por la camisa desabrochada de Will podía ver la curva de la cicatriz sobre el estómago. Era sobresaliente y de un dedo de ancho y jamás se bronceaba. Corría desde la cadera izquierda y se torcía hasta alcanzar las costillas del lado opuesto.

Se la había hecho el doctor Hannibal Lecter con un cuchillo el año anterior a que Molly conociera a Graham. Casi lo llevó a la tumba. El doctor Lecter, apodado por los diarios «Hannibal el Caníbal», era el segundo psicópata que había atrapado Will Graham.

Cuando salió finalmente del hospital, presentó su renuncia a la Oficina Federal de Investigaciones, abandonó Washington y se puso a trabajar como mecánico de motores diesel para lanchas en un astillero de Marathón, en los cayos de Florida. Se había criado haciendo ese tipo de trabajo. Dormía en una casa rodante en el astillero hasta que apareció Molly y su destartalada mansión del cayo Sugarloaf.

El se sentó también a horcajadas sobre el tronco y aferró las manos de Molly. Los pies de ella se deslizaron bajo los de Graham.

— Muy bien, Molly. Crawford cree que yo tengo un olfato especial para los monstruos. Es casi como una superstición.

— ¿Y tú piensas como él?

Graham contempló tres pelícanos que volaban en fila sobre los bajíos del mar.

—Molly, un psicópata inteligente, especialmente un sádico, es muy difícil de atrapar por varias razones. En primer lugar porque no existe un motivo que se pueda rastrear. De modo que esa posibilidad queda descartada. Y generalmente no podrás contar con ninguna ayuda por parte de soplones. Verás, en la mayoría de los arrestos es más importante el papel de los soplones que el de los detectives, pero en casos como éste no hay soplones. Quizás *él* ni siquiera sabe lo que está haciendo. De modo que debes aprovechar todas las pruebas que tengas y deducir lo demás.

Tienes que tratar de reconstruir su forma de pensar. Tratar de encontrar pautas.

—Y seguirlo y enfrentarlo —acotó Molly —. Tengo miedo de que si te lanzas tras ese maniático, o lo que sea, te haga lo mismo que te hizo el último. Exactamente. Y eso es lo que me aterra.

—Nunca me verá ni conocerá mi nombre, Molly. La policía será la encargada de detenerlo si es que lo encuentran. Yo no. Todo lo que Crawford quiere es otro punto de vista.

Ella observó el sol color púrpura que parecía desparramarse sobre el mar. Unos

los diferentes tipos de sangre y las manchas orgánicas del cuarto y muestras comunes para comparación de trayectorias de regueros de sangre.

Repasó minuciosamente todos los dormitorios del primer piso, tratando de hacer coincidir las heridas con las manchas, tratando de trabajar marcha atrás. Dibujó cada mancha en un plano en escala del dormitorio principal, valiéndose del muestrario para comparar y poder así estimar la dirección y velocidad del goteo. En esta forma esperaba poder descubrir la posición de los cuerpos en diferentes momentos.

Había una hilera de tres manchas que subían y daban la vuelta a un rincón de la pared del dormitorio y tres pequeñas manchas en la alfombra debajo de ellas. La pared de la cabecera de la cama estaba manchada del lado donde había estado Charles Leeds y se veían las marcas de unos golpes sobre los zócalos. El diagrama de Graham empezó a parecerse a esos juegos de entretenimiento en que deben unirse los números con una raya para obtener un dibujo, pero en este caso no había números. Se quedó contemplándolo, miró nuevamente la habitación, y luego retomó el dibujo hasta sentir que su cabeza estaba por estallar.

Entró al baño y tomó sus dos últimas pastillas de Bufferin, utilizando las manos para beber el agua de la canilla del lavatorio. Se mojó la cara y la secó luego con el faldón de su camisa. El agua se derramó sobre el piso. Había olvidado que habían quitado las válvulas y sifones de los desagües. De no ser por eso, el baño estaba perfecto, a excepción del espejo roto y de los rastros del polvo rojo utilizado para las impresiones digitales llamado Sangre de Dragón. Los cepillos de dientes, las cremas faciales, la afeitadora, todo estaba en su lugar.

Daba la impresión de que el baño todavía era utilizado por la familia. Las medias de la señora Leeds colgaban todavía del toallero donde las había dejado para que se secaran. Advirtió que había cortado la pierna de un par que tenía unos puntos corridos, para poder utilizar dos pares de una sola pierna, y en esa forma ahorrar dinero. La pequeña y modesta economía de la señora Leeds le llegó muy hondo; Molly hacía exactamente lo mismo.

Graham se deslizó por una ventana hacia el techo del porche y se quedó sentado sobre las ásperas tejas. Abrazó las rodillas al sentir el frío de la camisa húmeda en su espalda y resopló para ahuyentar el olor a masacre que impregnaba su *nariz.*

Las luces de Atlanta iluminaban el cielo y resultaba difícil poder contemplar las estrellas. Debía de ser una noche clara en los Cayos. Podría estar junto a Molly y Willy, esperando ver las estrellas fugaces y escuchar el ruido que ellos tres juraban que hacían al caer. La lluvia de meteoros del Delta Aquarid estaba en su punto máximo y Willy estaría observándola.

Se estremeció y resopló nuevamente. No quería pensar en Molly en ese momento. Era de mal gusto y lo perturbaba.

Graham tenía serios problemas con el gusto. A menudo sus pensamientos no eran placenteros. No existían divisiones categóricas en su mente. Lo que veía y

aprendía influía en todo lo que ya sabía. Resultaba difícil convivir con algunas combinaciones.

Pero no podía preverlas, no podía bloquearlas y suprimirlas. Sus principios de decencia y corrección subsistían, escandalizados por sus asociaciones, absortos por sus sueños; le daba lástima que en ese campo de batalla que era su cráneo, no existieran defensas para lo que amaba. Sus asociaciones se presentaban a la velocidad de la luz. Sus juicios sobre valores, a ritmo mesurado. Nunca lograban mantenerse a la par y dirigir su pensamiento.

Consideraba su mentalidad algo grotesca pero útil, como una silla hecha con cornamenta. Mas no podía hacer nada al respecto.

Graham apagó las luces de la casa y salió por la cocina. En el extremo más alejado del porche de atrás, la luz de su linterna iluminó una bicicleta y una canasta de paja para perros. Había una casilla de perro en el patio posterior y un plato junto a los escalones.

Las pruebas indicaban que los Leeds habían sido sorprendidos mientras dormían.

Sujetó la linterna entre el pecho y el mentón y escribió una nota: *Jack, ¿dónde estaba el perro?*

Graham regresó a su hotel. Tenía que concentrarse en el manejo del auto, por más que a esa hora, las cuatro de la mañana, no había mucho tráfico. Seguía doliéndole la cabeza y buscó una farmacia de turno.

Encontró una en Peachtree. Un desaliñado sereno dormía junto a la puerta. Un farmacéutico con una chaqueta sucia sobre la que resaltaba más su caspa, le vendió Bufferin. El reflejo de la luz del local le resultaba molesto. A Graham no le gustaban los farmacéuticos jóvenes. Tenían un aspecto de cachorros raquíticos. A menudo eran relamidos y sospechaba que eran desagradables en sus casas.

—¿Qué más? —preguntó el farmacéutico con los dedos apoyados sobre las teclas de la máquina registradora—. ¿Qué más?

La oficina del FBI de Atlanta le había reservado una habitación en un absurdo hotel próximo al nuevo Peachtree Center. Tenía unos ascensores de vidrio en forma de capullos como para que no le cupieran dudas de que estaba realmente en la ciudad.

Graham subió a su cuarto acompañado por dos miembros de una convención en cuyos distintivos estaba impreso, además de su nombre, el saludo «¡Hola!». Ambos se agarraron del pasamanos y echaron una mirada al vestíbulo mientras subían.

—Mira allí, un poco más lejos del mostrador, es Wilma y los otros que acaban de regresar —dijo el más grande. —Maldita sea, cómo me gustaría arrancarle un pedacito.

—Hacerle el amor hasta que le sangre la nariz —acotó el otro.
Miedo y deseo y rabia por el miedo.
—¿Sabes por qué las mujeres tienen piernas?
—¿Por qué?
—Para no dejar un rastro como el caracol.
Las puertas del ascensor se abrieron.
—¿Llegamos? Sí, ya llegamos —afirmó el grandote, tambaleándose contra las puertas al salir.
—Este es el ciego que guía al otro ciego —comentó el otro.
Graham depositó la caja de cartón sobre la cómoda de su cuarto. Pero luego la guardó en un cajón para quitarla de su vista. Ya había tenido suficiente por ese día con esos muertos de ojos abiertos. Tenía ganas de llamar a Molly pero era demasiado temprano.
A las ocho de la mañana debía presentarse en el departamento central de la policía de Atlanta. No tenía mucho que contarles.
Trataría de dormir. Su mente parecía un ruidoso vecindario repleto de disputas y en uno de sus pasillos había una pelea. Se sentía entumecido y vacío; se sirvió dos dedos de whisky en el vaso del baño y los bebió antes de acostarse. La oscuridad parecía aplastarlo. Encendió la luz del baño y se metió nuevamente en cama. Imaginó que Molly estaba en el baño cepillándose el pelo.
Párrafos del informe de la autopsia resonaban con su propia voz, aunque nunca los había leído en voz alta: «...las heces estaban formadas... un rastro de talco en la parte inferior de la pierna derecha. Fractura de la pared de la órbita debido a la inserción de un trozo de espejo...»
Graham trató de pensar en la playa del Cayo Sugarloaf y escuchar el ruido del oleaje. La imagen de su banco de trabajo acudió a su mente y pensó en el escape para el reloj de agua que él y Willy estaban fabricando. Cantó *Whiskey River* en voz baja y trató de repasar mentalmente *Black Mountain Rag* del principio al fin. La canción de Molly. La parte de la guitarra de Doc Watson salía perfecta, pero siempre se perdía cuando entraban los violines. Molly había tratado de enseñarle a zapatear en el patio de atrás de la casa y comenzó a saltar... hasta que por fin se durmió.
Se despertó al cabo de una hora rígido y empapado en sudor y la silueta de la otra almohada contra la luz del baño se transformó en la señora Leeds acostada junto a él, mordida y destrozada, con espejos en sus ojos y sangre sobre las sienes y orejas como si fueran patillas de anteojos. No podía girar la cabeza para mirarla. Lanzó mentalmente un alarido y estiró la mano hasta tocar la tela seca.
Esa acción le proporcionó un alivio inmediato. Se levantó; el corazón le latía fuertemente, y se cambió la camiseta por otra seca. Tiró la camiseta mojada en la bañera. No podía correrse al lado seco de la cama. En cambio puso una toalla sobre la parte empapada por su transpiración y se instaló sobre ella, recostándose

III

— Creo que la tocó —afirmó Graham al saludarlo.

Crawford le alcanzó una gaseosa de la máquina en la sede central de la policía *de* Atlanta. Eran las 7.50.

—Por supuesto, la movió de un lado a otro —respondió Crawford—. Tenía marcas en las muñecas y detrás de las rodillas. Pero todas las impresiones que se encontraron en el lugar son de guantes no porosos. No te preocupes, Price ya llegó, viejo rezongón. En estos momentos está camino de la funeraria. La morgue entregó anoche los cuerpos, pero la empresa de pompas fúnebres no ha hecho nada todavía. Pareces agotado. ¿Dormiste algo?

—Una hora, quizá. Creo que la tocó sin los guantes.

—Espero que tengas razón, pero el laboratorio de Atlanta jura que usó todo el tiempo guantes de cirujano —insistió Crawford—. Los pedazos de espejo tenían esas impresiones lisas. El índice en la parte posterior del trozo incrustado en la vagina, un pulgar borroneado en la parte anterior.

— Lo repasó después de haberlo colocado, posiblemente para poder ver su asquerosa cara —dijo Graham.

—El que tenía en la boca estaba teñido de sangre. Como los de los ojos. En ningún momento se quitó los guantes.

— La señora Leeds era una mujer bonita —acotó Graham — . ¿Viste las fotos de la familia, verdad? En circunstancias íntimas a mí me habría gustado tocar su piel, ¿a ti no?

— *¿Intimas?* —Crawford no pudo evitar a tiempo un matiz de repugnancia en su voz.. Súbitamente empezó a hurgar en sus bolsillos en busca de cambio.

— Intimas; era algo privado. Todos los demás estaban muertos.
Podía permitirse que tuvieran los ojos abiertos o cerrados, a voluntad.

— Como le diera lagaña —asintió Crawford —. Inspeccionaron por supuesto su piel para ver si encontraban impresiones digitales. Nada. Consiguieron una borrosa de una mano en el cuello.

— El informe no mencionaba que se hubieran revisado las uñas.

—Supongo que estarían tiznadas cuando sacaron muestras de la piel. Las raspaduras se hicieron solamente en las partes de las palmas lastimadas por las uñas. No lo arañó.

—Tenía bonitos pies —agregó Graham.
—Así es. Vayamos arriba —sugirió Crawford — . El ejército ya debe de estar en pie de guerra.
Jimmy Price tenía un equipo considerable: dos cajas pesadas además de la bolsa con su cámara fotográfica y el trípode. Su entrada por la puerta del frente de la empresa funeraria Lombard de Atlanta fue sumamente ruidosa. Era un hombre viejo de aspecto débil y su humor no había mejorado luego de un largo viaje en taxi desde el aeropuerto en medio del veloz tráfico matinal.
Un solícito joven con un elaborado peinado lo hizo pasar a una oficina pintada de color damasco y crema. El escritorio estaba vacío *a* excepción de una escultura llamada «Las Manos Orando».
Price examinaba las puntas de los dedos de las manos en posición de oración cuando el propio señor Lombard entró. Lombard verificó las credenciales de Price cuidadosamente.
—Recibí por supuesto una llamada de su oficina de Atlanta, o agencia o como se llame, señor Price. Pero anoche tuvimos que recurrir a la policía para sacar a un molesto sujeto que trataba de sacar fotografías para el *National Tattler,* por eso debo obrar con mucho cuidado. Espero que usted me comprenda. Señor Price, a la una de la mañana nos entregaron los cuerpos y el funeral se llevará a cabo esta tarde a las cinco. No podemos retrasarlo de ninguna forma.
—Esto no tomará mucho tiempo —afirmó Price — . Necesito solamente un ayudante razonablemente inteligente, si es que dispone de uno. ¿Ha tocado usted los cuerpos, señor Lombard?
-No.
—Averigüe quién lo ha hecho. Tendré que tomarles las impresiones a todos.
Las instrucciones de esa mañana a los detectives de la policía asignados al caso de la familia Leeds se relacionaron casi exclusivamente con los dientes.
R. J. (Buddy) Springfield, jefe de los detectives de Atlanta, un hombre corpulento en mangas de camisa, estaba parado junto a la puerta con el doctor Dominic Princi cuando entraron uno detrás de otro los veintitrés detectives.
—Muy bien, muchachos, quiero ver una sonrisa amplia cuando se acerquen —dijo Springfield — . Muéstrenle sus dientes al doctor Princi. Muy bien, veamos todos los dientes. Dios mío, Sparks, ¿es eso su lengua o está tragando una ardilla? Sigan pasando.
Una gran reproducción frontal de una dentadura completa, superior e inferior estaba pinchada en el tablero de informaciones en el frente del cuarto de los oficiales. Le hizo recordar a Graham esos dientes postizos de celuloide que se venden en las tiendas de pegas. Se sentó junto con Crawford en el fondo de la habitación mientras los detectives se instalaban en unos pupitres similares a los de los colegios.
Gilbert Lewis, comisionado de Seguridad Pública de Atlanta y su oficial de relaciones públicas se ubicaron más apartados, en unas sillas plegables. Lewis

debía mantener una conferencia de prensa dentro de una hora.

El jefe de detectives Springfield tomó la palabra.

—Muy bien. No perdamos el tiempo con tonterías. Si ustedes leyeron los informes del día se habrán percatado de que hasta ahora no se ha progresado en absoluto.

«Entrevistas de casa en casa se seguirán realizando en un radio de cuatro manzanas más alrededor del escenario del crimen. R&I nos ha prestado dos empleados para ayudarnos a verificar las reservas de aviones y alquiler de autos en Birmingham y Atlanta.

«Nuevamente se repasarán hoy los datos de los hoteles y aeropuertos. Sí, *hoy* otra vez más. Atajen a todas las mucamas y ayudantes, así como también a todos los empleados que atienden el mostrador. Debió haberse limpiado en algún lugar y puede haber dejado un montón de roña. Si encuentran a alguien que limpió un montón de porquerías, desentierren a quienquiera que haya ocupado ese cuarto, séllenlo y comuníquense sin pérdida de tiempo con la lavandería. En esta oportunidad tenemos algo para que puedan mostrar en su ronda. ¿Doctor Princi?

El doctor Dominic Princi, jefe de investigaciones forenses del condado de Fulton, se adelantó y se detuvo bajo el dibujo de la dentadura. Levantó, para que todos pudieran verlo, un molde en yeso de una dentadura.

—Señores, así eran los dientes del sujeto en cuestión. El instituto Smithsoniano de Washington hizo la reconstrucción basándose en las marcas encontradas en la señora Leeds y en una mordedura descubierta en un trozo de queso en la nevera de los Leeds —dijo Princi.

—Como pueden apreciar, sus incisivos laterales son puntiagudos, éstos y estos dientes —aclaró Princi señalando en el molde primero y en el dibujo después—. Los dientes no están alineados y el incisivo central tiene un ángulo roto. El otro incisivo se ve muy gastado aquí. Algo semejante ala «mella de los sastres», el desgaste ocasionado por cortar el hilo con los dientes.

—Dientudo hijo de puta —musitó alguien.

—¿Cómo puede estar seguro que fue el asesino el que mordió el queso, doc? —preguntó un detective alto sentado en la primera fila.

A Princi no le gustaba nada que lo llamaran doc, pero se lo aguantó. Las muestras de saliva encontradas en el queso y en las heridas ocasionadas por mordeduras correspondían con el tipo de sangre —dijo—. Los dientes de las víctimas y su tipo de sangre no coincidían.

—Perfecto, doctor —interpuso Springfield—. Les entregaremos reproducciones de los dientes para que las muestren.

—¿Y por qué no distribuirlas entre los diarios? —preguntó Simpkins, el oficial de relaciones públicas — . Algo como... «¿Ha visto usted esta clase de dientes?»

—No veo ningún inconveniente —manifestó Springfield—. ¿Qué opina jefe?

Lewis asintió.

—¿Por qué?
—Porque le proporciona un verdadero placer.
—Ves, ya sabes algo sobre él —dijo Crawford.
Graham no volvió a hablar hasta que estuvieron en la vereda. —Espera hasta la próxima luna llena —le dijo a Crawford—. Y entonces dime cuánto sé sobre él.
Graham regresó al hotel y durmió durante dos horas y media. Se despertó al mediodía, se duchó y pidió un termo con café y un sandwich. Era tiempo ya de estudiar detenidamente el legajo de los Jacobi de Birmingham. Limpió los anteojos de leer con jabón del hotel y se instaló junto a la ventana con el legajo. Durante los primeros minutos levantó la vista con cada ruido, cada pisada que resonaba en el pasillo, el distante sonido de la puerta del ascensor. Pero luego lo único que existió para él fue el legajo.
El camarero que traía la bandeja golpeó a la puerta y esperó, golpeó y esperó. Finalmente dejó la bandeja con el almuerzo en el piso junto a la puerta y firmó él mismo la cuenta.

IV

Hoyt Lewis, encargado de leer los medidores de la compañía Eléctrica de Georgia, estacionó su camión bajo un gran árbol en el callejón, se recostó contra el respaldo y agarró la caja de su almuerzo. No era ya tan divertido abrir la caja porque él mismo era ahora el que la preparaba. No encontraba más notitas ni sorpresas.

Estaba por la mitad del sandwich cuando una voz fuerte resonó junto a su oído y le hizo dar un respingo.

—¿Supongo que este mes mi cuenta de electricidad debe llegar a los mil dólares, verdad?

Lewis se dio vuelta y vio junto a la ventana del camión la cara colorada de H. G. Parsons. Parsons estaba vestido con pantalones cortos y llevaba en la mano una escoba de jardín.

—No entendí lo que dijo.

—Supongo que usted dirá que este mes gasté el equivalente a mil dólares en electricidad. ¿Me oyó ahora?

—No sé cuánto ha gastado porque todavía no he revisado su medidor, señor Parsons. Cuando lo revise lo anotaré aquí, en este papel.

Parsons estaba resentido por el monto de su cuenta. Se había quejado a la compañía diciendo que le cobraban de más.

—Mi consumo es siempre el mismo —dijo Parsons—. Pienso presentarme también a la Comisión de Servicios Públicos.

—¿Quiere acompañarme a leer el medidor? Vayamos ahora mismo y...

—Sé muy bien cómo se lee un medidor. Creo que usted también podría hacerlo si no le costara tanto.

—Cállese un momento, Parsons —dijo Lewis bajando del camión—.

Escúcheme un momento, maldición. El año pasado puso un imán en el medidor. Su esposa dijo que usted estaba en el hospital, por eso me limité a sacarlo y no dije una sola palabra. Este invierno cuando tiró adentro melaza hice un informe. Advertí que pagó cuando se le cobró por el daño.

»Su cuenta subió después que usted hizo todas esas instalaciones de cables. Se lo he repetido hasta el cansancio, debe existir una pérdida en la casa. ¿Pero acaso contrató algún electricista para averiguarlo? Por supuesto que no. En cambio

llama a la oficina para quejarse de mí. Ya me tiene harto. — Lewis estaba pálido de ira.

—Llegaré hasta el fondo del asunto —dijo Parsons retrocediendo por el camino hacia su jardín—. Lo están controlando, señor Lewis. Vi a alguien que revisaba su itinerario antes que usted lo hiciera —dijo del otro lado del cerco —. Dentro de poco va a tener que trabajar como cualquier hijo de vecino.

Lewis puso en marcha el camión y se alejó por el callejón. Tendría que buscar otro lugar donde terminar de almorzar. Lo sentía mucho. Ese árbol grande de amplia copa había sido durante años un buen sitio para hacerlo.

Quedaba justo detrás de la casa de Charles Leeds.

A las cinco y media de la tarde Hoyt Lewis se dirigió en su auto particular al Cloud Nine Lounge, donde bebió varios tragos para despejar su mente.

Cuando llamó por teléfono a su ex esposa todo lo que se le ocurrió decir fue:

—Ojalá siguieras preparando mi almuerzo.

—Deberías haberlo pensado antes, señor Avivado —respondió ella y enseguida colgó.

Jugó un aburrido partido de tejo con algunos empleados de la compañía de electricidad y examinó la concurrencia. Unos insoportables empleados de una línea aérea habían empezado a frecuentar el Cloud Nine. Todos usaban el mismo bigotito y un anillo en el dedo meñique. Dentro de poco tratarían de transformar el Cloud Nine en un bar inglés con juego de dardos. No se podía contar ya con nada.

—Hola, Hoyt. Te juego un partido por una cerveza. —Era Billy Meeks, su supervisor.

—Oye, Billy, tengo que hablar contigo.

— ¿Qué ocurre?

¿ Conoces a ese desgraciado que se llama Parsons y que llama todo el tiempo a la compañía?

— Llamó justamente la semana pasada —dijo Meeks —. ¿Qué pasa con él?

—Dijo que alguien estaba revisando los medidores de mi zona antes que yo lo hiciera. Como si alguien pensara que yo no cumplía con el recorrido. ¿Tú no piensas que yo hago la lectura desde mi casa, verdad?

-No.

— ¿Tú no piensas eso, no es así? Quiero decir que si figuro con letras coloradas en la lista de una persona, querría que me lo dijera directamente.

— ¿ Crees que si figuraras en colorado en mi lista tendría miedo de decírtelo a la cara?

-No.

—Pues bien. Si alguien estuviera controlando tu ruta yo estaría enterado. Tus superiores siempre están al tanto de una situación así. Nadie te vigila, Hoyt. No le lleves el apunte a Parsons, es viejo y peleador. La semana pasada me llamó para decirme: — ¡Felicitaciones por haber abierto el ojo con Hoyt Lewis! —No le

presté atención.

—Ojalá le hubiéramos hecho sentir la ley con lo que hizo con su medidor. Acababa de detenerme en el callejón para almorzar bajo un árbol cuando se presentó a insultarme. Lo que le hace falta es una buena patada en el trasero.

—Yo solía detenerme allí también cuando tenía ese recorrido —dijo Meeks — . —Caray, recuerdo una vez que vi a la señora Leeds... bueno, no parece muy correcto hablar de eso ahora que ha muerto pero una o dos veces la vi tomando sol en traje de baño en su jardín. Uhhh. Tenía una pancita adorable. Fue una vergüenza lo que les ocurrió. Era una buena señora.

— ¿Detuvieron ya a alguien?

-No.

— Qué lástima que eligiera a los Leeds teniendo a Parsons justo enfrente —comentó Lewis.

—Te diré una cosa, no le permito a mi mujer que se pasee por el jardín en traje de baño. «¿Grandísimo tonto, quién me va a ver?» me dice siempre. Pero yo le contesto que no se puede saber qué clase de degenerado puede saltar el cerco con la bragueta abierta. ¿Te interrogaron los policías? ¿Te preguntaron si habías visto a alguien?

—Sí, creo que lo hicieron con todos los que tienen un recorrido habitual por aquí. Carteros, todos sin excepción. No obstante toda la semana pasada, hasta hoy, estuve trabajando en Laurel-wood, del otro lado de la avenida Betty Jane — Lewis rasgó la etiqueta de la cerveza. —Dices que Parsons te llamó la semana pasada?

—Así es.

—Pues entonces debe haber visto a alguien leyendo su medidor. No habría llamado entonces si recién hoy decidió molestarme. Tú dices que no enviaste a nadie y por cierto que no fue a mí a quien vio.

—Puede haber sido alguien de la Southeaster Bell verificando cualquier cosa.

—Puede ser.

—Pero no obstante no compartimos los mismos postes allí.

—¿Te parece que debo avisar a la policía?

—No le haría mal a nadie —respondió Meeks.

—No, y tal vez le viniera bien a Parsons mantener una charla con los representantes de la ley. Se va a pegar el susto de su vida cuando los vea llegar.

V

Graham regresó a la casa de los Leeds a última hora de la tarde. Entró por la puerta principal y trató de no mirar los destrozos provocados por el asesino. Había visto legajos, el piso donde ocurrió el crimen y cadáveres, todas consecuencias posteriores. Tenía bastante información sobre la forma en que habían muerto. Lo que ese día le preocupaba era saber cómo habían vivido.

Una inspección, entonces. En el garaje había una buena lancha para esquí, bastante usada y bien cuidada y una camioneta. Unos palos de golf y una motocicleta. Unas cuantas herramientas sofisticadas estaban casi sin usar. Juguetes de adulto.

Sacó un palo de la bolsa de golf y tuvo que sujetarlo con mucha fuerza para poder realizar un tembloroso swing. De la bolsa salió un fuerte olor a cuero cuando la apoyó nuevamente contra la pared. Las pertenencias de Charles Leeds.

Graham persiguió a Charles Leeds por toda la casa. Grabados de cacería colgaban en su escritorio. Su colección de Grandes Novelas estaba toda en un estante. Anuarios de Sewanee. H. Alien Smith, Perelman y Max Shulman en la biblioteca. Vonne-gut y Evelyn Waugh. *Beat to Quarters,* de C. S. Forrester, estaba abierto sobre una mesa.

En el armario había una escopeta de tiro al blanco, una máquina fotográfica Nikon, una fumadora y un proyector Bolex Super Eight.

Graham, que no poseía nada a excepción de su elemental equipo de pesca, un Volkswagen de tercera mano y dos cajas de Montrachet, experimentó una leve animosidad contra esos juguetes de adulto y se preguntó por qué.

¿Quién era Leeds? Un exitoso abogado especializado en impuestos, jugador de fútbol de Sewanee, un hombre alto y delgado a quien le gustaba reír, un hombre capaz de levantarse y luchar con el cuello seccionado.

Graham lo siguió por la casa impulsado por una extraña sensación de deber. Enterarse en primer lugar de cómo había sido él, era una forma de pedirle permiso para inspeccionar a su esposa.

Graham sentía, con absoluta seguridad, que era ella la que había atraído al monstruo.

La señora Leeds, entonces.

Tenía un pequeño cuarto de vestir en el primer piso. Graham se las arregló

para llegar allí sin mirar hacia el dormitorio. Estaba pintado de amarillo y parecía intacto a excepción del espejo del tocador que estaba destrozado. Frente al armario había un par de mocasines que daban la impresión de que su dueña acababa de sacárselos. Un salto de cama había sido colgado apresuradamente de una percha y el armario mostraba el ligero desorden típico de una mujer que tiene muchos roperos que ordenar.

El diario de la señora Leeds estaba guardado en una caja de terciopelo de color violeta colocada sobre el tocador. La llave estaba sujeta a la tapa por una tela adhesiva junto con una tarjeta de control de la sección Pertenencias Particulares de la policía.

Graham se sentó en una silla alta y angosta y abrió el diario al azar:

> Martes 23 de diciembre, en casa de mamá. Los chicos duermen todavía. No me gustó la idea de mamá de cerrar con vidrios el porche porque cambió totalmente el aspecto de la casa, pero la verdad es que ha resultado muy agradable y me permite estar sentada aquí y contemplar la nieve sin sentir frío. ¿Cuántas Navidades más podrá seguir teniendo su casa llena de nietos? Espero que muchas.
>
> El viaje de ayer desde Atlanta resultó bastante cansador ya que nevó a partir de Raleigh. Hubo que andar a paso de tortuga. Yo estaba cansada de trabajar para que todos estuvieran listos. Cuando pasamos Chapel Hill, Charlie detuvo el auto y bajó. Buscó unos pedazos de hielo de una rama para prepararme un martini. Al verlo volver levantando las piernas bien en alto para no hundirse y con el pelo y las cejas cubiertas de nieve, sentí una oleada de amor. Fue como algo que se quiebra produciendo un ligero dolor, pero que al mismo tiempo nos brinda una cálida sensación. Espero que la chaqueta le quede bien. Me muero si me compró ese enorme y pesado anillo. Tengo ganas de darle una patada a Madelyn en su trasero lleno de celulitis por mostrar el suyo y hacerse la chiquilina. Cuatro brillantes ridículamente grandes que parecían hielo sucio. El sol entró por la ventana del auto y al chocar contra la arista de un trozo de hielo formó un pequeño prisma en el vidrio. Una mancha colorada y otra verde aparecieron en la mano con que sostenía el vaso. Podía sentir los colores en la palma.
>
> Me preguntó qué quería que me regalara para Navidad y juntando las manos contra su oreja susurré: «Tu gran pene, tonto, hasta donde pueda llegar».
>
> La parte calva de atrás de la cabeza se le enrojeció. Siempre tiene miedo de que los chicos puedan oír. Los hombres no confían en los susurros.

La página estaba salpicada por la ceniza del cigarro del detective. Graham leyó mientras que la luz se lo permitió, enterándose de la operación de amígdalas de la niña y del susto que se dio la señora Leeds durante el mes de junio al descubrir un pequeño bulto en su pecho. «Dios mío, los chicos son tan pequeños.»

Tres páginas después el bulto resultó ser un pequeño quiste benigno que fue fácilmente extirpado.

> El doctor Janovich me dio de alta esta tarde. Salimos del hospital y fuimos hasta el lago. Hacía mucho que no íbamos allí. Nunca parece haber tiempo suficiente. Charlie tenía dos botellas de champagne en la conservadora de hielo, y las tomamos y les dimos de comer a los patos mientras se ponía el sol. Se quedó parado a la orilla del agua de espaldas a mí durante un buen rato, y me parece que lloró un poquito.
>
> Susan dijo que tenía miedo de que volviéramos del hospital con otro hermanito. ¡Estamos en casa!

Graham oyó sonar el teléfono en el dormitorio. Un clic y el sonido de un contestador automático. «Hola, habla Valerie Leeds. Siento no poder atenderlo ahora, pero si deja su nombre y su número después de oír la señal, lo llamaré luego. Gracias.»

Graham creyó durante un instante que después de la señal oiría la voz de Crawford, pero lo único que escuchó fue el tono de marcar. La persona que había llamado decidió cortar.

Había oído su voz; ahora quería verla. Bajó al estudio.

Tenía en el bolsillo un rollo de una película Super Eight perteneciente a Charles Leeds. Tres semanas antes de su muerte, Leeds había dejado la película en una farmacia que luego las enviaba a revelar a otra parte. Jamás la retiró. La policía encontró el recibo en la billetera de Leeds y buscó la película en la farmacia. Los detectives la habían visto junto con otras fotos de la familia reveladas al mismo tiempo y no encontraron nada interesante.

Graham quería ver a los Leeds con vida. Los detectives le ofrecieron el proyector de la comisaría. Pero él quería verla en la casa. De mala gana le permitieron retirarla del depósito de Pertenencias Particulares.

Graham encontró la pantalla y el proyector dentro del armario del estudio, los instaló y se sentó en el gran sillón de cuero de Charles Leeds para mirar. Sintió algo pegajoso en el brazo del sillón debajo de la palma de su mano, la impronta pegajosa de los dedos de un niño mezclada con pelusas. La mano de Graham olía a caramelo.

Era una breve, simpática y silenciosa película familiar, más imaginativa que la generalidad. Se iniciaba con un perro, un Scotty gris, dormido sobre la alfombra del estudio. El perro se inquietó momentáneamente por la filmación y alzó la cabeza para mirar a la cámara. Luego siguió durmiendo. Un corte notorio con el perro todavía durmiendo. Enseguida, el perro paró las orejas. Se levantó y ladró y la cámara lo siguió hasta la cocina, donde corrió hacia la puerta y permaneció expectante, agitándose y moviendo su cola rabona.

Graham se mordió el labio inferior y esperó también. En la pantalla la puerta se abrió y entró la señora Leeds llevando una bolsa con comestibles. Pestañeó y rió sorprendida y se tocó el pelo alborotado con su mano libre. Sus labios se movieron mientras desaparecía de la pantalla y detrás de ella irrumpieron los niños llevando bolsas más chicas. La niña tenía seis años y los varones ocho y diez.

El menor de ellos, aparentemente un veterano de películas familiares, señaló sus orejas y comenzó a moverlas. La cámara estaba situada bastante alta. De acuerdo al informe del médico forense, Leeds medía un metro noventa.

Graham pensó que esta parte de la película debía haber sido filmada a principios de la primavera. Los chicos usaban impermeables y la señora Leeds estaba pálida. En la morgue tenía un bronceado pronunciado y marcas de traje de baño.

Seguían escenas breves de los chicos jugando ping pong en el sótano y de Susan, la niña, envolviendo muy concentrada un regalo en su cuarto, tocándose con la lengua el labio superior y con un mechón de pelo caído sobre la frente. Se echó el pelo hacia atrás con su manita regordeta, tal como lo había hecho su madre en la cocina.

La escena siguiente mostraba a Susan en un baño de espuma, acurrucada como una ranita. Tenía puesto un gran gorro para ducha. El ángulo de la cámara era bajo y el foco borroso, evidentemente había sido obra de uno de sus hermanos. La escena terminaba cuando gritaba silenciosamente dirigiéndose a la cámara mientras el gorro se deslizaba sobre sus ojos y la niña se cubría su pecho infantil con la mano.

Para no ser menos, Leeds había sorprendido a su esposa en la ducha. La cortina de la ducha se agitaba y combaba, como lo hacen los telones antes de una representación infantil escolar. El brazo de la señora Leeds aparecía por la cortina. Sujetaba en la mano una gran esponja de baño. La escena se cerraba con la lente empañada por espuma de jabón.

La película terminaba con una toma de Norman Vincent Peale hablando por televisión y un enfoque de Charles Leeds roncando en el sillón en que estaba sentado en ese momento Graham.

Graham se quedó mirando el rectángulo vacío iluminado en la pantalla. Le gustaban los Leeds. Sentía haber ido a la morgue. Pensó que al maniático que los había visitado también debían haberle gustado. Pero con toda seguridad le gustarían mucho más como estaban ahora.

Graham sentía su cabeza embotada y atontada. Nadó en la piscina del hotel hasta que se le acalambraron las piernas y salió del agua pensando simultáneamente en dos cosas: en un martini Tanqueray y en el sabor de la boca de Molly.

Se preparó él mismo el martini en un vaso de plástico y llamó por teléfono a Molly.

—Hola estrellita.
-¡Hola, mi amor! ¿Dónde estás?
—En este maldito hotel de Atlanta.
—¿Has logrado algo bueno?
—Nada que valga la pena. Me siento solo.
-Yo también.
—Con ganas de hacer el amor.
-Yo también.
— Cuéntame de ti.
—Bueno, hoy tuve una agarrada con la señora Holper. Quería devolver un vestido con una gran mancha de whisky en el trasero. Quiero decir que evidentemente lo había usado para lo de Jaycee.
—¿Y tú qué le dijiste?
—Le dije que no se lo había vendido en ese estado.
-¿Y qué dijo *ella?*
—Dijo que antes no había tenido nunca problemas con devolución de vestidos, que por eso mismo los compraba en mi tienda en lugar de hacerlo en otras que conocía.
—¿Y entonces *tu* qué le dijiste?
—Oh, le dije que estaba molesta porque Will habla como un tonto por teléfono.
—Comprendo.
—Willy está bien. Está tapando unos huevos de tortuga que desenterraron los perros. Cuéntame qué haces tú.
—Leo informes. Como comida infame.
—Y supongo que estás pensando bastante.
—Así es.
—¿Puedo ayudarte?
—No tengo ninguna pista, Molly. No hay información suficiente. Bueno, hay bastante información, pero no he terminado con ella.
—¿Te quedarás un tiempo en Atlanta? No es para presionarte para que vuelvas sino solamente por saber.
—No lo sé. Me quedaré unos cuantos días más. Te extraño.
-¿Quieres que conversemos sobre hacer el amor?
—Creo que no podría soportarlo. Pienso que será mejor no hacerlo.
-¿Hacer qué?
— Conversar sobre hacer el amor.
—Muy bien. ¿No te importa si yo pienso en ello, verdad? —En absoluto.

—Tenemos otro perro.
— ¡Dios mío!
—Parece un cruce entre un Basset y un pekinés.
—Precioso.
—Tiene unos testículos enormes.
—Olvídate de los testículos.
—Casi tocan el suelo. Tiene que encogerlos cuando corre.
—No puede hacer eso.
—Sí que puede. *Tú* no sabes.
—Es claro que sé.
—¿Puedes encoger los tuyos?
— Pensé que a eso estábamos por llegar.
-¿Y bien?
—Si quieres saberlo, una vez lo hice. —¿Cuándo?
—En mi juventud. Tenía que pasar con gran apuro un alambre de púas.
— ¿Por qué?
— Llevaba un melón que no había sido cultivado por mí.
—¿Estabas escapando? ¿De quién?
—Un criador de cerdos que conocía. Alertado por los perros salió corriendo de la casa en calzoncillos esgrimiendo una escopeta de caza. Afortunadamente tropezó con una planta de frijoles y pude sacarle ventaja.
—¿Te disparó?
—Así lo creí en ese momento. Pero la salva que escuché bien pudo haber provenido de mi traste. Nunca estuve seguro.
— ¿Pudiste saltar el cerco?
—Sin problemas.
—Una mente criminal, y a esa edad.
—Yo no tengo mente criminal.
—Por supuesto que no. Estoy considerando si pintar o no la cocina. ¿Qué color te gustaría? ¿Will? ¿Qué color te gustaría? ¿Estás allí?
—Sí, eh... amarillo. Pintémosla de color amarillo.
—El amarillo es un mal color para mí. Voy a quedar verde a la hora del desayuno.
—Entonces azul.
—Es un color frío.
—Bueno caramba, por lo que me importa puedes pintarla color caca de bebé... No, espera, probablemente regrese dentro de poco tiempo y entonces iremos juntos al almacén de pinturas y haremos unas muestras y demás, ¿ te parece bien ? Y tal vez unas manijas nuevas.
—Sí, compremos manijas. No sé por qué estoy hablando de estas cosas. Oye, te quiero y te extraño y tú estás haciendo lo correcto. Así te cuesta, también, y bien que lo sé. Estoy aquí y lo estaré cuando sea que vuelvas o me encontraré

contigo en cualquier parte cuando quieras. Eso es.

— Querida Molly. Querida Molly. Ve a acostarte ahora.

—Muy bien.

—Buenas noches.

Graham se acostó con las manos detrás de la cabeza y repasó mentalmente sus comidas con Molly. Cangrejo y Sancerre y la brisa salada mezclada con el vino.

Pero tenía la desgracia de desmenuzar las conversaciones y fue lo que comenzó a hacer. Se había enojado con ella por ese tonto comentario sobre su «mente criminal». Qué estupidez.

Graham encontraba que el interés de Molly por él era en gran parte inexplicable.

Llamó al departamento de policía y le dejó dicho a Springfield que quería empezar a trabajar con los detalles por la mañana. No había nada más que hacer.

La ginebra lo ayudó a dormir.

ceborrincha era sofocante.

—Señor Parsons, ¿cuándo vio exactamente a este sujeto en la callejuela? —preguntó Springfield.

—No estoy seguro, estoy tratando de pensar.

—¿Recuerda la hora del día? ¿Mañana? ¿Mediodía? ¿Tarde?

—Conozco las horas del día, no necesita recordármelas. A la tarde, quizá. No lo recuerdo.

Springfield se refregó la nuca.

—Discúlpeme, señor Parsons, pero tengo que aclarar bien todo esto. ¿Podríamos pasar a su cocina y así usted nos muestra dónde estaba cuando lo vio?

—Permítanme ver sus credenciales. Ambos.

En la casa todo era silencio, superficies lustrosas y olor a encierro. Limpia. Limpia. El orden desesperante de una pareja que envejece y ve que sus vidas comienzan a borronearse.

Graham deseó haberse quedado afuera. Estaba seguro que en los cajones había cubiertos de plata con manchas de huevo entre los dientes de los tenedores.

«Basta ya y exprimamos al viejo idiota.»

La ventana que estaba sobre el fregadero de la cocina tenía una buena vista sobre la parte de atrás del jardín.

—Ahí tienen. ¿Están satisfechos? —preguntó Parsons—. Se puede ver allí afuera desde aquí. Nunca hablé con él, no me acuerdo qué aspecto tenía. Si eso es todo, tengo mucho que hacer.

Graham habló por primera vez.

—Usted dijo que entró para buscar su bata y que cuando volvió a salir ya se había marchado. ¿No estaba usted vestido entonces?

-No.

— ¿En la mitad de la tarde? ¿No se sentía bien, señor Parsons?

—Lo que hago en mi casa me incumbe solamente a mí. Puedo vestirme de canguro aquí si se me da la gana. ¿Por qué no están buscando al asesino? Probablemente porque aquí está bien fresco.

—Tengo entendido que usted está jubilado, señor Parsons, por lo tanto no tiene importancia si se viste o no todos los días. ¿Hay muchos días en los que no se viste, verdad?

Las venas de las sienes de Parsons se hincharon.

—Porque sea un jubilado no quiere decir que no me vista ni trabaje todos los días. Simplemente tenía mucho calor y entré para darme una ducha. Estaba trabajando. Estaba abonando y esa tarde había terminado mi tarea diaria, que es más de lo que harán ustedes hoy.

—¿Qué estaba haciendo?

—Abonando.

—¿Qué día abonó?

—Viernes. El viernes pasado. Lo entregaron durante la mañana, una buena cantidad y... a la tarde, ya lo había desparramado todo. Puede preguntarle al Carden Center cuánta cantidad era.

—Y sintió mucho calor y entró a darse una ducha. ¿Qué hacía en la cocina?

—Prepararme un vaso de té helado.

—¿ Y sacó hielo ? Pero la nevera está allí, apartada de la ventana.

Parsons miró a la ventana y luego a la nevera, perdido y confundido. Sus ojos estaban inexpresivos, como los de un pescado en el mercado al final del día. De repente se iluminaron con una expresión triunfal. Se acercó al armario que estaba junto al fregadero.

—Estaba justo aquí, sacando una bebida cuando lo vi. Eso es. Eso es todo. Bien y si han terminado ya de espiar...

—Creo que vio a Hoyt Lewis —dijo Graham. —Yo también —acotó Springfield.

—No era Hoyt Lewis. No era. —Parsons tenía los ojos húmedos.

— ¿Cómo lo sabe? —preguntó Springfield — . Puede haber sido Hoyt Lewis y usted creyó simplemente...

— Lewis está tostado por el sol. Tiene pelo grasiento y unas patillas de pobre gato. —La voz de Parsons había subido de tono y hablaba tan rápido que resultaba difícil entender lo que decía.
—Por eso lo supe. Por supuesto que no era Lewis. El tipo era más pálido y tenía pelo rubio. Se dio vuelta para escribir en su pizarra y pude ver bajo la parte de atrás de su sombrero. Rubio. Con un corte recto en la nuca.

Springfield permaneció totalmente inmóvil y cuando habló su voz reflejó todavía cierto escepticismo. —¿Qué me dice de la cara? —No lo sé. Podría haber tenido bigote.

— ¿Como Lewis?

—Lewis no tiene bigote.

—Oh —dijo Springfield. ¿El medidor quedaba a la altura de sus ojos? ¿O tuvo que levantar la cabeza?

—Creo que al nivel de sus ojos.

—¿Lo reconocería si volviera a verlo?

-No.

—¿Qué edad tendría?

—No era viejo. No lo sé.

—¿Vio al perro de los Leeds cerca de él?

-No.

—Oiga, Parsons, reconozco que estuve equivocado -dijo Springfield—. Usted ha sido una gran ayuda para nosotros. Si no le importa, enviaré a nuestro artista y si usted le permite sentarse aquí mismo en la mesa de su cocina, tal vez podría darle una idea del aspecto de ese sujeto. Con toda seguridad no era Lewis.

—No quiero que mi nombre aparezca en ningún diario.

—No aparecerá.

Parsons los acompañó afuera.

—Ha hecho un trabajo maravilloso en este jardín, señor Parsons —dijo Springfield—. Debería ganar algún premio.

Parsons no respondió. Tenía la cara congestionada y preocupada y los ojos húmedos. Se quedó parado mirándolos indignado, vestido con sus pantalones conos arrugados y sus sandalias. Cuando salieron del jardín buscó el rastrillo y comenzó a desbrozar furiosamente la tierra, golpeando ciegamente entre las flores, desparramando abono sobre el pasto.

Springfield verificó con la radio de su auto. Ninguna de las compañías eléctricas de la ciudad podía dar razón del hombre en el callejón el día anterior a los crímenes. Springfield suministró la descripción brindada por Parsons y transmitió instrucciones para el dibujante.

—Díganle que dibuje en primer lugar el poste y el medidor. Sólo después y con mucho tacto utilizará la descripción del testigo.

—A nuestro dibujante no le gusta mucho hacer visitas adomicilio —le dijo a Graham el jefe de los detectives mientras conducía su Ford en medio del tráfico — . Le gusta que lo vean trabajar las secretarias, con el testigo parado primero sobre un pie y luego sobre el otro, mirando por encima de su hombro. Una comisaría es un lugar bastante inhóspito para interrogar a una persona a la que no se quiere asustar. No bien tengamos el retrato lo exhibiremos en todo el barrio, puerta por puerta.

»Tengo la sensación de que acabamos de obtener un ligero indicio, Will. Mínimo, pero algo, ¿no le parece? Le preparamos el terreno a ese pobre diablo y pisó el palito. Ahora hagamos algo con lo que hemos logrado.

— Si el hombre del callejón es el que buscamos, es la mejor noticia que he tenido hasta ahora —replicó Graham. Estaba harto de sí mismo.

—Exacto. Significa que no es una persona que actúa según lo que siente en el momento. Tiene un plan. Sabe con uno o dos días de anticipación adonde va a ir. Tiene una especie de estructura. Ubicar el lugar, matar al animal favorito de la familia y luego a la familia. ¿Qué maldita clase de idea es ésa? —Springfield hizo una pausa. —¿Eso es más bien su especialidad, verdad?

—En erecto. De corresponderle a alguien, creo que me concierne a mí.

—Sé que ha visto antes esta clase de cosas. No le gustó nada el otro día que le preguntara sobre Lecter, pero necesito hablar con usted de él.

—Muy bien.

—¿En total mató a nueve personas, verdad?

—Sabemos que a nueve. Otros dos no murieron.

—¿Qué pasó con ellos?

—Uno está en una cámara de oxígeno en un hospital de Baltimore. El otro en una clínica psiquiátrica particular en Denver.

—¿Por qué razón lo hizo, en qué consistía su locura?

Graham miró por la ventanilla del auto a las personas que circulaban por la acera. Su voz adquirió un tono anodino, como si estuviera dictando una carta.

— Lo hizo porque le gustaba. Y sigue gustándole. El doctor Lecter no está loco, no como se piensa generalmente que debe ser un loco. Hizo algunas cosas espantosas porque disfrutaba con ello. Pero puede funcionar perfectamente bien si le da la gana.

— ¿Cómo lo catalogaron los psicólogos, cuál es su tara?

—Dicen que es un sociópata porque no saben cómo llamarlo.
Posee algunas de las características de los que ellos llaman sociópatas. No tiene ninguna clase de remordimiento ni sensación de culpa. Y tiene el primer y peor síntoma, notable sadismo con los animales durante su infancia.

Springfield refunfuñó.

—Pero no posee las otras características —agregó Graham—. No era un vago, ni tenía ninguna clase de antecedentes por violar la ley. No era superficial ni aprovechador en cosas pequeñas, como lo son la mayoría de los sociópatas. No es insensible. No saben cómo llamarlo. Sus electroencefalogramas denotan ciertas anormalidades, pero no han podido sacar mucho en limpio de ellas.

—¿Cómo lo llamaría usted? —inquirió Springfield.

Graham titubeó.

—Nada más que para usted, ¿cómo lo llamaría?

—Es un monstruo. Lo considero como uno de esos seres horribles que nacen de tanto en tanto en los hospitales. Los alimentan y los mantienen abrigados, pero no los ponen en las máquinas y entonces mueren. Mentalmente, Lecter es como ellos, sólo que parece normal y nadie lo advierte.

—Un par de amigos míos que trabajan con el jefe son de Baltimore. Les pregunté cómo descubrió usted a Lecter. Me dijeron que no lo sabían. ¿Cómo lo hizo? ¿Cuál fue el primer indicio, la primera sensación que tuvo?

—Fue una coincidencia —respondió Graham—. La sexta víctima fue muerta en su propio taller. Tenía herramientas para trabajar madera y guardaba allí sus implementos de caza. Lo habían atado a una percha de la pared de la que colgaban las herramientas y estaba realmente destrozado, cortado y acuchillado y tenía flechas clavadas. Las heridas me recordaban algo. Pero no podía saber qué.

—Y tuvo que esperar hasta los próximos.

—Sí. Lecter estaba muy excitado; los tres siguientes fueron asesinados en el transcurso de una semana. Pero el sexto en cuestión tenía dos viejas heridas en el muslo. El patólogo investigó en el hospital local y descubrió que había caído de su escondite en un árbol mientras cazaba con su arco y se había clavado una flecha en la pierna.

»E1 médico de guardia era un cirujano residente, pero Lecter lo había tratado antes ya que estaba en la sala de emergencias. Su nombre figuraba en el cuaderno de admisiones. Había transcurrido mucho tiempo desde el accidente, pero pensé que tal vez Lecter recordaría si la herida de flecha había tenido algo sospechoso,

por eso fui a verlo a su oficina. En ese momento teníamos que agarrarnos de cualquier cosa.

»Estaba practicando psiquiatría en aquel entonces. Tenía una linda oficina. Con antigüedades. Dijo que no recordaba mucho de la herida, que lo había llevado al hospital uno de los cazadores compañeros de él y eso era todo.

»Pero no obstante había algo que no me satisfacía. Creo que fue algo que me dijo Lecter o algo que vi en su despacho. Crawford y yo lo repasamos todo minuciosamente. Verificamos los archivos. Lecter no tenía prontuario. Quería poder revisar a solas su oficina, pero no conseguimos una autorización del juez. No teníamos nada que mostrar. Y entonces decidí volver a verlo.

»Era un domingo, atendía a sus pacientes también en domingo. El edificio estaba vacío a excepción de unas pocas personas en su sala de espera. Me hizo entrar enseguida. Conversábamos y él se esforzaba amablemente en ayudarme cuando levanté la vista y vi unos antiquísimos libros de medicina sobre el estante que estaba sobre su cabeza. Y supe que era él.

»Quizá la expresión de mi rostro había cambiado cuando lo miré nuevamente, no lo sé. Yo sabía y *él sabía* que yo lo sabía. No obstante todavía no conseguía descubrir el motivo. No confiaba. Tenía que averiguarlo. Por lo tanto musité algo y salí al hall de entrada. Allí había un teléfono público. No quería alertarlo hasta tener alguna ayuda. Estaba hablando con el conmutador de la policía cuando salió de una puerta de servicio a espaldas de mí y sin zapatos. Nunca lo oí acercarse. Sentí sólo su aliento y entonces... bueno, entonces ocurrió todo el resto.

—¿Pero cómo logró saberlo?

— Creo que sólo al cabo de una semana mientras estaba en el hospital. Era el *Hombre Herido,* una ilustración que figuraba en la mayoría de esos viejos libros de medicina como los que tenía Lecter. Se muestran diferentes clases de heridas de batalla en una sola figura. Lo había visto durante un curso de estudio que dictaba un patólogo en la Universidad de Washington. La posición de la sexta víctima y sus lesiones eran una réplica idéntica del *Hombre Herido.*

— *¿Hombre Herido,* dice usted? ¿Eso era todo lo que tenía?

—Pues, sí. Fue una coincidencia que lo hubiera visto. Un golpe de suerte.

—Vaya suerte.

— ¿Si no me cree, para qué mierda me lo preguntó?

—No oí lo que acaba de decir.

—Me alegro. No quise decirlo. Pero así fue como ocurrió. —Bien —acotó Springfield —. Bien. Gracias por contármelo. Necesito saber esa clase de cosas.

La descripción de Parsons del hombre del callejón y la información del gato y el perro eran posibles indicaciones de los métodos empleados por el criminal: parecía factible que hubiera explorado la zona como lector de medidores de luz y se sintiera compelido a herir a los animales mimados de las familias antes de matar a sus miembros.

Apagó las luces. Así, recostado en ese cuarto oscuro, podía sentirse en cualquier parte. La luz del lecho estaba provista de una pantalla giratoria que producía manchas multicolores que trepaban por las paredes y el piso y parecían rozarle la piel. Podría haber estado acostado sobre el asiento de una nave espacial, en una burbuja de vidrio entre las estrellas. Cuando cerró los ojos pensó que sentía las manchas de luz que se movían sobre él y al abrirlos, se convertían, en las luces de una ciudad situada arriba o abajo de él. Ya no había más arriba o abajo. La pantalla giraba más rápido a medida que se calentaba y las manchas se arremolinaban alrededor de él, pasando sobre los muebles en haces angulosos y cayendo como una lluvia de meteoros sobre las paredes. Podría ser un corneta atravesando la Nebulosa del Cangrejo.

Pero un lugar estaba protegido de la luz. Había colocado junto a la máquina un pedazo de cartón que proyectaba una sombra sobre la pantalla.

Alguna vez, en el futuro, fumaría primero para intensificar el efecto, pero en esta oportunidad no era necesario.

Oprimió el botón que ponía en funcionamiento el proyector. Un rectángulo blanco apareció en la pantalla, un rayado grisáceo al comenzar a pasar la película sobre la lente y enseguida el perrito gris paró las orejas y corrió hacia la puerta de la cocina, temblando y agitando su pequeña cola. Un corte y el perro corría junto al cordón de la vereda, dándose vuelta para tirar mordiscos hacia un costado.

Ahora entraba a la cocina la señora Leeds trayendo los paquetes con las compras. Reía y se tocaba el pelo. Los chicos salían detrás de ella.

Un corte nuevamente y una toma mal iluminada del dormitorio de Dolarhyde en el piso de arriba. Está parado desnudo frente al grabado de *El Gran Dragón Rojo y la Mujer Revestida del Sol.* Tiene puestos *«anteojos de combate»,* esos anteojos de plástico que se sujetan alrededor de la cabeza y que usan los jugadores de hockey. Tiene una erección que ayuda con su mano.

La imagen sale ligeramente de foco al acercarse Dolarhyde a la cámara con movimientos estilizados, estirando la mano para corregir el foco e invadiendo totalmente el marco de la película con la cara. La película tiembla y súbitamente enfoca un primer plano de su boca, su desfigurado labio superior fruncido, la lengua asomando entre los dientes, un ojo en blanco todavía en la imagen. La boca cubre la pantalla, los labios retorcidos dejan ver sus dientes mellados y la oscuridad al introducir la lente en su boca.

Los inconvenientes de la parte que seguía eran evidentes.

Una secuencia movida y borrosa con una luz fuerte se convirtió en una cama y en el acuchillamiento de Charles Leeds; la incorporación de su esposa, cubriéndose los ojos con una mano, dándose vuelta hacia su marido y poniendo las manos sobre él, rodando hacia el costado de la cama con las piernas enredadas en las sábanas, tratando de levantarse. La cámara enfocó de repente el techo, sacudiéndose y provocando unas rayas similares a las de

un pentagrama, para luego estabilizarse y presentar una toma de la señora Leeds acostada nuevamente, con una mancha oscura que se agrandaba en su camisón y Leeds llevándose las manos al cuello y con los ojos desorbitados. La pantalla quedó a oscuras durante cinco segundos y luego se oyó el leve sonido de un empalme.

La cámara estaba ahora inmóvil, sobre un trípode. Todos habían muerto ya y estaban ubicados en distintos lugares. Dos chicos sentados contra la pared que miraba hacia la cama, otro en el rincón enfrentando a la cámara. El señor y la señora Leeds en la cama, cubiertos con las sábanas. El señor Leeds apoyado contra la cabecera, la soga que lo sujetaba por el pecho semioculta por las sábanas y la cabeza inclinada hacia un costado.

Dolarhyde hizo su aparición en la película desde la izquierda, con movimientos estilizados como los de un bailarín balines. Salpicado de sangre y desnudo a excepción de las gafas y los guantes, haciendo morisquetas y saltando sobre los muertos. Se acercó al costado más alejado de la cama, donde estaba la señora Leeds, agarró la punta de la sábana, la sacó de un tirón y permaneció en una pose como si acabara de realizar una verónica.

Una fina capa de sudor cubría en ese momento a Dolarhyde mientras miraba la película, sentado en el living de sus abuelos. Sacaba constantemente la lengua gruesa, humedeciendo la reluciente cicatriz de su labio superior, mientras gemía y se estimulaba.

A pesar de haber alcanzado en ese momento la cúspide de su placer, no pudo evitar cierto disgusto al advertir que en la escena siguiente perdía toda gracia y elegancia en sus movimientos, al agitar la cabeza como un cerdo, apuntando distraídamente el trasero a la cámara. No había pausas sobrecogedoras, ningún sentido del ritmo, solamente un frenesí brutal.

De todas formas, era maravilloso. Observar la película le resultaba maravilloso. Pero no tanto como los actos en sí.

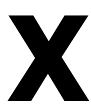
Dolarhyde sintió que la película tenía dos defectos principales: el primero que no registraba las muertes del matrimonio Leeds y el segundo, que su actuación al final no era muy buena. Era como si perdiera todos sus atributos. Por cierto que el Dragón Rojo no lo haría así.

Bueno, debía filmar muchas películas más y esperaba que con la experiencia podría mantener cierto nivel estético, aun en los momentos más íntimos.

Tenía que vencer. Se trataba de la obra de su vida, de algo magnífico. Viviría para siempre.

Tendría que hacerlo pronto. Seleccionar a sus compañeros de reparto. Ya había copiado varios filmes de salidas familiares durante el 4 de julio. El final del verano siempre traía aparejado un gran movimiento en la planta de revelado, al recibirse todas las películas filmadas durante las vacaciones. El día de Acción de Gracias suministraría otra buena tanda.

A diario recibía envíos familiares por correo.



El avión de Washington a Birmingham estaba medio vacío. Graham eligió un asiento junto a la ventanilla que tenía desocupado el de al lado.

Rechazó un sandwich algo seco que le ofreció la azafata y apoyó el legajo de los Jacobi sobre el soporte para la bandeja. Había anotado al principio las similitudes entre los Jacobi y los Leeds.

Ambas parejas estaban al final de la treintena, ambas tenían hijos, dos varones y una mujer. Edward Jacobi tenía otro hijo de un matrimonio anterior, que estaba en el colegio cuando fue asesinada su familia.

En ambos casos, los dos padres poseían títulos universitarios, y ambas familias vivían en casas de dos plantas en agradables suburbios. Tanto la señora Jacobi como la señora Leeds eran mujeres bonitas. Las familias utilizaban idénticas tarjetas de crédito y estaban suscriptas a idénticas revistas populares.

Ahí terminaban las similitudes. Charles Leeds era un abogado especializado en impuestos, mientras que Edward Jacobi era ingeniero y metalúrgico. La familia de Atlanta era presbiteriana; los Jacobi, católicos. Los Leeds residían desde hacía muchos años en Atlanta, en cambio los Jacobi habían vivido solamente tres meses en Birmingham, por haber sido trasladados allí desde Detroit.

La palabra «casualidad» resonaba molestamente en los oídos de Graham como una canilla que pierde. «Casual elección de víctimas», «sin motivo aparente», terminología empleada por los periodistas y pronunciada con ira y frustración por los detectives en los departamentos de homicidios.

Empero «casualidad» no era el término exacto. Graham sabía que los que realizaban asesinatos múltiples y en serie, no eligen sus víctimas al azar.

El hombre que asesinó a los Jacobi y a los Leeds vio algo en ellos que lo atrajo hacia esas personas y lo impulsó a matarlos. Podía haberlos conocido muy bien — así lo esperaba Graham — o quizá no los conocía en absoluto. Pero Graham estaba

seguro de que el asesino los había visto en alguna oportunidad antes de matarlos. Los eligió porque tenían algo que lo atraía y las mujeres constituían el meollo del asunto. ¿Qué sería?

Existían ciertas diferencias entre los dos crímenes.

Edward Jacobi fue muerto de un disparo mientras bajaba la escalera empuñando una linterna, posiblemente lo había despertado un ruido.

La señora Jacobi y sus hijos fueron muertos de un tiro en la cabeza, la señora Leeds en el abdomen. En todos los casos el arma utilizada fue una pistola automática de nueve milímetros. Restos de lana de acero de un silenciador de fabricación casera se encontraron en las heridas. Ninguna huella dactiloscópica en las cápsulas servidas.

El cuchillo había sido usado únicamente en Charles Leeds. El doctor Princi creía posible que se tratara de un instrumento con una hoja delgada, aguda y extremadamente filosa.

Los métodos para entrar a las casas diferían también; la puerta del jardín forzada en el caso Jacobi y el cortador de vidrio en el de los Leeds.

Las fotografías del crimen de Birmingham no mostraban tanta sangre como la que se encontró en el de Leeds, pero había manchas en las paredes del dormitorio a poco más de sesenta centímetros del suelo. Por lo tanto el asesino también había tenido público en Birmingham. La policía de Birmingham revisó los cadáveres en busca de impresiones digitales, incluyendo las uñas, pero no encontró nada. A un mes de su inhumación en Birmingham, ya no quedarían ni rastros de una huella como la que se encontró en el pequeño Leeds.

En ambos lugares había el mismo pelo rubio, la misma saliva, el mismo semen.

Graham apoyó las dos fotografías de las sonrientes familias contra el respaldo del asiento delantero y se quedó mirándolas durante un buen rato, en medio de la calma del avión en vuelo.

¿Qué podría haber atraído particularmente al asesino hacia *ellos!* Graham quería creer a todo trance que existía un factor común y que pronto lo descubriría.

De lo contrario, tendría que entrar a otras casas y ver qué le había dejado el Duende Dientudo.

Graham obtuvo unas direcciones en la oficina de Birmingham y se puso en contacto con la policía telefónicamente desde el aeropuerto. El aire acondicionado del auto que alquiló le salpicaba las manos y brazos de agua.

Su primera parada fue en la oficina de la Inmobiliaria Geehan, en la avenida Dennison.

Geehan, alto y calvo, apresuró el paso sobre la alfombra peluda color turquesa para saludarlo. Su sonrisa se desvaneció no bien Graham exhibió su credencial y le pidió la llave de la casa de los Jacobi.

—¿Irán hoy también policías uniformados? —preguntó con la mano sobre su cabeza.

—No lo sé.
—Espero en Dios que no. Tengo oportunidad de mostrarla dos veces esta tarde. Es una linda casa. Cuando la gente la ve se olvida de lo que ocurrió. El jueves pasado vino una pareja desde Duluth, unos jubilados con buen respaldo, fanáticos del Cinturón del Sol. Estábamos ultimando detalles cuando apareció el patrullero y entraron todos a la casa. La pareja les hizo algunas preguntas y por cierto que no se quedaron cortos en sus respuestas. Esos simpáticos oficiales les hicieron hacer todo el recorrido, explicándoles quién estaba dónde. Luego se despidieron amablemente, adiós, señor Geehan, disculpe la molestia. Traté de mostrarles todas las medidas de seguridad que habíamos dispuesto, pero ni las escucharon. Se marcharon como habían venido por el camino de grava y no se detuvieron hasta instalarse en su automóvil.
—¿Algún soltero ha solicitado visitarla?
—A mí no. Hay una lista muy larga. Pero me parece que no. La policía no quería permitirnos pintar hasta, bueno, no sé, el hecho es que hasta el martes no pudimos acabar la pintura del interior. Dos manos de látex para interiores y en algunas partes inclusive tres. Todavía estamos trabajando en el exterior. Va a quedar realmente linda.
—¿Cómo se las arreglarán para venderla antes de tener autorización del juez?
—No puedo cerrar el trato hasta entonces, pero eso no significa que no pueda tener todo listo. La gente podría mudarse con un acuerdo formalizado por escrito. Tengo que hacer algo. Un socio mío tiene el papel preparado y ese interés nos mantiene despiertos de noche y de día.
—¿Quién es el albacea del señor Jacobi?
— Metcalf, Byron Metcalf de la firma Metcalf y Barnes. ¿Cuánto tiempo calcula que se quedará allí?
—No lo sé. Hasta que termine.
—Deje la llave en el buzón. No necesita venir hasta aquí.
Graham experimentaba la vaga sensación de seguir un rastro frío mientras conducía rumbo a la casa de los Jacobi. Estaba justo en el límite de la ciudad, en una zona recientemente anexada a ésta. Detuvo una vez el auto en la carretera para estudiar el mapa antes de encontrar la salida a un camino secundario pavimentado.
Había transcurrido más de un mes desde que fueron asesinados. ¿Qué había estado haciendo él entonces? Instalando un par de motores diesel en un casco Rybovich de veinte metros, haciéndole señas a Ariaga en la grúa para que bajara un centímetro más. Molly aparecía al final de la tarde y los tres se sentaban bajo un toldo en la cabina de la embarcación a medio terminar y comían los enormes camarones que traía Molly y bebían cerveza helada marca Dos Equis. Ariaga explicaba cuál era la mejor forma de limpiar langostinos y dibujaba la aleta de la cola sobre el aserrín de la cubierta mientras los rayos del sol se quebraban sobre las olas y jugueteaban sobre las plumas de las inquietas

XI

Eileen estaba leyendo un artículo del *National Tattler* titulado «¡Mugre en el pan!» cuando Dolarhyde entró en la cafetería. Había comido solamente el relleno de su sandwich de atún.

Escondidos tras las gafas rojas, los ojos de Dolarhyde barrieron la primera página del *Tattler.* Además de «¡ Mugre en el pan!» había otros titulares que rezaban: «Elvis en un secreto nido de amor —Fotografías Exclusivas — ». «Sorprendente descubrimiento para enfermos de cáncer», y el titular en grandes letras: «Hannibal el Caníbal ayuda a la Ley —La policía consulta al maníaco por los asesinatos del Duende Dientudo».

Se paró junto a la ventana, revolviendo distraídamente su café hasta que oyó levantarse a Eileen. Ella vació el contenido de su bandeja en el tacho de basura y estaba por arrojar también el *Tattler* cuando Dolarhyde le palmeó el hombro.

—¿Puedo tomar ese diario, Eileen?

— Por supuesto, señor D. Lo compro solamente por el horóscopo.

Dolarhyde lo leyó en su oficina con la puerta cerrada.

Freddy Lounds firmaba dos artículos en la misma página central doble.

La historia principal era una sobrecogedora reconstrucción de los asesinatos de los Jacobi y los Leeds. Como la policía no había divulgado la mayoría de los detalles, Lounds los desenterró de su frondosa imaginación.

A Dolarhyde le parecieron banales.

La otra columna era más interesante:

LOCO DEPRAVADO CONSULTADO ACERCA DE LOS CRÍMENES MÚLTIPLES POR EL AGENTE QUE INTENTO MATAR

Por Freddy Lounds

Chesapeake, MD. Agentes federales paralizados en la búsqueda del «Duende Dientudo», asesino psicópata de familias enteras en Birmingham y Atlanta, recurrieron en busca de ayuda al más salvaje criminal en cautiverio.

El doctor Hannibal Lecter, cuyos innombrables crímenes fueron publicados hace tres años en estas páginas, fue consultado durante esta semana en la celda que ocupa en el hospicio de máxima seguridad, por el sobresaliente

investigador William (Will) Graham.

Graham fue acuchillado por el doctor Lecter quedando casi mortalmente herido, cuando descubrió a ese múltiple asesino.

Fue sacado de su temprano retiro para capitanear la cacería del «Duende Dientudo».

¿Qué ocurrió durante el encuentro de estos dos enemigos mortales? ¿Qué fue a buscar Graham?

«Para atrapar a un criminal como éste hace falta alguien que se le parezca» fue el comentario que le hizo un importante agente federal a este reportero. Se refería a Lecter, conocido como «Hannibal el Caníbal», que es al mismo tiempo psiquiatra y un asesino múltiple.

¿O estaría refiriéndose a Graham?

El *Tattler* se enteró de que Graham, antiguo instructor forense en la Academia del FBI, estuvo en una oportunidad recluido en una clínica mental durante cuatro semanas...

Los oficiales federales se negaron a decir por qué habían destinado a un hombre con un historial de inestabilidad mental al frente de una desesperada cacería humana.

No fue revelada la índole del problema mental de Graham, pero un antiguo ayudante psiquiátrico lo definió como una «profunda depresión».

Garmon Evans, un ex asistente médico del Hospital Naval de Bethesda, dijo que Graham fue alojado en el pabellón de psiquiatría poco después de haber matado a Garrett Jacob Hobbs, el «Gavilán de Minnesota». Graham dio muerte de un disparo a Hobbs en 1975, cerrando el octavo mes de reinado de terror de Hobbs en Minneápolis.

Evans dijo que Graham estaba retraído y se negó a comer o hablar durante las primeras semanas de su internación.

Graham no fue nunca agente del FBI. Observadores veteranos atribuyen esto a estrictos procedimientos de la Oficina Federal, destinados a detectar inestabilidad.

Fuentes Federales revelaron solamente que Graham trabajó originalmente en el laboratorio criminal del FBI y fue asignado a la enseñanza en la Academia del FBI de resultas de sobresalientes tareas tanto en el laboratorio como en el campo de acción, donde prestó servicios como «agente especial».

El *Tattler* se enteró de que antes de trabajar para los federales, Graham integraba la división de homicidios del Departamento de Policía de Nueva Orleáns, cargo que abandonó para asistir a la escuela de práctica forense de la Universidad George Washington.

Un oficial de Nueva Orleáns que trabajó junto con Graham manifestó: «Bueno, pueden decir que se ha jubilado, si quieren, pero a los federales les gusta saber que anda por ahí. Es como tener una víbora real debajo de la

casa. No se verá mucho, pero es bueno saber que está allí para comerse a las víboras venenosas.»

El doctor Lecter está internado para el resto de su vida. Si alguna vez llega a ser declarado cuerdo, tendrá que presentarse ante un tribunal por nueve cargos de crímenes de primer grado.

Su abogado cuenta que el asesino múltiple pasa el tiempo escribiendo interesantes artículos para revistas científicas y mantiene un fructífero diálogo por correspondencia con algunos de los más renombrados especialistas en psiquiatría.

Dolarhyde interrumpió la lectura y miró las fotografías. Había dos arriba del artículo. En una podía verse a Lecter apoyado contra el costado de un patrullero. La otra era una foto de Will Graham tomada por Freddy Lounds en la entrada del Hospital Estatal de Chesapeake. Una pequeña foto de Lounds flanqueaba ambas columnas.

Dolarhyde miró durante un buen rato las fotografías. Pasó lentamente sobre ellas la punta del dedo, hacia adelante y hacia atrás; su tacto era sumamente sensible a las asperezas de la impresión. La tinta le manchó la yema del dedo. Mojó el manchón con la lengua y lo limpió con un pañuelo de papel. Luego recortó el artículo del diario y lo guardó en su bolsillo.

De regreso a su casa, Dolarhyde compró papel higiénico —de esa clase utilizada en barcos y campamentos por su rápida desintegración— y un inhalador nasal.

Se sentía bien a pesar de la fiebre del heno; como muchas personas que han sufrido una gran operación rinoplástica, Dolarhyde no tenía pelos en la nariz y la fiebre del heno lo torturaba. Así como también infecciones de las altas vías respiratorias.

Cuando un camión roto lo hizo detenerse durante diez minutos en el puente del río Missouri hacia St. Charles, esperó pacientemente. Su furgón negro estaba alfombrado, fresco y tranquilo. La Música Acuática de Haendel resonaba en el estéreo.

Seguía con los dedos el compás de la música sobre la dirección del auto y se frotaba la nariz.

Un convertible con dos mujeres estaba detenido junto a él. Ambas vestían shorts y blusas anudadas arriba de la cintura. Parecían cansadas y aburridas y fruncían los ojos por el sol de frente. La que ocupaba el asiento contiguo al del conductor tenía apoyada la cabeza contra el respaldo del asiento y los pies contra el tablero. Esta postura hacía que se formaran dos arrugas sobre su estómago desnudo. Dolarhyde pudo ver una marca de succión en el costado interno del muslo. La mujer lo sorprendió mirando, se enderezó y cruzó las piernas. El advirtió una expresión de disgusto en su cara.

Le dijo algo a la que conducía. Ambas mantuvieron la vista fija hacia adelante.

Comprendió que hablaban de él. Se puso muy contento al comprobar que no se había enojado. Pocas cosas lo hacían enojarse ya. Sabía que estaba desarrollando una decorosa dignidad.

La música era muy agradable.

El tráfico adelante de Dolarhyde comenzó a moverse. El carril contiguo al suyo seguía atascado. Ansiaba llegar a su casa. Golpeaba el volante al compás de la música y bajó el vidrio de la ventana con la otra mano.

Gargajeó y escupió una flema verdosa sobre las faldas de la mujer, que fue a caer justo al lado del ombligo. Sus insultos resonaron por encima de la música de Haendel al alejarse.

El enorme libro mayor de Dolarhyde tenía por lo menos cien años.

Encuadernado en cuero negro con punteras de bronce, era tan pesado, que estaba apoyado sobre una sólida mesa para escribir a máquina, guardada bajo llave en el armario de arriba de la escalera. Dolarhyde comprendió que iba a ser suyo desde el instante en que lo vio en St. Louis, en el remate de una vieja imprenta en bancarrota.

Ahora, recién salido de la ducha y luciendo su kimono, abrió el armario y arrastró la mesa con el libro. Cuando todo estuvo centrado bajo la lámina del Gran Dragón Rojo, se instaló en una silla y lo abrió. El olor a papel ajado ascendió hasta su rostro.

En la primera página, en letras miniadas por él mismo, estaban las palabras del libro de la Revelación: «...y he aquí un gran dragón rojo...».

El primer ítem del libro era el único que no estaba prolijamente armado. Suelta entre las páginas había una fotografía amarillenta de Dolarhyde en su tierna infancia, sentado en compañía de su abuela en la escalinata de la gran casona. Estaba agarrado de la falda de su abuela. Esta tenía los brazos cruzados y su espalda muy tiesa.

Dolarhyde pasó la hoja. Hizo caso omiso de ella como si hubiera quedado allí por un error.

Había gran cantidad de recortes en el libro, los más antiguos sobre desapariciones de mujeres mayores en St. Louis y Toledo, Las páginas entre los recortes estaban llenas por la escritura de Dolarhyde, tinta negra con una fina caligrafía muy similar a la de William Blake.

Asegurados a los márgenes, desgarrados trozos de cuero cabelludo arrastraban sus colas de pelo como cometas sujetos al libro de recortes de Dios.

Allí había también recortes de los Jacobi de Birmingham, junto con estuches de películas y diapositivas guardadas en sobres pegados a las páginas.

Lo mismo ocurría con las crónicas de los Leeds, y las películas correspondientes.

La denominación de «Duende Dientudo» no había aparecido en la prensa

hasta Atlanta. El nombre estaba tachado en todas las referencias al caso Leeds.

En ese momento Dolarhyde hizo lo mismo con el recorte del *Tattler,* suprimiendo el término «Duende Dientudo» con grandes tachaduras realizadas con un marcador colorado.

Dio vuelta la página y probó el recorte en otra nueva y limpia. ¿Debería agregar la fotografía de Graham? Las palabras «Criminales Dementes» grabadas en la pared encima de Graham ofendieron a Dolarhyde. Detestaba la simple vista de un lugar de confinamiento. El rostro de Graham permanecía impenetrable para él. Lo puso a un lado momentáneamente.

Pero Lecter... Lecter. Esa no era una buena fotografía del doctor. Dolarhyde tenía una mejor, que buscó en una caja que guardaba en el armario. Fue publicada cuando Lecter fue encerrado y en ella podían apreciarse sus magníficos ojos. No obstante, no era satisfactoria. Dolarhyde veía mentalmente la semblanza de Lecter como un oscuro retrato de un príncipe del Renacimiento. Porque Lecter, único entre todos los hombres, podía tener la sensibilidad y la experiencia como para comprender la gloria y majestad de la Transformación de Dolarhyde.

Dolarhyde sintió que Lecter sabía lo irreales que eran las personas que morían para ayudarlo a uno en estas cosas, que comprendía que no eran carne sino aire y color y rápidos sonidos que velozmente se silenciaban cuando uno los transformaba, como globos de color que estallaban, más importantes por la transformación, más importantes que las vidas por las que se arrastraban, suplicando.

Dolarhyde soportaba los gritos como un escultor el polvo de la piedra que golpea.

Lecter era capaz de comprender que la sangre y el aliento eran únicamente elementos que experimentaban una transformación para alimentar su resplandor. Así como la combustión es la fuente de la luz-

Le gustaría conocer a Lecter, conversar con él, disfrutar juntos la visión compartida, ser reconocido por él tal como Juan el Bautista reconoció al que vino después de él, sentarse sobre él así como el Dragón se sentaba sobre 666 en la serie de las Revelaciones de Blake y filmar su muerte, mientras, al morir, se fundía con la fuerza del Dragón.

Dolarhyde se puso un par de guantes de goma nuevos y se dirigió hacia su escritorio. Desenrolló y desechó la primera parte del rollo de papel higiénico que había comprado. Luego contó siete hojas y cortó la tira.

Escribiendo cuidadosamente con la mano izquierda sobre el papel redactó una carta dirigida a Lecter.

El habla no es un dato fidedigno para apreciar cómo escribe una persona; nunca se puede saber. El modo de hablar de Dolarhyde estaba truncado y distorsionado por incapacidades reales e imaginarias y la diferencia entre su conversación y su escritura era sorprendente. No obstante, descubrió que no

podía transmitir lo más importante que sentía.
Quería comunicarse con Lecter. Necesitaba una respuesta personal antes de poder contarle las cosas importantes.
¿Cómo hacerlo? Revolvió en su caja buscando los recortes sobre Lecter y los leyó todos otra vez.
Finalmente se le ocurrió una forma bastante simple y se sentó nuevamente a escribir.
La carta le pareció muy modesta cuando la releyó. La había firmado «Admirador Ansioso».
Consideró dubitativamente la firma durante unos minutos.
«Admirador Ansioso». Realmente lo era. Alzó el mentón orgullosamente durante una fracción de segundo.
Introdujo el pulgar enguantado en la boca, se quitó la prótesis y la depositó sobre el secante.
El paladar era poco común. Los dientes eran normales, rectos y blancos, pero el acrílico rosado tenía un moldeado retorcido para encajar en los pliegues y fisuras de sus encías. En la parte superior, una prótesis de plástico blando, con un obturador encima, le ayudaba a cerrar su endeble paladar al hablar.
Sacó una pequeña caja del escritorio. Contenía otra dentadura. El paladar era igual, pero no tenía la prótesis con el obturador. Entre los dientes torcidos se veían manchas oscuras que despedían un olor desagradable.
Eran idénticos a los dientes de su abuela, que estaban en un vaso en el piso de abajo.
Las ventanas de la nariz de Dolarhyde se dilataron al percibir el olor. Abrió la boca y los colocó en su lugar y luego los humedeció con la lengua.
Dobló la carta por donde estaba la firma y mordió con fuerza. Cuando la abrió nuevamente, la firma estaba encerrada en la marca ovalada de una mordedura; su sello de escribano, su imprimátur salpicado de sangre vieja.

XII

El abogado Byron Metcalf se quitó ia corbata a las cinco de la tarde, se preparó un trago y apoyó los pies sobre el escritorio.

—¿Seguro que no quiere uno?

—En otra oportunidad —contestó Graham sacándose las espinas de yerbajos adheridas a sus puños y disfrutando del aire acondicionado.

— No conocía mucho a los Jacobi —dijo Metcalf—. Hace solamente tres meses que llegaron aquí. Dos o tres veces fuimos con mi esposa a tomar una copa a casa de ellos. Ed Jacobi vino a verme para hacer un testamento nuevo poco tiempo después de que lo transfirieran aquí y así fue como lo conocí.

—Pero usted es su albacea.

—Si. Su mujer figuraba primero en la lista y yo la seguía en caso de que ella hubiera muerto o quedara incapacitada. Tiene un hermano en Filadelfia, pero me parece que no eran muy unidos.

—Usted fue adjunto al Fiscal de Distrito.

—Así es, desde 1968 hasta el 72. En 1972 me postulé como fiscal. Estuve cerca, pero perdí. Ahora no estoy en absoluto arrepentido.

—¿Qué impresión tiene de lo que ocurrió aquí, señor Metcalf?

- Lo primero que pasó por mi cabeza fue pensar en Joseph Yablonski, el dirigente laboral.

Graham asintió.

— Un crimen con un motivo, en este caso poder, disfrazado como la obra de un maniático. Junto con Jerry Estridge, de la oficina del fiscal, revisamos los papeles de Ed Jacobi con gran minuciosidad.

»Nada. No había nadie a quien la muerte de Ed Jacobi pudiera reportarle un beneficio monetario. Ganaba un buen sueldo y tenía algunas patentes que le daban una renta, pero gastaba casi todo no bien lo cobraba. Todos sus bienes pasarían a su esposa, y a los hijos y sus descendientes les dejaba una pequeña fracción de tierra en California. Había dispuesto también la cesión de una pequeña renta para el hijo sobreviviente. Lo suficiente como para pagarle los próximos tres años de universidad, aunque pienso que para entonces no va a

haber pasado de segundo año.

—Niles Jacobi.

—Así es. El muchacho era un verdadero dolor de cabeza para Ed. Vivía en California con su madre. Estuvo preso por robo. Tengo la impresión de que su madre es un desastre. Ed fue allí el año pasado para ver en qué andaba. Lo trajo de vuelta con él a Birmingham y lo hizo entrar al Bardwell Community College. Trató de que viviera con ellos, pero chocaba con los otros chicos y les hacía la vida imposible a todos. La señora Jacobi lo aguantó durante un tiempo, pero finalmente lo mudaron a uno de los dormitorios del colegio.

— ¿Dónde estaba?

— ¿La noche del 28 de junio? —Metcalf tenía los párpados bajos cuando miró a Graham. —La policía se hizo la misma pregunta y yo también. Fue al cine y regresó al colegio. Se ha verificado. Además, su sangre es del tipo 0. Señor Graham, tengo que buscar a mi esposa dentro de media hora. Podemos seguir conversando mañana si le parece. Dígame en qué puedo ayudarlo.

—Me gustaría ver los efectos personales de los Jacobi. Diarios, fotografías, lo que sea.

—No queda mucho, perdieron casi todo en un incendio en Detroit antes de mudarse aquí. Nada sospechoso; Ed estaba soldando algo en el sótano y las chispas saltaron hasta unas latas de pintura que tenía almacenadas y en dos minutos se incendió toda la casa.

»Hay alguna correspondencia personal. La tengo guardada en las cajas de seguridad con los otros objetos de valor. No recuerdo haber visto diarios. Todo lo demás está depositado. Quizá Niles tiene algunas fotografías, pero lo dudo. Le propongo lo siguiente, tengo que estar en el tribunal a las nueve y media de la mañana, pero puedo dejarlo en el banco para que revise lo que le interesa y pasar a buscarlo después.

—Perfecto —respondió Graham — . Otra cosa más. Me harán falta copias de todo lo relacionado a la testamentaría, reclamos del patrimonio, cualquier impugnación del testamento, correspondencia. Quiero tener todos esos papeles.

—La oficina del Fiscal de Distrito de Atlanta ya me lo solicitó. Están comparándolos con la propiedad de los Leeds allí —dijo Metcalf.

—No importa, quiero copias para mí.

—De acuerdo, copias para usted. ¿Usted no piensa realmente que hay dinero de por medio, ¿verdad?

—No. Sólo confío en que el mismo nombre surja aquí y en Atlanta.

—Yo también.

La residencia para estudiantes del Bardwell Community College consistía en cuatro edificios destinados a dormitorios que se alzaban rodeando un sucio patio de tierra apisonada. Una guerra de estéreos se llevaba a cabo cuando llegó allí

Hicieron una gira por Florida con un equipo mientras estaba contratado por el de los Cardinals. Llevaron a Willy con ellos y lo pasaron maravillosamente bien. El equipo de los Cardinals le dio la oportunidad de formar parte de la primera división y sus dos primeros partidos confirmaron la confianza depositada en él. Pero después empezó a tener dificultades para tragar. El cirujano trató de extirparle todo, pero hizo una metástasis y eso lo liquidó. Murió al cabo de cinco meses, cuando Willy tenía seis meses.

Willy seguía mirando los partidos de baseball siempre que podía. Molly los veía cuando estaba perturbada.

Graham no tenía llave. Golpeó a la puerta.

— Yo abriré —dijo Willy.

— Espera. —Molly espió por las cortinas — . Está bien.

Willy abrió la puerta. Tenía en su mano y apretado contra la pierna, un pesado garrote.

La vista de ese objeto impresionó penosamente a Graham. El chico debía de haberlo traído en su valija.

Molly agarró la bolsa del mercado.

— ¿Quieres un poco de café? Hay gin, pero no es la marca que te gusta.

Cuando se fue a la cocina Willy le propuso a Graham salir afuera.

Desde el porche de atrás podían ver las luces de posición de las embarcaciones ancladas en la bahía.

—Will, ¿hay algo que debo saber para cuidar bien a mamá?

—Ambos están seguros aquí, Willy. ¿Recuerdas el auto que nos siguió desde el aeropuerto para comprobar que nadie sabía adonde íbamos? Nadie puede averiguar dónde estás tú y tu madre.

—¿Ese maniático quiere matarte, verdad?

—No lo sabemos. Pero no me sentía tranquilo al enterarme de que él sabía dónde estaba mi casa.

—¿Vas a matarlo?

Graham cerró duramente un instante los ojos.

—No. Mi trabajo consiste en encontrarlo. Luego lo confinarán en un hospital de insanos para poder asistirlo y evitar que lastime a más personas.

— La madre de Tommy tenía un diario, Will. Ahí decía que tú habías matado a un tipo en Minnesota y que estuviste en una clínica de locos. Yo no lo sabía. ¿Es verdad?

-Sí.

—Empecé a preguntárselo a mamá, pero preferí preguntártelo a ti.

—Me gusta que me lo hayas preguntado directamente a mí. No era solamente un hospital para locos; tratan a toda clase de enfermos. —La distinción parecía importante—. Yo estaba en el ala de psiquiatría. ¿Te molesta saber que estuve allí. Porque estoy casado con tu madre?

— Le dije a mi padre que cuidaría de ella. Y lo haré.

Graham sintió que tenía que contarle lo suficiente a Willy.
Pero no quería decirle demasiado.

Las luces de la cocina estaban apagadas. Pudo ver la borrosa silueta de Molly detrás de la puerta de alambre tejido y sintió el peso de su opinión. Al hablar de todo eso con Willy se estaba jugando el corazón de Molly.

Era evidente que Willy no sabía qué otra cosa debía preguntarle. Graham lo hizo por él.

—El hospital fue después del asunto de Hobbs.

— ¿Le disparaste?

-Sí.

— ¿Cómo ocurrió?

— Para empezar, Garret Hobbs era loco. Atacaba a chicas del colegio y... las mataba.

— ¿Cómo?

— Con un cuchillo; finalmente, encontré una pequeña esquirla de metal en la ropa de una de las chicas. Era una viruta como las que quedan al recortar un caño. ¿Recuerdas cuando arreglamos la ducha de afuera?

«Yo estaba examinando a una cantidad de calefaccionistas, plomeros y otras personas. Me tomó mucho tiempo. Hobbs había dejado una carta renunciando a su trabajo en una compañía constructora a la que estaba inspeccionando. La vi y me pareció... rara. No trabajaba en ninguna parte y tuve que buscarlo en su casa.

»Estaba subiendo la escalera del departamento de Hobbs. Me acompañaba un policía uniformado. Hobbs debió habernos visto llegar. Estaba a mitad de camino cuando empujó a su esposa por la puerta y cayó rodando por las escaleras muerta.

— ¿La había matado?

—En efecto. Entonces le pedí al oficial que me acompañaba que llamara a SWAT para pedir ayuda. Pero en ese momento oí a unos chicos adentro del departamento y enseguida unos gritos. Quise esperar, pero no pude.

—¿Entraste al departamento?

— Sí. Hobbs había agarrado a su hija por detrás y tenía un cuchillo. La estaba apuñalando. Y entonces le disparé.

— ¿La chica murió?

-No.

— ¿Se curó?

—Después de un tiempo. Ahora está perfectamente bien.

Willy digirió lentamente y en silencio todo eso. Se oía el débil sonido de música proveniente de un barco anclado.

Graham podía obviar ciertos detalles en beneficio de Willy, pero no le fue posible evitar revivirlos otra vez.

Omitió contarle que la señora Hobbs, apuñalada numerosas veces, se aferraba a él en el rellano de la escalera. Que al comprobar que había muerto y al escuchar los gritos que provenían del departamento, se libró de esos dedos ensangrentados y empujando con su hombro abrió la puerta. Que Hobbs sujetaba a su propia hija y que con el cuchillo le tajeaba el cuello, y cómo ella se defendía con la cabeza colgando, mientras la 38 lo perforaba sin que se desplomara ni dejara de tajearla. Que Hobbs estaba sentado en el piso llorando y su hija gemía. Que al sostenerla comprobó que Hobbs le había seccionado la tráquea pero no las arterias. Que la muchacha lo miraba con enormes ojos vidriosos y luego miraba a su padre sentado en el piso, que lagrimeaba y decía «¿Ven? ¿Ven?» hasta caer muerto. Ahí fue cuando Graham perdió la fe en las 38.

— Willy, ese asunto de Hobbs me preocupó mucho. Sabes, lo conservaba en mi mente y lo repasaba una y otra vez. Llegó un momento en que no podía pensar en otra cosa. Tenía la idea de que debía haber existido otra forma en que hubiera podido manejarlo mejor. Y luego no sentía ya nada más. No podía comer y dejé de hablar con todos. Tuve una gran depresión. Entonces un médico me pidió que me internara en el hospital y le hice caso.

— Al cabo de un tiempo conseguí poner cierta distancia entre los hechos y yo. La muchacha que fue herida en el departamento de Hobbs vino a verme. Estaba muy bien y conversamos mucho.

Finalmente lo hice a un lado y volví a mi trabajo.

— ¿Es tan espantoso matar a alguien aun si uno tiene que hacerlo?

—Willy, no hay nada peor en el mundo entero.

—Oye, voy un momento a la cocina. ¿Quieres tomar algo, una Coca? —A Willy le gustaba llevarle cosas a Graham, pero siempre lo hacía aparecer como si fuera accesorio a algo más que de todas formas iba a hacer. Nunca lo hacía aparecer como un favor especial o algo por el estilo.

—Por supuesto, una Coca.

—Mamá debería salir y mirar estas luces.

Más tarde, ya de noche, Molly y Graham estaban sentados en la hamaca del porche de atrás. Caía una fina lluvia y las luces de los barcos formaban unos halos punteados en la bruma. La brisa que provenía de la bahía les hizo poner carne de gallina en los brazos.

— ¿Esto puede durar bastante, no es así? —preguntó Molly.

—Espero que no, pero es posible.

—Will, Evelyn dijo que podía encargarse de la tienda durante esta semana y cuatro días de la próxima. Pero tengo que volver a Marathón, por lo menos por uno o dos días para estar allí cuando lleguen mis compradores. Podría quedarme en casa de Evelyn y Sam. Tengo que ir yo misma a Atlanta para abastecerme para septiembre.

— ¿Evelyn sabe dónde estás?

— Le dije Washington, nada más.
-Bien.

— ¿Qué difícil es tener algo, verdad? Difícil conseguirlo, complicado conservarlo. Este es un planeta terriblemente resbaloso.
— Resbaloso como el infierno.
— ¿Volveremos a Sugarloaf, verdad?
— Volveremos.

— No te apures ni arriesgues demasiado. ¿No lo harás, verdad?
-No.
— ¿Vas a regresar temprano?
Había hablado por teléfono con Crawford durante media hora.
— Un poco antes de almorzar. Hay algo que tenemos que solucionar mañana, si piensas volver a Marathón. Willy podría pescar lo que pasa.
—Tuvo que preguntarte por el otro.
— Lo sé y no lo culpo.
— Maldito sea ese periodista, ¿cómo se llama?
— Lounds. Freddy Lounds.
— Pienso que tal vez lo odias. Y desearía no haber sacado el tema. Vamos a acostarnos y te haré un buen masaje en la espalda.
El resentimiento le produjo un ligero escozor a Graham. Se había justificado ante un niño de once años. El chico dijo que no había nada malo en haber estado encerrado en un loquero. Ahora ella le iba a masajear la espalda. —Vamos a la cama, no hay problemas con Willy.
«Cuando te sientes tenso, mantén la boca cerrada si puedes.»
—Te dejaré solo si quieres pensar un rato —dijo ella.
El no quería pensar. De ningún modo.
—Masajéame la espalda y yo te masajearé el pecho —contestó.
—Adelante, compañero.
Vientos de altura barrieron la fina llovizna más allá de la bahía y a las nueve de la mañana una nube de vapor se levantaba del suelo. Los distantes blancos del campo de tiro dependiente del sheriff local parecían vacilar en esa trémula atmósfera.
El jefe del campo de tiro observó con sus anteojos de largavista hasta tener la segundad de que el hombre y la mujer que estaban en el extremo más alejado de la línea de tiro cumplían con las reglas de seguridad.
La credencial del Departamento de Justicia que exhibió el hombre cuando pidió permiso para usar el campo de tiro decía «Investigador». Eso podría ser cualquier cosa. El jefe no veía con buenos ojos que personas que no fueran instructores calificados de tiro enseñaran a otra el manejo de una pistola.
No obstante, tuvo que reconocer que el agente federal sabía lo que estaba

haciendo.

Utilizaban solamente un revólver de calibre 22, pero le estaba enseñando a la mujer a disparar en combate desde la posición Weaver, con el pie izquierdo ligeramente adelantado y las dos manos sujetando fuertemente el revólver con tensión isométrica en los brazos. Ella disparaba a la silueta ubicada a seis metros y medio de distancia. Una y otra vez sacó el arma del bolsillo exterior de la cartera que colgaba de su hombro. Se repitió hasta que el jefe de tiro se aburrió de mirarlos.

Una modificación del sonido de los disparos lo hizo recurrir nuevamente a los largavistas. Se habían colocado protectores para los oídos y estaban trabajando con un arma corta y pesada. El jefe reconoció el estampido de los proyectiles livianos.

Pudo ver la pistola que esgrimía en sus manos y le interesó. Caminó junto a la línea de tiro y se detuvo unos pocos metros detrás de ellos. Quería examinar la pistola, pero ése no era el momento indicado para interrumpir. Le echó una buena mirada mientras la mujer la vaciaba de las cápsulas servidas y colocaba otras cinco de un cargador especial.

Extraña arma para un agente federal. Era un Bulldog 44 Special, corto y feo, con una enorme boca. Había sido muy modificado por Mag Na Port. El cañón estaba ventilado cerca de la boca para que no se levantara con el retroceso, el percutor estaba reforzado y tenía un par de sólidas agarraderas. Sospechaba que estaba preparado especialmente para ese tipo de cargador. Una pistola increíblemente maligna cuando estuviera cargada con lo que tenía preparado el agente federal. Se preguntaba cómo lo soportaría esa mujer.

Los proyectiles alineados en la tarima junto a ellos ofrecían una interesante progresión. El primer lugar lo ocupaba una caja de munición liviana. Le seguía la utilizada normalmente por la policía y por último había algo de lo que el instructor había oído hablar mucho pero que rara vez había visto. Una hilera de Proyectiles de Seguridad Glaser. Los extremos parecían sacapuntas para lápices. Detrás de cada punta había una cápsula de cobre que contenía munición número doce en una suspensión de teflón líquido.

Ese liviano proyectil había sido diseñado para volar a una velocidad tremenda, incrustarse en el blanco y soltar su carga. Sus consecuencias en la carne eran devastadoras. El instructor recordaba inclusive ias cifras. Hasta el momento noventa Glaser se habían disparado contra personas. Los noventa quedaron anulados inmediatamente con ese solo disparo. Ochenta y nueve de ellos murieron enseguida. Un hombre sobrevivió, para asombro de los médicos. Los Glaser tenían además una ventaja en lo relativo a seguridad: no producían rebotes, y no atravesarían ninguna pared, matando al que estuviera en el otro cuarto.

El hombre se mostraba muy atento hacia ella, alentándola, pero parecía triste por algo.

La mujer había agotado ya los proyectiles utilizados por la policía y el instructor

se alegró al comprobar que controlaba bien el retroceso, mantenía los dos ojos abiertos y no vacilaba. Es verdad también que demoró casi cuatro segundos en sacar el primer cargador de su cartera, pero tres habían hecho blanco en el círculo marcado con una X. No tan malo para una principiante. Tenía habilidad.

Hacía un rato que estaba nuevamente en la torre cuando oyó el terrible estrépito de los Glaser.

La mujer disparaba toda la carga. No era una práctica común y corriente.

El instructor pensó qué demonios verían en la silueta para que fueran necesarios cinco Glasers para matarlo.

Graham se dirigió a la torre para devolver los protectores de oídos, dejando a su alumna sentada en un banco, con la cabeza gacha y los codos apoyados sobre las rodillas.

El instructor pensó que debería estar contento con ella y así se lo dijo. Había recorrido un largo camino en un solo día. Graham se lo agradeció algo abstraído. Su expresión intrigó al instructor. Parecía un hombre que hubiera sufrido una pérdida irreparable.

XVI

El «señor Peregrino» le había dicho a Sarah que podría llamar tal vez durante la tarde del día siguiente. Una serie de arreglos se llevaron a cabo en el cuartel general del FBI para recibir la llamada.

¿Quién era el señor Peregrino? No era por cierto Lecter, Crawford lo había constatado. ¿Sería el señor Peregrino el Duende Dientudo? Tal vez, pensaba Crawford.

Los escritorios y teléfonos de su oficina habían sido trasladados durante la noche a un cuarto más grande del otro lado del hall.

Graham estaba parado junto a la puerta entreabierta de una cabina a prueba de ruidos. Detrás de él, dentro de la cabina, estaba el teléfono de Crawford. Sarah lo había limpiado con Windex. Sobre el escritorio de Sarah y una mesa auxiliar estaban desparramados el espectrógrafo para imprimir la voz, los grabadores y el evaluador de acento tónico y como Beverly Katz se había posesionado además de su silla, Sarah necesitaba hacer algo.

El gran reloj de la pared indicaba las 11.50.

El doctor Alan Bloom y Crawford estaban parados junto a Graham. Habían adoptado una misma posición, apoyados sobre una cadera, con las manos en los bolsillos.

Un técnico sentado frente a Beverly Katz hizo tamborilear los dedos sobre el escritorio hasta que una mirada de Crawford lo detuvo.

Sobre el escritorio de Crawford estaban instalados dos teléfonos nuevos, una línea abierta al centro de conmutadores electrónicos del Bell System (ESS) y una línea directa con la sección Comunicaciones del FBI.

— ¿Cuánto tiempo precisa para localizar una llamada? —preguntó el doctor Bloom.

— Con el nuevo conmutador se hace mucho más rápido de lo que piensa la mayoría de la gente —respondió Crawford —. Un minuto, tai vez, si procede de un conmutador totalmente electrónico. Más si es de un lugar en donde tienen que aislar todas las paredes.

Crawford alzó la voz dirigiéndose a los que estaban en el cuarto.

— Si es que ilega a llamar, será breve, de modo que debemos hacerlo a la perfección. ¿Quieres que lo repasemos otra vez, Will?

— Por supuesto. Cuando lleguemos al punto en que yo hablo, quisiera hacerle un par de preguntas, doctor.

Bloom había llegado después que los otros. Tenía que pronunciar una conferencia más tarde en la sección Comportamiento Científico, la academia del FBI en Quantico. Bloom sintió el olor a pólvora en la ropa de Graham.

— De acuerdo —dijo Graham—. Suena el teléfono. El circuito se completa inmediatamente y en el ESS comienza la localización, pero el generador de tono prosigue repitiendo el ruido de llamada y por lo tanto no sabe que hemos contestado. Eso nos da veinte segundos de ventaja —señaló al técnico — . Generador de tono a *off* al final de la cuarta llamada, ¿entendido?

El técnico asintió.

—Final de la cuarta llamada.

— Bien, Beverly contesta. Su voz es diferente de la que él oyó ayer. No registra reconocimiento. Beverly parece aburrida. El hombre pregunta por mí. Bev dice: «Tendré que buscarlo. ¿Puede esperar un momento?» ¿Lista para eso, Bev? —Graham pensó que sería mejor no ensayar las contestaciones. La rutina les quitaría espontaneidad.

—Muy bien, la línea está abierta para nosotros, cerrada para él. Creo que esperará más tiempo del que hablará.

— ¿Seguro que no quiere que conectemos el tono de espera? —preguntó el técnico.

—Por Dios, no.

— Lo mantenemos esperando veinte segundos y entonces Beverly interviene nuevamente para decirle: «El señor Graham viene enseguida; ya le comunico con él». Yo me pongo al habla.

Graham se dio la vuelta hacia el doctor Bloom.

— ¿Cómo lo encararía, doctor?

— El esperaría que usted se mostrara escéptico respecto de que fuera realmente el Duende Dientudo. Yo sugeriría un escepticismo cortés. Yo haría una marcada diferenciación entre los que llaman haciéndose pasar por él y la importancia de una llamada del auténtico personaje. Los falsos son fáciles de reconocer porque no tienen la *capacidad de* comprender lo que ha ocurrido, ese tipo de cosas.

»Hágale decir algo que pruebe quién es. —El doctor Bloom fijó la vista en el piso y se refregó la nuca.

«Usted no sabe lo que él quiere. Tal vez busque comprensión, quizá lo considera a usted un adversario y quiere gozar con su sufrimiento... ya lo veremos. Trate de descubrir de qué humor está y bríndele lo que desea, una cosa por vez. Me cuidaría mucho de pedirle que recurriera a nosotros para ayudarlo, a no ser que usted sienta qué es lo que desea.

»Se dará cuenta rápidamente si se trata de un paranoico. En ese caso me valdría de sus sospechas o rencores. Déjelo que los ventile. Si engrana con eso tal vez no se dé cuenta del tiempo que habla. Eso es todo lo que puedo decirle. —Bloom apoyó su mano sobre el hombro de Graham y agregó pausadamente—: Escuche, ésta no es una arenga ni nada por el estilo; usted puede adelantársele, haga lo que le parezca correcto.

Esperar Media hora de silencio fue más que suficiente.

—Así llame o no, tenemos que decidir qué haremos después —dijo Crawford—. ¿Quieren que probemos la casilla de correo?

— No veo nada mejor —dijo Graham.

— Eso nos proporcionaría dos celadas; tu casa de los cayos rodeada de policías y la casilla de correo.

El teléfono sonaba.

Conectaron el generador de tono. La localización comenzó en ESS. Cuatro llamadas. El técnico accionó la palanca del conmutador y Beverly contestó. Sarah escuchaba.

—Oficina del Agente Especial Crawford.

Sarah meneó negativamente la cabeza. Conocía al que llamaba, era un camarada de Crawford de la sección Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego, Beverly se libró de él rápidamente y detuvo la localización de la llamada. Todos los del FBI sabían que no debía ocuparse esa línea.

Crawford repasó una vez más los detalles de la casilla de correo. Estaban aburridos y tensos al mismo tiempo. Lloyd Bowman se presentó para mostrarles cómo los números de las supuestas citas bíblicas de Lecter coincidían con la página 100 del ejemplar en rústica de *La Alegría de Cocinar.* Sarah sirvió café en tazas de papel.

El teléfono sonaba.

Generador de tono conectado y comenzó la localización en el ESS. Cuatro llamadas. El técnico pulsó la palanca. Beverly contestó.

— Oficina del Agente Especial Crawford.

Sarah movía afirmativamente la cabeza. Con gran energía.

Graham entró a la casilla y cerró la puerta. Podía ver los labios de Beverly que se movían. Articuló «Un momento» y miró la aguja del segundero del reloj de pared.

Graham vio su cara en el reluciente aparato. Dos caras borroneadas en el auricular y en la bocina. Sintió en su camisa el olor a pólvora del campo de tiro. «No cuelgues. Por el amor de Dios, no cuelgues». Habían transcurrido cuarenta segundos. «Déjalo sonar. Una vez más». Cuarenta y cinco segundos. «Ahora».

—Will Graham. ¿Puedo ayudarlo en algo?

Una risa ahogada. Una voz velada dijo:

—Vaya si puede.

— ¿Puedo saber quién habla, por favor?

XVII

El doctor Alan Bloom y Jack Crawford estaban sentados en unas sillas plegables, único mobiliario que quedaba en la oficina de este último.

— El ropero está vacío, doctor.

El doctor Bloom estudió el rostro de facciones simias de Crawford y se preguntó para sus adentros qué más diría. Detrás de las quejas y los Alka-Seltzer de Crawford, el médico percibió una inteligencia fría como una mesa de rayos X.

-¿Adónde fue Will?

— Dará unas vueltas y se tranquilizará —dijo Crawford — . Odia a Lounds.

— ¿Creyó usted que perdería a Will después que Lecter publicó la dirección de su casa? ¿Que regresaría con su familia?

— Lo creí por un minuto. Fue un golpe para él.

— Comprensible —acotó el doctor Bloom.

— Pero luego me di cuenta de que no puede volver a su casa, como tampoco pueden volver Molly y Willy, jamás, hasta que desaparezca el Duende Dientudo.

— ¿Conoce a Molly?

— Sí. Es encantadora, me gusta mucho. Por supuesto que nada le llenaría más de gozo que verme en el infierno con el cuerpo roto. Actualmente más vale que no me encuentre con ella.

—¿Ella piensa que usted utiliza a Will?

—Tengo que hablar con él de unas cuantas cosas —dijo Crawford mirando agudamente al doctor Bloom—. Tendremos que repasarlo con usted. ¿Cuándo debe volver a Quantico?

—El jueves por la mañana. Lo postergué —El doctor Bloom estaba invitado a pronunciar una conferencia en la sección Comportamiento Científico de la Academia del FBI.

— Graham lo aprecia. No piensa que usted practica ninguna clase de trucos mentales con él —dijo Crawford —. Se le había atragantado la observación de Bloom respecto a que utilizaba a Graham.

— No lo hago. Ni trataría de hacerlo —respondió el doctor Bloom — . Soy tan honesto con él como lo sería con un paciente.

— Exacto.

— No; quiero ser su amigo y lo soy. Jack, la observación es parte de mi campo de estudio. Recuerdo, no obstante, que cuando *usted* me pidió que realizara un estudio de Graham me negué.

—El que quería un estudio sobre él era Petersen, del piso de arriba.

— Usted fue el que lo solicitó. No importa, si hice alguna vez algo con Graham, si alguna vez hubo algo que hubiera podido tener cierto beneficio terapéutico para otros, lo abstraería en una forma en que sería completamente irreconocible. Si alguna vez llegara a hacer un trabajo de estilo académico, sólo sería publica do póstumamente.

— ¿Después de usted o de Graham?

El doctor Bloom no respondió.

—Me he dado cuenta de una cosa que despierta mi curiosidad: usted no está nunca solo en un cuarto con Graham, ¿verdad? Lo hace delicadamente, pero nunca se queda mano a mano con él. ¿Por qué? ¿Es porque considera que tiene una especial sensibilidad psíquica?

— No. Es un *eideteker;* tiene una extraordinaria memoria visual, pero no creo que tenga esa sensibilidad psíquica. No quiso que Duke le hiciera tests... pero eso no quiere decir nada. Detesta que lo sondeen e investiguen. Y yo también.

— Pero...

—Will quiere pensar en esto estrictamente como un ejercicio intelectual, y de acuerdo con las ajustadas definiciones forenses, es exactamente eso. Es bueno para el trabajo, pero supongo que existirán otras personas igualmente buenas.

— No muchas —respondió Crawford.

— Lo que posee además es pura empatia y proyección —afirmó el doctor Bloom — . El puede asumir su punto de vista, o el mío y quizás algunos otros que lo asustan y asquean. Es un don molesto, Jack. La percepción es una espada de dos filos.

— ¿Por qué no se queda nunca a solas con él?

— Porque siento cierta curiosidad profesional por él y lo advertiría inmediatamente. Es muy rápido.

— Si lo encuentra observándolo, enseguida cerraría las persianas.

— Una analogía desagradable pero exacta. Ya ha obtenido suficiente venganza, Jack. Vayamos al grano. Y abreviemos. No me siento muy bien.

-Una manifestación psicosomática, probablemente —dijo Crawford.

-En honor a la verdad, se trata de mi vesícula. ¿Qué es lo que quiere?

— Dispongo de un medio para hablar con el Duende Dientudo.

— El *Tattler* —acotó el doctor Bloom.

— Exacto. ¿Cree usted que exista alguna forma para impulsarlo a una autodestrucción con lo que podamos decirle?

— ¿Empujarlo al suicidio?

— El suicidio me vendría de perlas.

— Lo dudo, *liso* podría ser posible en ciertos tipos de enfermedades mentales.

Pero en este caso lo dudo. No sería tan meticuloso si fuera autodestructivo. No se protegería tan bien. Si fuera el prototipo del esquizofrénico paranoico se podría tal vez influenciarlo para enfurecerlo y hacerse visible. Se podría inclusive conseguir que se lastimara a sí mismo. Pero yo no lo ayudaría a hacerlo.

— —El suicidio era el enemigo mortal de Bloom.

— No, supongo que no —replicó Crawford — . ¿Podríamos enfurecerlo?

-¿Por qué quiere saberlo? ¿Con qué objeto?

— Permítame que le pregunte lo siguiente: ¿podríamos hacerlo enojar y centrar su atención en algo?

— Ya la ha fijado en Graham a quien considera ahora corno su adversario y usted lo sabe perfectamente bien. No dé vueltas. ¿Ha decidido arriesgar a Graham, verdad?

— Creo que debo hacerlo. De lo contrario tendremos otra masacre el 25. Ayúdeme.

— No sé si se da bien cuenta de lo que está pidiendo.

— Que me aconseje, eso es lo que le pido.

— No me refiero a mí —respondió el doctor Bloom—. Lo que le pide a Graham. No quiero que lo interprete mal, y en circunstancias normales no lo diría, pero creo que debe saberlo: ¿cuál cree usted que es uno de los principales incentivos de Will?

Crawford meneó negativamente la cabeza.

—El miedo, Jack. Este hombre lucha contra un miedo enorme.

— ¿Porque lo hirieron?

— No, no es sólo por eso. El miedo es producto de la imaginación, es un castigo, es el precio de la imaginación.

Crawford se quedó mirando sus manos cruzadas sobre el estómago. Se sonrojó violentamente. Era embarazoso hablar de ello.

— Por supuesto. Es lo que no se menciona jamás del lado en que están los grandes personajes, ¿no es así? No se preocupe por decirme que tiene miedo. No voy a pensar por eso que es un cobarde. No soy tan tonto, doctor.

—Nunca pensé que lo fuera, Jack.

— No lo enviaría allí si no pudiera protegerlo. Está bien, si no pudiera protegerlo en un ochenta por ciento. El no es precisamente malo. No será el mejor, pero es muy rápido. ¿ Nos ayudará a sacudir al Duende Dientudo, doctor? Han muerto ya muchas personas.

— Sólo si Graham conoce de antemano la totalidad del riesgo que corre y lo acepta voluntariamente. Tengo que oírselo decir.

—Soy igual que usted, doctor. Nunca lo embromo. Por lo menos no más de lo que nos embromamos mutuamente.

Crawford encontró a Graham en el pequeño cuarto de trabajo del cual se había apropiado, junto al laboratorio de Zeller, llenándolo de fotografías y papeles personales pertenecientes a las víctimas.

día siguiente, lunes 11 de agosto. Lounds partió rumbo a Chicago no bien tuvo todo el material. Dijo que quería supervisar personalmente la compaginación. Convino con Crawford que se encontrarían el jueves por la tarde a cinco cuadras de la trampa.

A partir del jueves, cuando el *Tattler* estaría al alcance de cualquiera, dos trampas estarían preparadas para el monstruo.

Graham iría todas las tardes a su «residencia temporaria» fotografiada en el *Tattler.*

En ese mismo número un aviso cifrado personal invitaba al Duende Dientudo a concurrir a la casilla de correo de Annapolis, vigilada día y noche. Si sospechaba de la casilla de correo, pensaría que todo el esfuerzo por capturarlo estaba centrado allí. Entonces, según pensaba el FBI, Graham resultaría un blanco más atractivo.

Las autoridades de Florida instalaron un equipo de vigilancia en el cayo Sugarloaf.

Había cierto aire de descontento entre los cazadores, dos cebos tan grandes restaban mucho potencial humano que podía ser utilizado en otra parte, y la presencia de Graham todas las tardes en su trampa limitaría sus movimientos a la zona de Washington.

A pesar de que su buen juicio le indicaba a Crawford que era la mejor jugada, todo el asunto resultaba demasiado pasivo para su gusto. Tenía la sensación de que estaban jugando entre ellos mismos en esas noches sin luna, cuando faltaban solamente menos de dos semanas para el plenilunio.

El domingo y el lunes transcurrieron a un curioso ritmo. Los minutos eran eternos y las horas parecían volar.

Spurgen, jefe de instructores de SWAT en Quantico, dio la vuelta a la manzana del departamento el lunes por la tarde. Graham lo acompañaba. Crawford ocupaba el asiento de atrás.

—El tráfico peatonal disminuye alrededor de las siete y cuarto. Todos vuelven a sus casas a comer —dijo Spurgen. Su cuerpo delgado pero musculoso y su gorra con visera echada ligeramente hacia atrás, le daban el aspecto de un jugador de baseball—. Háganos una señal en la banda disponible mañana por la noche una vez que cruce las vías del ferrocarril. Debería tratar de hacerlo entre las ocho y media y ocho cuarenta.

Detuvo el auto en el estacionamiento del edificio de departamentos.

—Esta celada no es la última maravilla, pero podría ser peor. Estacione aquí mañana por la noche. A partir de entonces cambiaremos todas las noches el lugar donde estacionará, pero siempre de este lado. Hay casi setenta metros hasta la entrada del departamento. Caminemos.

Spurgen, más bien bajo y patizambo se adelantó a Graham y Crawford.

«Está buscando lugares desde los cuales pueda atacarme», pensó Graham.

— Durante la caminata es probablemente cuando ocurrirá, si es que ocurre

-afirmó el jefe de SWAT-. Mire, desde aquí la línea directa de su auto hasta la entrada, el recorrido normal, es por el medio del estacionamiento. Es lo más lejos que puede apartarse de la línea de autos que están aquí todo el día. El tendrá que salir al espacio abierto para acercarse. ¿Qué tal oye usted?

— Bastante bien —respondió Graham — . Muy bien en este lugar.

Spurgen trató de descubrir algo en el rostro de Graham pero no encontró nada que pudiera reconocer. Se detuvo en la mitad del estacionamiento.

— Vamos a reducir un poco la intensidad de los faroles de la calle para que a un francotirador le resulte más difícil.

—Dificultará el trabajo de sus hombres también —acotó Crawford.

— Dos de los nuestros tienen miras especiales para la noche— manifestó Spurgen—. Tengo un *spray* brillante que deberá usar en sus sacos, Will. A propósito, no me importa si hace o no mucho calor, pero tendrá que utilizar protección antibala todas y cada una de las veces. ¿Entendido?

-Sí.

— ¿De qué tipo?

— Es Kevlar; ¿qué dices, Jack? ¿Second Chance?

— Second Chance —afirmó Crawford.

— Posiblemente lo atacará desde atrás o tal vez lo *cruzará y* enseguida se dará vuelta para dispararle cuando lo haya dejado atrás — dijo Spurgen — . En siete oportunidades ha disparado a la cabeza, ¿verdad? Ha comprobado que es efectivo. Lo repetirá con usted si le da tiempo para que lo haga. *No le dé tiempo.*

Después que le muestre un par de cosas en el hall de entrada y en el departamento iremos al campo de tiro. ¿Puede hacerlo?

— Puede —respondió Crawford.

Spurgen parecía el sumo sacerdote del campo de tiro. Hizo que Graham se colocara tapones bajo los protectores de oídos y le disparó blancos desde todos los ángulos. Sintió un alivio al comprobar que Graham no portaba la 38 reglamentaria, pero le preocupó el chispazo del cañón agujereado. Trabajaron durante dos horas. El hombre insistió en verificar el tambor y los seguros del 44 de Graham cuando terminó de tirar.

Graham se bañó y se cambió de ropa para no tener olor a pólvora antes de dirigirse en su auto hacia la bahía para pasar su última noche libre en compañía de Molly y Willy.

Después de comer llevó a su esposa y a su hijastro a la verdulería e hizo grandes aspavientos para elegir unos melones. Se aseguró de que compraran suficientes provisiones; el viejo ejemplar del *Tattler* estaba todavía en los estantes junto al mostrador de salida y esperó que Molly no viera el número nuevo que aparecería al día siguiente. No quería contarle lo que ocurría.

Cuando ella le preguntó qué quería comer la semana próxima, le dijo que iba a

estar afuera, que tenía que volver a Birmingham. Fue la primera vez que le mintió realmente a Molly y al hacerlo se sintió tan asqueroso como un billete viejo.

La observaba en los pasillos de la verdulería: Molly, su bonita esposa y la ex de un jugador de baseball, con su continua preocupación por encontrar bultitos, su insistencia en que él y Willy se hicieran revisiones médicas periódicas, su controlado miedo a la oscuridad; y el elevado precio que había pagado para comprender que el tiempo es suerte. Conocía el valor de sus días. Podía aprisionar un momento intangible. Le había enseñado a saborear.

El aroma de Pachelbel Canon impregnaba el cuarto bañado por el sol donde sus cuerpos se conocieron y ese gozo tan enorme no pudo ser reprimido y aun entonces el miedo se hizo presente en él como la sombra de un águila enorme: esto es demasiado maravilloso para que dure mucho.

Molly pasaba su cartera de uno a otro hombro mientras recorría los pasillos como si el arma pesara mucho más que seiscientos gramos.

Graham se habría sorprendido si hubiera escuchado las cosas que les musitaba para sus adentros a los melones. «Tengo que destruir a ese hijo de puta. Tengo que hacerlo».

Diversamente equipados con mentiras, revólveres y verduras, los tres integraban una pequeña y solemne procesión.

Molly olía a gato encerrado. Ella y Graham no hablaron después de apagar las luces. Molly soñó que oía unos pesados y dementes pasos que entraban a una casa de cuartos mutantes.

XIX

En el Aeropuerto Internacional de Lamben, St. Louis, hay un puesto de venta de diarios en el que pueden comprarse los principales periódicos de todos los Estados Unidos. Los de Nueva York, Washington, Chicago y Los Angeles llegan por vía aérea y pueden adquirirse el mismo día en que se publican.

Como muchos otros, ese puesto es propiedad de una cadena y junto con los diarios y revistas tradicionales, el vendedor se ve obligado a aceptar una cierta cantidad de pasquines.

Al mismo tiempo que el lunes a las diez de la noche el vendedor recibía la remesa del *Chicago Tribune,* un paquete de *Tattlers* era arrojado al piso junto al anterior. El atado estaba todavía caliente en la parte del medio.

El encargado del puesto se puso en cuclillas frente a las estanterías para acomodar los ejemplares del *Tribune.* Tenía bastante más que hacer. Los del turno de la tarde jamás se molestaban en ordenar.

Un par de botas negras con cierre relámpago aparecieron en su campo de visión. Un mirón. No; las botas apuntaban hacia él. Alguien quería vaya uno a saber qué maldita porquería. El vendedor quería terminar de arreglar los *Tribune* pero la insistente atención le hizo sentir un cosquilleo en la nuca.

Su trabajo era transitorio, no necesitaba mostrarse amable.

— ¿Qué quiere? —le preguntó a las rodillas.

— *El Tattler.*

—Tendrá que esperar hasta que deshaga el paquete. Las botas no se alejaron. Estaban muy cerca.

— Dije que tendría que esperar hasta que desate el paquete. ¿Entendió? ¿No ve que estoy ocupado con éste?

Una mano, el brillo de una hoja de acero y el nudo del paquete que estaba junto a él quedó cortado con un chasquido. Una moneda de un dólar sonó en el piso frente a él. Un ejemplar intacto del *Tattler* sacado de la mitad del paquete de un tirón, hizo que se cayeran todos los de arriba sobre el suelo.

El vendedor de diarios se puso de pie. Tenía las mejillas arrebatadas. El hombre se alejaba con el periódico bajo el brazo.

— Eh, eh, usted.

El hombre se dio vuelta y lo miró.

— ¿Quién, yo?

— Sí, usted. Le dije...

— ¿Qué fue lo que me dijo? —Regresaba. Se paró demasiado cerca—. ¿Qué fue lo que me dijo?

Por lo general un comerciante chabacano puede apabullar a sus clientes. Pero había algo espantoso en la calma de éste.

El vendedor miró al piso.

—Tengo que darle veinticinco centavos de vuelto.

Dolarhyde dio media vuelta y se alejó. Al vendedor le ardieron las mejillas durante media hora. «Sí, ese tipo estuvo también la semana pasada. Si se presenta otra vez más le diré adonde mierda puede irse. Tengo una cosa debajo del mostrador para esa clase de avispados.»

Dolarhyde no leyó el *Tattler* en el aeropuerto. El mensaje de Lecter del jueves anterior lo había dejado algo incómodo. El doctor Lecter había estado en lo cierto, por supuesto, al afirmar que él era hermoso y resultó muy emocionante leerlo. El *era* hermoso. Sintió cierto desprecio ante el miedo del médico por el policía. Lecter no comprendía mucho más que el resto de la gente.

No obstante, estaba ansioso por saber si le había enviado otro mensaje. Esperaría hasta llegar a su casa para fijarse. Dolarhyde se sentía orgulloso de su autocontrol.

Mientras conducía el auto pensó en el vendedor de diarios.

En una época anterior se habría disculpado por molestar al hombre y no habría vuelto a aparecer por allí. Durante años había tolerado que los demás lo insultaran. Pero eso se había acabado. El hombre podría insultar a Francis Dolarhyde: pero no podía hacerle frente al Dragón. Todo formaba parte de la Transformación.

La lámpara de su escritorio estaba todavía encendida a medianoche. El mensaje del *Tattler* había sido descifrado y estaba tirado por el piso hecho un rollo. Pedazos del *Tattler* estaban desparramados en donde Dolarhyde lo había recortado para agregarlo a su diario. El enorme volumen estaba abierto bajo el grabado del Dragón, la goma de pegar fresca todavía en los bordes de los recortes recién agregados. Debajo de éstos, y recientemente incorporada, una pequeña bolsa de plástico todavía vacía.

Junto a ella podía leerse: «Con Esto Me Ofendió».

Dolarhyde había abandonado su escritorio.

Estaba sentado en la escalera del sótano, cubierta por una fría capa de polvo y moho. El haz de luz de su linterna se movía sobre muebles tapados por géneros, los polvorientos dorsos de grandes espejos que en un tiempo colgaban de las paredes de la casa y ahora estaban apoyados contra ellas, y el baúl en que guardaba la caja con la dinamita.

El haz de luz se detuvo sobre una silueta alta y oculta por un lienzo, una entre varias que había en un rincón del sótano. Telas de araña rozaron su cara al acercarse allí. El polvo lo hizo estornudar cuando retiró el lienzo.

Retuvo unas lágrimas al iluminar la vieja silla de ruedas de roble que había destapado, una de las tres que había en el sótano, con su respaldo alto, pesada y sólida. El municipio se las había dado a su abuela en 1940 cuando convirtió su casa en un hogar de ancianos.

Las ruedas chirriaron al empujarla por el piso. La transportó fácilmente escaleras arriba a pesar de su peso. Una vez en la cocina, aceitó las ruedas. Las pequeñas de adelante seguían chirriando, pero las de atrás tenían buenos rulemanes y giraron fácilmente al impulso de su dedo.

La creciente ira de Dolarhyde se aplacó por el zumbido de las ruedas al girar y comenzó a canturrear suavemente acompañando a ese sonido.



Freddy Lounds estaba cansado y animado al mismo tiempo cuando salió del *Tattler* el jueves al mediodía. En el término de treinta minutos había depositado el artículo en el avión rumbo a Chicago y lo había dejado en la oficina de compaginación.

El resto del tiempo lo había ocupado escribiendo su gacetilla, suspendiendo todas las llamadas. Era un buen organizador y contaba ya con un sólido respaldo de cincuenta mil palabras.

Escribiría un violento artículo y un relato de la captura cuando atraparan al Duende Dientudo. El material que tenía les vendría de perillas. Había hecho los arreglos necesarios para que tres de los mejores reporteros del *Tattler* estuvieran preparados para entrar en acción rápidamente. A las pocas horas de la detención del Duende Dientudo, estarían averiguando detalles donde fuera que éste viviera.

Su agente hablaba de cifras enormes. En honor a la verdad, el haber discutido el proyecto antes de tiempo con su agente, era violar el acuerdo que había hecho con Crawford. Todos los contratos y memorandos tendrían fecha posterior a la captura para disimularlo.

Crawford conservaba una gran carta de triunfo en la manga: la grabación de la amenaza de Lounds. La transmisión interestatal de una amenaza podía ser causa de un proceso, más allá de la protección que le brindaba a Lounds la Primera Enmienda. Lounds sabía además que a Crawford le bastaba solamente realizar una llamada telefónica, para causarle un problema permanente con el Servicio de Impuestos Internos.

Lounds tenía ciertos resabios de honestidad; no se hacía demasiadas ilusiones respecto a la índole de su trabajo. Pero había sustentado una especie de fervor, casi religioso, por este proyecto.

Estaba henchido por una visión de una vida mejor, más allá del dinero. Cubiertas por toda la mugre que había acumulado, sus viejas esperanzas apuntaban todavía hacia el Este. En ese momento se estremecían y trataban de manifestarse.

Satisfecho al comprobar que sus cámaras y equipo de grabación estaban listos, empuñó el volante del auto, rumbo a su casa, para dormir durante tres horas antes de tomar el avión hacia Washington, donde debería encontrarse

con Crawford, cerca de la emboscada.

Tropezó con un molesto inconveniente en el garaje del subsuelo. El furgón negro, estacionado en el espacio junto al suyo, estaba sobre la línea. Invadía el lugar asignado notoriamente al «señor Frederick Lounds».

Lounds abrió bruscamente la puerta de su auto, golpeando el costado del furgón y dejando una marca y una abolladura. Eso serviría de lección a ese atrevido.

Lounds estaba echando llave a la puerta de su auto, cuando se abrió la del furgón a espaldas de él. Estaba dándose vuelta, había dado casi media vuelta, cuando la cachiporra lo golpeó arriba de su oreja. Alzó las manos, pero sus rodillas se aflojaron y sintió una gran presión en el cuello que impidió la entrada de aire. Cuando su pecho oprimido pudo inspirar nuevamente, aspiró cloroformo.

Dolarhyde estacionó el furgón detrás de su casa, se bajó y se estiró. Había tenido viento cruzado desde que salió de Chicago y sus brazos estaban doloridos. Estudió el cielo nocturno. No faltaba mucho para la lluvia de meteoros de la constelación de Perseo y no debía perdérsela.

Revelación: «Su cola arrastraba la tercera parte de las estrellas del firmamento y las arrojó a la tierra».

Su obra de antaño. Tendría que observarla y recordar.

Dolarhyde abrió la puerta de atrás cerrada con llave y realizó su rutinaria revisión de la casa. Cuando salió nuevamente tenía la cara cubierta por una media.

Abrió el furgón y le adosó una pequeña rampa. Acto seguido deslizó por ella a Freddy Lounds. Este, vestido solamente con sus calzoncillos tenía una mordaza y los ojos vendados. A pesar de estar solamente semiinconsciente no se inclinó hacia adelante. Permaneció sentado muy derecho, con la cabeza apoyada contra el alto respaldo de la vieja silla de ruedas de roble. Estaba pegado a la silla, de la cabeza a los pies, con un pegamento especial.

Dolarhyde lo empujó hasta la casa y lo instaló en un rincón del living, de espaldas al cuarto, como un chico en penitencia.

— ¿Tiene frío? ¿Le gustaría una frazada?

Dolarhyde despegó los apositos que le cubrían los ojos y la boca a Lounds. Este no respondió. Estaba impregnado por el olor a cloroformo.

— Le traeré una frazada —Dolarhyde retiró una manta del sofá y cubrió con ella a Lounds y luego le acercó un frasquito de amoníaco a la nariz.

Lounds abrió bien grandes los ojos y contempló una borrosa imagen de dos paredes que se unían. Tosió y comenzó a hablar.

— ¿Un accidente? ¿Estoy malherido?

La voz a espaldas de él respondió:

— No, señor Lounds. Se va a poner bien.

ha permitido ver su cara.»

— ¿Qué cree usted, señor Lounds?

— No sé lo que me ha pasado.

— ¿Sabe usted Quién Soy Yo, señor Lounds?

—No. Y le aseguro que no quiero saberlo.

— Según usted, soy un pervertido y vicioso fracasado sexual. Un animal, según sus propias palabras. Probablemente rescatado de un manicomio por un juez indulgente. —Normalmente Dolarhyde habría evitado la «s» sibilante de sexual.— Pero ante este público, totalmente ajeno a la burla, no tenía inhibiciones.

— Ahora lo sabe, ¿no es así?

«No mientas. Piensa rápido.»

-Sí.

— ¿Por qué escribe mentiras, señor Lounds? ¿Por qué dice que estoy loco? Contésteme.

— Cuando una persona... cuando una persona hace cosas que la mayoría de la gente no puede comprender, lo llaman...

— Loco.

— Lo mismo les dijeron a... los hermanos Wright. En toda la historia...

— Historia. ¿Usted comprende lo que estoy haciendo, señor Lounds?

«Comprender.» Ahí estaba su oportunidad. «No la desperdicies.»

— No, pero creo que tengo una oportunidad de comprender, y entonces *todos mis lectores comprenderían también.*

— ¿Se siente privilegiado?

— Es un privilegio. Pero debo decirle, de hombre a hombre, que estoy asustado. Es difícil concentrarse cuando se está asustado. Si usted tiene una idea genial, no le sería necesario asustarme para impresionarme.

— De hombre a hombre. De hombre a hombre. Usted utiliza esa expresión para denotar franqueza, señor Lounds, y créame que lo aprecio. Pero verá usted, yo no soy un hombre. Empecé como tal, pero con la Gracia de Dios y mi propia Voluntad me he convertido en Algo Más que un hombre. Usted dice que está asustado. ¿Cree que Dios lo asistirá aquí, señor Lounds?

— No lo sé.

— ¿Está rezándole en este momento?

— A veces rezo. Pero debo confesarle que por lo general solamente lo hago cuando estoy asustado.

— ¿Y Dios lo ayuda?

— No lo sé. Después no pienso más. Debería pensar.

— Debería pensar. Ajá... Hay muchas cosas que debería comprender. Dentro de poco lo ayudaré a entender. ¿Me disculpa ahora un momento?

— Por supuesto.

Ruido de pasos que se alejaban del cuarto. Un cajón de la cocina que se abría. Lounds había escrito sobre numerosos crímenes perpetrados en cocinas donde las cosas están muy a mano. Un informe policial puede hacernos cambiar definitivamente nuestro concepto de una cocina. Ruido de agua que corre.

Lounds pensaba que debía ser de noche ya. Crawford y Graham estaban esperándolo. Con toda seguridad ya les habría llamado la atención su ausencia. Una tristeza profunda y hueca se mezcló brevemente con su miedo.

Sintió una respiración a espaldas de él y con el rabillo del ojo percibió algo blanco. Una mano, poderosa y pálida. Sujetaba una taza de té con miel. Lounds bebió con una pajita.

— Escribiré una gran crónica —dijo entre sorbo y sorbo — . Todo lo que usted quiera decir. Lo describiré en la forma que más le guste, o no haré descripción alguna, sin descripción.

—Shhh. —El golpeteo de un dedo sobre su cabeza. Las luces se hicieron más brillantes. La silla empezó a girar.

— No. No quiero verlo.

— Ah, pero es preciso, señor Lounds. Usted es un periodista. Está aquí para hacer un reportaje. Cuando lo dé vuelta, abra los ojos y míreme. Si no lo hace se los abriré yo, le pegaré los párpados a la frente.

El sonido de una boca húmeda, un clic y la silla giró. Lounds estaba de frente a la habitación con los ojos cerrados. Un dedo golpeó insistentemente su pecho. Un toque en los párpados. Abrió los ojos.

Al verlo desde la silla parado allí vestido con un kimono, Lounds tuvo la impresión de un hombre de gran estatura. Su cara estaba cubierta hasta la nariz por una media enrollada. Dio media vuelta y dejó caer su kimono. Los grandes músculos se flexionaron sobre el brillante tatuaje de la cola que corría por su nalga y se enroscaba en una pierna.

El Dragón dio vuelta lentamente su cabeza, miró por encima del hombro a Lounds y sonrió exhibiendo los inmensos dientes con manchas oscuras.

—Dios mío —musitó Lounds.

Lounds se encontró en el centro del cuarto desde donde podía ver la pantalla. Dolarhyde, parado detrás de la silla, se había puesto nuevamente el kimono y los dientes que le permitían hablar.

— ¿Quiere saber Quién Soy?

Lounds trató de asentir con la cabeza; pero la silla le tironeó el cuero cabelludo.

—Más que cualquier otra cosa. Tenía miedo de preguntarle.

-Mire.

La primera diapositiva era el cuadro de Blake representando al gran Hombre-Dragón, con las alas desplegadas y la cola agitándose, suspendido sobre la Mujer Revestida del Sol.

— ¿Ve ahora?

-Veo.
Dolarhyde pasó rápidamente las otras diapositivas.
Clic. La señora Jacobi viva.
-¿Ve?
-Sí.
Clic. La señora Leeds viva.
-¿Ve?
-Sí.
Clic. Dolarhyde, el Dragón rampante, sus músculos flexionados y el tatuaje de la cola sobre la cama de los Jacobi.
-¿Ve?
-Sí.
Clic. La señora Jacobi esperando.
-¿Ve?
-Sí.
Clic. La señora Jacobi después.
-¿Ve?
-Sí.
Che. El dragón rampante.
-¿Ve?
-Sí.
Clic. La señora Leeds esperando, su esposo tendido junto a ella.
-¿Ve?
-Sí.
Che. La señora Leeds después, salpicada de sangre.
-¿Ve?
-Sí.
Clic. Una copia de una fotografía del *Tattler* de Freddy Lounds.
-¿Ve?
— ¡Dios mío!
-¿Ve?
— ¡ Ay Dios mío! —Las palabras sonaron entrecortadas, como cuando un chico habla entre sollozos.
-¿Ve?
— Por favor, no.
— ¿No qué?
— Yo no.
— ¿No qué? Usted es un hombre, señor Lounds. ¿Es usted un hombre?
-Sí.
— ¿Quiere dar usted a entender que yo soy un maricón?
— Dios, no.

— ¿Es usted maricón, señor Lounds?
-No.
— ¿Va a escribir más mentiras sobre mí, señor Lounds?
— Oh no, no.
— ¿Por qué escribió mentiras, señor Lounds?
— La policía me dijo que lo hiciera. Fue lo que ellos dijeron.
—Usted citó a Will Graham.
— Graham me dijo las mentiras. Graham.
— ¿Dirá ahora la verdad? Respecto a Mí. Mi Trabajo. Mi Transformación. Mi *Arte,* señor Lounds. ¿Es esto Arte?
-Arte.
El miedo reflejado en la cara de Lounds le permitía a Dolarhyde hablar sin cuidarse de pronunciar las «s»; sólo sus grandes alas con membranas podían ahora llamar la atención.
— Usted dijo que yo, que veo mucho más allá que usted, era loco. Yo, que impulso al mundo mucho más lejos que usted, soy un loco. He osado mucho más que usted, he presionado mi único sello mucho más profundamente en la tierra, donde durará mucho más tiempo que sus cenizas. Su vida en relación a la mía, es como la huella de una babosa sobre la piedra. Una mucosidad delgada y plateada que entra y sale de las letras en mi monumento
—Dolarhyde repetía las palabras que había escrito en su diario.
«Yo soy el Dragón ¿usted me califica de *Loco?* Mis movimientos son seguidos y anotados tan detenidamente como los de una potente estrella fugaz. ¿Oyó hablar de la de 1054? Por supuesto que no. Sus lectores lo siguen como un niño al rastro de una babosa con su dedo, y con los mismos y fatigosos altibajos de la *razón.* Vuelta a su cabeza hueca y cara de batata, como una babosa que sigue su propio rastro de regreso a su morada.
»Ante Mí, usted es una babosa al sol. Es cómplice de una gran Transformación y no reconoce nada. Es una hormiga en la placenta.
»Está dentro de su naturaleza hacer algo correcto: temblar como se debe delante de Mí. Pero no es miedo lo que usted, Lounds y las otras hormigas deben sentir por Mí. *Usted Me debe reverente temor.»*
Dolarhyde estaba parado con la cabeza agachada, el pulgar y el índice sobre el puente de su nariz. Acto seguido salió del cuarto.
«No se quitó la máscara», pensó Lounds. «No se quitó la máscara. Si vuelve sin ella estoy perdido. Dios mío, estoy completamente empapado.» Giró los ojos hacia la puerta y esperó auscultando los ruidos de la parte de atrás de la casa.
Cuando Dolarhyde regresó todavía tenía puesta la máscara. Traía una caja de viandas y dos termos.
— Para el viaje de vuelta a su casa. —Alzó un termo.— Hielo. Nos hará falta. Antes de partir grabaremos un poco.

Sujetó un micrófono a la manta cerca de la cara de Lounds.

— Repita lo que yo digo.

Grabaron durante media hora y finalmente le dijo:

— Eso es todo, señor Lounds. Lo hizo muy bien.

— ¿Ahora me dejará volver?

— Lo haré. No obstante, hay una forma en que puedo ayudarlo a comprender y recordar mejor. —Dolarhyde se alejó.

— Yo quiero comprender. Quiero que sepa lo que le agradezco que me deje en libertad. De ahora en adelante voy a ser realmente justo, usted lo sabe.

Dolarhyde no podía contestarle. Había cambiado de dentadura.

El grabador funcionaba nuevamente.

Miró a Lounds sonriendo, con una sonrisa llena de manchas marrones. Apoyó su mano sobre el corazón de Lounds, e inclinándose hacia él, cariñosamente, como si fuera a besarlo, le arrancó los labios de un mordisco y los escupió en el piso.

XXI

Amanecía en Chicago, el aire estaba pesado y el cielo gris y bajo.

Un guardia de seguridad del edificio del *Tattler* salió del hall de entrada y se paró junto al cordón de la vereda, fumando un cigarrillo y restregándose la cintura. Estaba solo en la calle y el silencio le permitía oír el apagado sonido del semáforo ubicado arriba de la cuesta, a una cuadra larga de distancia, cada vez que cambiaba la luz.

Media cuadra al norte del semáforo y fuera del alcance de la vista del guardia, Francis Dolarhyde se acurrucó junto a Lounds en la parte de atrás del furgón. Acomodó la frazada en forma de una profunda capucha que ocultaba la cabeza de Lounds.

El periodista sufría un dolor intenso. Parecía aletargado, pero su mente trabajaba sin descanso. Debía recordar unas cuantas cosas. Podía ver por debajo de la venda que le cubría los ojos y parte de la nariz, los dedos de Dolarhyde tanteando la mordaza ensangrentada.

Dolarhyde se colocó una chaqueta blanca de enfermero, depositó un termo sobre las faldas de Lounds y deslizó la silla fuera del furgón. Cuando puso el freno a la silla de ruedas y se dio vuelta para guardar la pequeña rampa dentro del vehículo, Lounds vio por debajo de la venda, la punta del parachoques posterior.

Lo dieron vuelta, vio el soporte del parachoques... ¡Sí! La chapa con el número de la patente. Solamente un segundo, pero quedó grabada en la memoria de Lounds.

La silla comenzó a moverse. Sintió las juntas de las baldosas.

Dieron vuelta a una esquina y bajaron de la vereda. Crujido de papeles bajo las ruedas.

Dolarhyde detuvo la silla de ruedas al llegar a un hueco cubierto de suciedad entre un vaciadero de basura y un camión estacionado. Le quitó la venda de los ojos. Lounds los cerró. Le colocó un frasco con amoníaco bajo la nariz.

Una voz suave le preguntó:

— ¿Puede oírme? Está casi en su casa. —Tenía ya los ojos descubiertos.— Pestañee si me oye.

Dolarhyde le abrió un ojo con el pulgar y el índice. Lounds miró la cara de

Dolarhyde.

— Le dije una mentirita. —Dolarhyde golpeó suavemente el termo.— No guardé *realmente* sus labios en hielo. —Apartó la manta de un tirón y abrió el termo.

Lounds hizo un esfuerzo terrible al sentir el olor a nafta, arrancando la piel de sus antebrazos y haciendo crujir la pesada silla. El líquido frío se desparramó por todo su cuerpo, los efluvios le cerraron la garganta mientras la silla avanzaba hacia el medio de la calle.

— ¿Le gusta ser el animalito preferido de Graham, Freeeeeedyyyy?

Hubo una sorda explosión al arder el combustible justo antes de que lo empujara y saliera rodando barranca abajo hacia el *Tattler,* en medio del chirrido de las ruedas.

El guardia levantó la vista al escuchar el alando que hizo volar la mordaza en llamas. Vio acercarse esa bola de fuego, saltando por los baches, con una cola de humo y chispas y las llamas semejantes a unas alas, provocando distorsionados reflejos en las vidrieras de los negocios.

Desvió el rumbo, chocó contra un auto estacionado y se dio vuelta frente al edificio, una rueda girando en el aire, lenguas de fuego saliendo entre los rayos y brazos que se alzaban en la típica posición de defensa de los quemados.

El guardia corrió hacia el hall. Se preguntaba si estallaría y no sería mejor alejarse de las ventanas. Tiró de la alarma de incendio. ¿Qué más? Sacó el matafuego que colgaba de la pared y miró afuera. Todavía no había estallado.

Se acercó cuidadosamente en medio del humo grasiento que se desparramaba sobre el pavimento y, finalmente, arrojó la espuma sobre Freddy Lounds.

XXII

De acuerdo al plan preestablecido, Graham debía salir del departamento de Washington preparado como un cebo, a las seis menos cuarto de la mañana, con la antelación suficiente para evitar el denso tráfico matinal.

Crawford lo llamó por teléfono mientras estaba afeitándose.

—Buenos días.

— No tan buenos —respondió Crawford — . El Duende Dientudo atrapó a Lounds en Chicago.

— Caray, no.

—Todavía no ha muerto y pregunta por ti. No durará mucho.

— Allí voy.

—Nos encontraremos en el aeropuerto. Vuelo 245 de United. Sale dentro de cuarenta y cinco minutos. Podrás volver a tiempo para la emboscada, si es que todavía tiene sentido.

El agente especial Chester, de la oficina del FBI de Chicago, los esperaba en el aeropuerto O'Hare, en medio de un diluvio. Chicago es una ciudad acostumbrada a las sirenas. El tráfico se abrió de mala gana delante de ellos, al internarse Chester ululando en medio de la autopista, mientras la luz roja del patrullero lanzaba destellos rosados entre la cortina de agua. Tuvo que alzar la voz por el ruido de la sirena.

— La policía de Chicago dice que lo atacaron en su garaje. Mi versión es de segunda mano. No somos populares actualmente por aquí.

— ¿Qué es lo que saben? —preguntó Crawford.

—Todo, la emboscada, absolutamente todo.

— ¿Lounds lo pudo ver?

— No he escuchado ninguna descripción. La policía de Chicago transmitió un boletín solicitando informes sobre una placa alrededor de las seis y veinte.

— ¿Conseguiste hablar con el doctor Bloom, como te pedí?

— Hablé con su esposa, Jack. Al doctor Bloom le extirparon la vesícula esta mañana.

— Fantástico —acotó Crawford.

Chester se detuvo bajo el pórtico del hospital al resguardo de la lluvia. Se dio vuelta en su asiento y dijo:

—Jack, Will, antes que suban... Tengo entendido que este chiflado se ensañó realmente con Lounds. Deben estar preparados para ello...

Graham asintió. Desde que partió rumbo a Chicago había luchado para ahogar las esperanzas de que Lounds muriera antes que él llegara, para no tener que verlo.

El corredor del Centro de Quemados Paege era un pasadizo cubierto por impecables azulejos. Un médico alto con una curiosa cara mezcla de joven y viejo les hizo señas a Graham y a Crawford y los condujo lejos de las otras personas apiñadas frente a la puerta de la habitación de Lounds.

— Las quemaduras del señor Lounds son mortales —dijo el doctor—. Yo *puedo* calmar su dolor y pienso hacerlo. Respiró fuego y tiene dañada la garganta y los pulmones. Tal vez no recupere el conocimiento. Dado su estado, eso sería una bendición.

»En el caso de que lo recupere, la policía de la ciudad me pidió que le quite el tubo de la garganta para que pueda contestar algunas preguntas. He dado mi consentimiento, pero parcialmente.

»Por el momento las terminales nerviosas están anestesiadas por el fuego. Sufrirá un gran dolor si vive mucho más tiempo. Le hice una clara advertencia a la policía que les repetiré a ustedes: interrumpiré cualquier interrogatorio para aplicarle un sedante si él me lo pide. ¿Comprenden?

— Sí —respondió Crawford.

Luego de hacerle una seña al agente que estaba parado frente a la puerta, el médico juntó sus manos en la espalda debajo del delantal blanco y se alejó caminando como una garza en medio de una laguna.

Crawford miró a Graham.

— ¿Estás bien?

— Muy bien. Yo estaba custodiado por el equipo de SWAT.

Lounds tenía la cabeza en alto. Había desaparecido su pelo y sus orejas y las compresas sobre sus ojos ciegos reemplazaban a los párpados quemados. Las encías estaban hinchadas y llenas de llagas.

La enfermera que estaba junto a él corrió el aparato que sujetaba el suero intravenoso para que Graham pudiera acercársele más. Lounds olía a paja quemada.

— Freddy, soy Will Graham.

Lounds arqueó el cuello contra la almohada.

— Es un movimiento reflejo, está inconsciente —aclaró la enfermera.

El tubo de plástico que mantenía abierta su garganta hinchada y quemada, silbaba al mismo tiempo que la cámara de oxígeno.

Un pálido detective con el grado de sargento estaba sentado en el rincón con un grabador y un anotador en sus rodillas. Graham no lo vio hasta que habló.

— Lounds pronunció su nombre en la sala de emergencias antes de que le

colocaran el tubo para respirar.

— ¿Usted estaba allí?

— Llegué poco después. Pero tengo grabado todo lo que dijo. Al bombero que fue de los primeros en llegar, le dio el número de una placa de auto. Perdió el conocimiento y no lo recuperó mientras estuvo en la ambulancia, pero reaccionó durante un instante cuando le aplicaron una inyección en el pecho en la sala de emergencias. Algunos de los que trabajan en el *Tattler* lo siguieron y estaban presentes allí. Tengo una copia de su grabación.

— Permítame oírla.

El agente manipuló el grabador.

— Pienso que preferirá utilizar el audífono —manifestó evitan do cuidadosamente que la expresión de su rostro permitiera traslucir algo. Oprimió la tecla.

Graham oyó voces, el ruido de rueditas, «...llévenlo a la tres», el golpe de una camilla contra una puerta de vaivén, una tos seguida de una arcada, una voz que hablaba sin labios.

–*Uende ientudo.*

— ¿Lo viste, Freddy? ¿Qué aspecto tenía, Freddy?

—¿Wendy? Or avor Wendy. Graham me odió. Ese mierda lo sabía. Graham me odió. Ese lerda uso la mano sobre mí en la otografía como si fuera su rotegido. ¿Wendy?

Un ruido como el de un desagüe. La voz de un médico:

— Eso es. Déjeme acercarme. Salgan del camino. *Ahora.*

Eso era todo.

Graham estaba parado junto a Lounds mientras Crawford escuchaba la grabación.

— Estamos buscando el auto con ese número de placa —dijo el agente — . ¿Pudo entender lo que decía?

— ¿Quién es Wendy? —preguntó Crawford.

— Esa rubia pechugona que está en el pasillo. Ha tratado de verlo. No sabe nada.

— ¿Por qué no la dejan entrar? —preguntó Graham que seguía junto a la cama de espaldas a ellos.

— No quieren visitas.

— El hombre se está muriendo.

— ¿Cree que no lo sé? ¿Qué carajo cree que he estado haciendo desde las doce hasta las seis? —disculpe, señorita.

—Descanse un par de minutos —sugirió Crawford — . Vaya a tomar un café, lávese la cara. El no puede decir nada. Si llegara a hacerlo, tengo el grabador aquí al lado.

—De acuerdo. Me vendrá muy bien.

Cuando el agente salió, Graham dejó a Crawford junto al lecho del enfermo y se acercó a la mujer que esperaba en el pasillo.

-¿Wendy?

— Así es.

—Si de veras cree que quiere entrar allí, yo la acompañaré.

— Lo quiero. Tal vez sea mejor que me peine.

—No tiene importancia —respondió Graham.

El agente no trató de hacerla salir cuando volvió al cuarto.

Wendy, la de Wendy City, sujetaba la chamuscada garra de Lounds y tenía sus ojos fijos en él. Lounds se estremeció ligeramente, poco antes del mediodía.

—Todo va a andar bien, Roscoe —dijo ella—. Vamos a darnos la gran vida.

Lounds se estremeció nuevamente y murió.

XXIII

El capitán Osborne, de la sección Homicidios de la policía de Chicago, tenía la cara gris y puntiaguda de un zorro de piedra. Por toda la comisaría se veían ejemplares del *Tattler.* Había uno sobre su escritorio.

No les ofreció sentarse a Graham y a Crawford.

— ¿Tenían planeado algo con Lounds en Chicago?

— No, debía venir a Washington —respondió Crawford—. Había reservado un pasaje de avión. Estoy seguro que lo ha verificado.

— En efecto, así lo hice. Salió ayer de su oficina a la una y media. Fue atacado en el garaje de su departamento, posiblemente alrededor de las dos y diez.

— ¿Encontraron algo en el garaje?

— Sus llaves fueron pateadas debajo de su auto. No hay ningún encargado del garaje. Tuvieron una puerta accionada por radio, pero cayó sobre un par de autos y la retiraron. Nadie lo presenció. Eso parece ser la cantilena actual. Estamos trabajando en su auto.

— ¿Podríamos ayudarle?

— Les facilitaré los resultados cuando los tenga. No ha dicho gran cosa, Graham. Parecía mucho más comunicativo en el diario.

—Tampoco me he enterado de muchas cosas al escucharlo a usted.

— ¿Está enojado, capitán? —inquirió Crawford.

— ¿Yo? ¿Y por qué? Localizamos una llamada telefónica a pedido de ustedes y atrapamos un maldito periodista. Luego nos comunican que no presentarán cargos en su contra. Hacen no sé qué clase de arreglo con él y aparece en primera plana de ese pasquín. Los otros diarios lo adoptan enseguida como si fuera de ellos.

»Y ahora tenemos el primer asesinato del Duende Dientudo aquí, en Chicago. Qué maravilla. «El Duende Dientudo en Chicago», fantástico. Antes de la medianoche tendremos seis tiroteos por accidente en casas de familia, un tipo borracho que trata de entrar desapercibidamente en su casa, la mujer lo oye y bang. Tal vez al Duende Dientudo le agrade Chicago y decida quedarse y divertirse un rato.

— Podemos hacer lo siguiente —anunció Crawford —. Armar

un gran alboroto, movilizar al jefe de policía y al fiscal federal, hacer correr a todo el mundo, incluidos usted y yo. O podemos tranquilizarnos y tratar de atrapar a ese degenerado. Esto fue ideado por mí y fue a parar al tacho, lo sé.

¿ Le ha ocurrido alguna vez algo parecido en Chicago? No quiero pelear contra usted, capitán. Queremos agarrarlo y volver a nuestras casas. ¿Qué es lo que quiere usted?

—Por el momento una taza de café. ¿Puedo ofrecerles una a ustedes también?

— Yo acepto —dijo Crawford.

—Y yo también —acotó Graham.

Osborne distribuyó las tazas de papel. Acto seguido los invitó a sentarse.

— El Duende Dientudo debía de tener un furgón o una camioneta para poder trasladar a Lounds en esa silla de ruedas —manifestó Graham.

Osborne asintió.

— La placa que vio Lounds fue robada a un camión de un servicio de televisión en Oak Park. Robó una placa comercial, lo que indica que la quería para un camión o una furgoneta.
Reemplazó la del camión de TV con otra, también robada, para que no se dieran cuenta enseguida. Un muchacho muy astuto.
Hay algo que sabemos: robó la placa del camión de televisión poco después de las ocho y media de la mañana de ayer. El mecánico de televisión cargó nafta ayer a primera hora, y pagó con una tarjeta de crédito. El empleado copió el número correcto de la chapa en el recibo.

— ¿Nadie vio ninguna clase de camión o furgón? —preguntó Crawford.

—Nada. El guardián del *Tattler no* vio absolutamente nada. A juzgar por lo que ve podría ser arbitro de lucha libre. El primero en acudir al *Tattler* fue el destacamento de bomberos. Iban solamente a apagar un incendio. Estamos interrogando a los que trabajan en el turno nocturno del *Tattler y* viven por allí y a los barrios a que concurrió el técnico de la televisión el martes por la mañana. Esperamos que alguien lo haya visto cambiar la chapa.

— Me gustaría ver nuevamente la silla —dijo Graham.

— Está en nuestro laboratorio. Los llamaré de parte de usted
— Osborne hizo una pausa — . Tienen que reconocer que Lounds era un tipo corajudo. Recordar el número de la placa y decirlo en el estado en que estaba. ¿Escucharon la grabación de lo que dijo en el hospital?

Graham asintió.

— No quiero ser pesado, pero quiero saber si interpretamos la misma cosa. ¿Qué entendió usted?

Graham repitió en tono monótono:

—Duende Dientudo. Graham me jodio. Ese mierda lo sabía. Graham me jodio. Ese mierda apoyó la mano sobre mí en la fotografía como si fuera su protegido.

Osborne no podía decir qué sentía Graham al respecto. Hizo otra pregunta.

— ¿Se refería a la foto suya y de él en el *Tattler?*

— No puede ser otra cosa.

— ¿Por qué se le habrá ocurrido esa idea?

— Lounds y yo tuvimos algunos encontronazos.

— Pero en la fotografía usted parecía muy amistoso. El Duende Dientudo mata primero al animal favorito, ¿verdad?

—Eso es —«El zorro es bastante rápido», pensó Graham. —Qué pena que no lo utilizó como trampa. Graham no dijo nada.

— ¿ Lo que dijo tiene algún otro significado para usted, algo que podamos utilizar?

Graham regresó de nadie sabe dónde y tuvo que repetir mentalmente la pregunta de Osborne antes de contestarle.

—Por lo que dijo Lounds sabemos que el Duende Dientudo leyó el *Tattler untes* de atacarlo, ¿verdad?

— Así es.

— Si usted parte de la idea de que el *Tattler lo* incentivó ¿no le parece que realizó todo esto con gran premura? El diario salió de la imprenta el lunes por la noche, él aparece en Chicago robando las placas en algún momento del martes, posiblemente el martes por la mañana y ataca a Lounds el martes por la tarde. ¿Qué le sugiere eso?

— Que lo leyó con antelación o que no estaba muy lejos —dijo Crawford —. O lo leyó aquí, en Chicago, o en algún otro lugar el lunes por la noche. Recuerden que estaba atento para ver qué aparecía en los avisos personales.

— Estaba ya aquí o vino manejando de bastante lejos —acotó Graham —. Atacó a Lounds demasiado rápido con una vieja e inmensa silla de ruedas que no se puede transportar en un avión ya que ni siquiera es plegable. No voló aquí, robó la furgoneta y las placas y salió en busca de una antigua silla de ruedas. Ya debía de tener una, las nuevas no servirían para su propósito. — Graham estaba parado jugando con el cordón de la persiana veneciana, mirando la pared de ladrillos del otro lado del patio de aire y luz.— O tal vez ya tenía la silla y lo había planeado con anticipación.

Osborne estuvo por hacer una pregunta pero la expresión de Crawford le aconsejó esperar.

Graham hacía nudos en el cordón. Sus manos temblaban.

— Lo imaginó desde antes —le apuntó Crawford.

—Es posible —manifestó Graham — , pueden ver como... la idea surge con la silla de ruedas. La visión y la idea de la silla de ruedas mientras piensa en qué puede hacerles a esos tipos molestos. Debe de haber sido todo un espectáculo ver a Freddy rodando por la calle envuelto en llamas.

— ¿Cree usted que estaba observándolo?

—Quizá. Por cierto que lo vio mentalmente antes de hacerlo, cuando pensaba

mejoría y firmada «Tu compañera, Sarah Hughes».
—¿Qué es esto? —preguntó Ned.
—Un estuche.
—¿Para qué sirve?
—Para una guitarra.
—¿Tienes una guitarra?
-No.
—¿Y entonces de qué te sirve?
—Era de mi padre.
—No te entiendo. ¿Qué dijiste? Dile que lo repita, Ned.
—Dijo que pertenecía a su padre —Ned se limpió la nariz con uno de los pañuelos y lo guardó nuevamente en el cajón.
—Hoy se llevaron los ponys —dijo Victoria sentándose sobre la cama angosta. Ned la imitó, recostándose contra la pared, poniendo los pies sobre la colcha.
—No tenemos más ponys —dijo Ned—. Se acabó el veraneo en la casa del lago. ¿Y sabes por qué? Contesta, tarado.
—Papá se siente muy mal y no gana ya tanto dinero —manifestó Victoria—. A veces ni siquiera va a la oficina.
—¿Sabes por qué está enfermo, tarado? —preguntó Ned—. Y habla como para que pueda entenderte.
—Mi abuela dijo que era un borracho. ¿Entendiste?
—Está enfermo por culpa de tu horrible cara —afirmó Ned.
—Y ésa fue además la razón por la que la gente no votó por él —dijo Victoria.
—Salgan de aquí —contestó Francis. Al darse vuelta para cerrar la puerta Ned lo pateó en la espalda. Francis trató de agarrarse los riñones con ambas manos y así salvó sus dedos al patearlo nuevamente Ned en el estómago.
-Oh, Ned -dijo Victoria-. Oh, Ned.
Ned agarró a Francis de las orejas y lo acercó al espejo que colgaba sobre la mesa.
— ¡Por eso está enfermo! —Ned sacudió su cara contra el espejo — . ¡Por eso está enfermo! — Paf—. ¡Por eso está enfermo!
—Paf. El espejo estaba salpicado de sangre y mocos. Ned lo soltó y él se sentó en el piso. Victoria lo miraba con ojos muy abiertos, mordiéndose el labio inferior. Lo dejaron allí. Su cara estaba mojada con sangre y saliva. Se le llenaron los ojos de lágrimas por el dolor pero no lloró.

XXVIII

La lluvia golpea toda la noche el doselete sobre la tumba abierta de Freddy Lounds en Chicago.

El trueno retumba en la dolorida cabeza de Will Graham mientras avanza zigzagueando desde una mesa hasta la cama bajo cuya almohada se oculta el sueño.

La vieja casa situada más arriba de St. Charles azotada por el viento, repite su largo ulular por encima del tableteo de la lluvia contra las ventanas y el rugir de los truenos.

La escalera cruje en la oscuridad. El señor Dolarhyde comienza a bajar, cada uno de sus pasos acompañado por un susurro de su kimono y en sus ojos la inconfundible marca de un reciente despertar.

Tiene el pelo mojado y prolijamente peinado. Se ha cepillado las uñas. Se mueve lenta y suavemente, transportando su concentración como una taza llena.

La película está junto al proyector. Dos temas. Otros rollos están apilados en el cesto de papeles para ser quemados. Quedan dos, elegidos entre las docenas de películas familiares que ha copiado en el laboratorio y llevado luego a su casa para mirarlas.

Instalado confortablemente en su asiento de respaldo redinable, con una bandeja con queso y fruta, Dolarhyde se dispone a disfrutar de la sesión.

Las imágenes de la primera película reproducen un picnic familiar realizado el fin de semana correspondiente al 4 de julio. Una linda familia; tres chicos, el padre, de cuello ancho, metiendo los dedos en el frasco de pickles. La madre.

La mejor toma de ella es durante el partido de *softball con* los hijos de los vecinos. Dura sólo quince segundos; está parada en la segunda base, frente al lanzador y junto a la marca, con los pies separados lista para salir en cualquier dirección, sus pechos balanceándose bajo el suéter al inclinar su cuerpo hacia adelante. Una molesta interrupción al revolear un niño su bate. Otra vez la mujer, retrocediendo para tocar la base. Apoya un pie sobre el almohadón que utilizan como base y se para moviendo la cadera, tensionando el músculo del muslo de la pierna trabada.

Una y otra vez Dolarhyde observa las tomas de la mujer. Pies en la base, la pelvis ladeada, los músculos de los muslos tensos bajo los pantalones cortos.

Fija la última toma. La mujer y sus niños. Están sucios y cansados. Se abrazan y un perro mueve la cola entre sus piernas.

El terrible estampido de un trueno hace sonar las copas de cristal en la vitrina de su abuela. Dolarhyde agarra una pera.

La segunda película está dividida en varias partes. El título, *La Casa Nueva,* está escrito con monedas en una caja de cartón junto a una alcancía rota. Comienza con una toma del padre arrancando el cartel clavado en el jardín con la leyenda «En Venta». Lo levanta y enfrenta la cámara con una tímida sonrisa. Los bolsillos de su pantalón están vueltos hacia afuera.

Una larga y temblorosa toma de la madre y los tres niños en la escalinata del frente. Es una linda casa. Un corte para mostrar la piscina. Un chico pequeño con el pelo pegoteado por el agua se acerca al trampolín dejando en las baldosas las huellas de sus pies mojados. Se ven unas cuantas cabezas en la superficie del agua. Un pequeño perro nada hacia la niña, con las orejas echadas hacia atrás, el mentón levantado y mostrando el blanco de sus ojos.

La madre en el agua, sujetándose a la escalerilla y mirando hacia la cámara. Su pelo negro ondulado tiene el lustre del cuero y su busto brillante y mojado asoma sobre su traje de baño, mientras las piernas, que aparecen onduladas bajo la superficie, se mueven como tijeras.

Es de noche. Una toma con mala exposición sacada del otro lado de la piscina hacia la casa iluminada, y las luces reflejándose en el agua.

El interior de la casa y la algarabía familiar. Cajas por todos lados y restos de material de embalaje. Un viejo baúl que todavía no ha sido guardado en el altillo.

Una niña pequeña se prueba los vestidos de su abuela. Se ha colocado un gran sombrero de fiesta. El padre está en el sofá. Parece un poco achispado. Ahora debe de sujetar él la cámara; no se mantiene muy firme. La madre está junto al espejo con el sombrero.

Los chicos se agrupan junto a ella, los varones ríen y tironean el viejo vestido. La niña observa cuidadosamente a su madre, como si estuviera estudiándose a ella misma en un futuro.

Un primer plano. La madre se da vuelta y asume una pose para la cámara, sonriendo y apoyando una mano en la nuca. Es muy bonita. Un camafeo adorna su cuello.

Dolarhyde fija la imagen. Hace retroceder la película. Una y otra vez, la mujer se da vuelta y sonríe.

Dolarhyde toma distraídamente la película del partido de softball y la tira al canasto de papeles.

Saca el rollo del proyector y mira la etiqueta de Gateway y pegada a la caja *Bob Sherman, Star Route 7, Casilla de Correo 603, Tulsa, Oklahoma.*

Fácil de llegar, además.

Dolarhyde sostiene la película en la palma de su mano y la cubre con la otra,

como si fuera un pequeño ser viviente que pudiera tratar de escapar. Le parece que salta dentro de sus manos como si fuera un grillo.

Recuerda la agitación y el apuro en casa de los Leeds cuando se encendieron las luces. Tuvo que dar cuenta del señor Leeds antes de encender las luces para filmar.

Desea una progresión más lenta para esta vez. Sería maravilloso poder deslizarse entre la pareja dormida mientras la cámara funciona y estar apretados durante un rato. Luego podría atacar en la oscuridad y sentarse entre ellos gozando alegremente.

Podría hacerlo con una película infrarroja y él sabe dónde conseguirla.

El proyector sigue funcionando. Dolarhyde permanece sentado, sin soltar la película, mientras otras imágenes aparecen ante su vista en la pantalla iluminada, estremeciéndose con el prolongado ulular del viento.

No anida en él ningún sentimiento de venganza, sino Amor y pensamientos de la Gloria venidera; corazones que se debilitan y laten rápidamente como pisadas que huyen en medio del silencio.

El rampante. El rampante, lleno de Amor, los Sherman brindándose a él.

No piensa para nada en el pasado; sólo en la Gloria venidera. No piensa en la casa de su madre. En realidad los recuerdos conscientes de esa época son increíblemente pocos y vagos.

En un momento dado, cuando tenía veinte años, los recuerdos de la casa de su madre se borraron de la memoria de Dolarhyde, dejando solamente un rastro huidizo en su mente.

Sabía que había vivido allí sólo un mes. No recordaba que lo habían echado, cuando tenía nueve años, por ahorcar al gato de Victoria.

Una de las pocas imágenes que retenía era la de la casa iluminada, vista desde la calle en un atardecer de invierno cuando pasaba frente a ella volviendo de la Escuela Elemental Potter Gerard hacia la casa donde se alojaba, a un kilómetro de distancia.

Recordaba el olor de la biblioteca de Vogt, parecido al de un piano que recién se abre, cuando su madre lo recibió allí para entregarle unos regalos para las vacaciones. No recordaba las caras pegadas a las ventanas del primer piso al alejarse por la vereda helada con los prácticos obsequios bajo el brazo, tan detestables como si fueran carbones ardientes; apurándose en volver a su casa, a un lugar en su cabeza muy diferente de St. Louis.

A los once años su vida de ficción era activa e intensa y cuando la presión de su amor era demasiado grande, la descargaba. Asesinaba a los animales domésticos cuidadosamente, contemplando fríamente las consecuencias. Eran tan mansos que resultaba muy fácil hacerlo. Las autoridades nunca lo relacionaron con las pequeñas manchas de sangre en los sucios pisos de los garajes.

A los cuarenta y dos años no lo recordaba. Ni pensaba jamás en las personas

que vivían en la casa materna: su madre, sus medio hermanas, su medio hermano.

A veces los veía cuando dormía, en los brillantes fragmentos de un afiebrado sueño; deformados y altos, caras y cuerpos con colores brillantes como los de un papagayo, adoptando la postura de una mantis.

Cuando decidía recordar, cosa que difícilmente ocurría, tenía numerosas reminiscencias agradables. Relacionadas con el servicio militar.

Sorprendido a los diecisiete años cuando intentaba entrar por la ventana a la casa de una mujer con un propósito nunca aclarado, se le brindó la opción entre alistarse en el ejército o afrontar cargos criminales. Eligió el ejército.

Luego de recibir el entrenamiento básico, fue enviado a una escuela especializada en operaciones de revelado y de ahí trasladado a San Antonio donde trabajó con películas de entrenamiento médico en el Hospital Militar de Brooke.

Los cirujanos del hospital se interesaron por él y decidieron mejorar el aspecto de su cara.

Realizaron una plástica Z en su *nariz,* utilizando cartílagos de la oreja para alargar el tabique y le rectificaron el labio por medio de un interesante método de Abbé, que atrajo a un gran número de médicos al anfiteatro del quirófano.

Los cirujanos estaban orgullosos por el resultado obtenido. Dolarhyde rechazó el espejo y miró por la ventana hacia el exterior.

El fichero de la filmoteca indicaba que Dolarhyde sacaba muchas películas, casi todas relacionadas con traumas, y que las devolvía al día siguiente.

Se alistó nuevamente en 1958 y en su segundo enganche descubrió Hong Kong. Establecido en Seúl, Corea, revelando películas tomadas por los pequeños aviones de reconocimiento que el ejército enviaba a fines de 1950 más allá del paralelo 38, tuvo oportunidad de ir dos veces a Hong Kong durante sus licencias. Hong Kong y Kowloon podían satisfacer cualquier necesidad en 1959.

La señora Dolarhyde salió del sanatorio en 1961 gozando de una indefinida paz atribuible a la dosis de Thoranzina. Dolarhyde solicitó y obtuvo una licencia dos meses antes de la fecha en que debían darle la baja definitiva y regresó a su casa para cuidar de ella. Fue un período curiosamente pacífico para él también. Gracias a su nuevo trabajo en Gateway, Dolarhyde podía pagar a una mujer para que se quedara con su abuela durante el día. Por las noches se sentaban juntos en el living sin hablar. El tictac del reloj y sus campanadas eran los únicos sonidos que quebraban el silencio.

Vio a su madre en una oportunidad, durante el entierro de su abuela. La miró, atravesándola con la mirada, fijándola más allá de ella, con sus ojos amarillos tan parecidos a los de su mamá. Lo mismo podría haber sido una desconocida.

Su aspecto sorprendió a su madre. Tenía pecho ancho y figura delgada, su misma tez y un bigote prolijo que sospechó era el resultado de un trasplante

de pelo de la cabeza.

Lo llamó por teléfono la semana siguiente y oyó cómo él colgaba lentamente el auricular.

Durante los nueve años subsiguientes a la muerte de su abuela, Dolarhyde permaneció tranquilo sin molestar a nadie. Su frente estaba tersa como una semilla. Sabía que estaba esperando. Pero no sabía qué esperaba.

Un pequeño acontecimiento, como puede ocurrirle a cualquiera, le indicó a la semilla plantada en su mente que ya era Tiempo: parado junto a una ventana que daba al norte, examinando una película, se dio cuenta de que sus manos estaban empezando a envejecer. Era como si las viera por primera vez; al tomar la película y gracias a la intensa luz del norte advirtió que la piel que cubría sus huesos y tendones se había aflojado y que sus manos estaban marcadas por estrías que formaban unos rombos tan pequeños como las escamas de una lagartija.

Un intenso olor a repollo y tomates guisados lo inundó al darles vuelta bajo la luz. Se estremeció a pesar de que hacía calor en el cuarto. Esa tarde trabajó más que nunca.

Un espejo de cuerpo entero colgaba de la pared del gimnasio de Dolarhyde instalado en el altillo, junto a las barras y al banco con las pesas. Era el único espejo de cuerpo entero en toda la casa y en él podía admirar sin problemas su cuerpo ya que siempre trabajaba con una máscara.

Se examinó detenidamente mientras ejercitaba su musculatura. A pesar de sus cuarenta años podía haber participado exitosamente en una competición de desarrollo muscular. Pero no estaba satisfecho.

En el curso de esa semana tropezó con la pintura de Blake. Lo impactó instantáneamente.

La vio en una fotografía grande y a todo color en la revista *Time,* ilustrando un artículo sobre una exposición retrospectiva de Blake en la Galería Tate de Londres. El Museo de Brooklyn había contribuido con El Gran Dragón Rojo y la Mujer Revestida del Sol a la exposición londinense.

El crítico de *Time* decía «Pocas imágenes demoníacas del Arte occidental irradian una carga tan angustiosa de energía sexual...» Dolarhyde no necesitaba leer el texto para darse cuenta.

No se separó de la imagen en varios días y, entrada la noche, la fotografiaba y agrandaba en el cuarto oscuro. La mayor parte del tiempo estaba muy agitado. Colocó una de estas fotografías jumo al espejo en el cuarto de gimnasia y la miraba fijamente mientras ejercitaba sus músculos. Lograba dormir solamente después de haber trabajado hasta quedar exhausto y de mirar las películas médicas que le brindaban alivio sexual.

A los nueve años había comprendido que estaba esencialmente solo y que siempre lo estaría, una conclusión más lógica de alcanzar a los cuarenta.

Ahora, a los cuarenta años, había sido subyugado por una vida de fantasía con un brillo, frescura y vivacidad propios de la niñez, lo que le condujo un paso más

adelante de la Soledad.

En una *época,* en que otros hombres por primera vez ven y temen su aislamiento, a Dolarhyde le resultó perfectamente comprensible el suyo: estaba solo porque era Único. Con el fervor de la conversión advirtió que si se empeñaba en ello, si cumplía con las verdaderas necesidades que había sofocado durante tanto tiempo, cultivándolas como las fuentes de inspiración que eran en realidad, podría Transformarse.

En el cuadro no se podía apreciar la cara del Dragón, pero a medida que pasaba el tiempo Dolarhyde llegó a saber cómo era.

Mientras contemplaba las películas de medicina en el living, sus músculos abultados luego de levantar pesas, abría bien grande la boca para colocarse los dientes de su abuela. No calzaban bien en sus encías deformadas, y al poco rato se le acalambraban las mandíbulas.

Se ejercitaba en ratos perdidos, mordiendo un duro pedazo de goma hasta que los músculos de sus mejillas sobresalieron como un par de avellanas.

En el otoño de 1979, Francis Dolarhyde retiró parte de sus abundantes ahorros y se tomó una licencia de tres meses de Gateway. Fue a Hong Kong y llevó los dientes de su abuela.

Cuando volvió, la pelirroja Eileen y sus otros compañeros de trabajo estuvieron de acuerdo en afirmar que las vacaciones le habían sentado muy bien. Estaba tranquilo. Casi ni se dieron cuenca de que nunca utilizaba el vestuario de los empleados ni se duchaba. En realidad casi nunca lo había utilizado antes.

Los dientes de su abuela estaban nuevamente colocados dentro del vaso junto a la cama de ella. Los nuevos de él estaban guardados bajo llave en su escritorio del primer piso.

Si Eileen lo hubiera visto parado frente al espejo, con los dientes colocados y el nuevo tatuaje brillando por la fuerte luz del gimnasio», habría gritado. Una sola vez.

Dolarhyde sentía que disponía de tiempo: no necesitaba apurarse. Tenía la eternidad por delante. Transcurrieron cinco meses hasta que eligió a los Jacobi.

Los Jacobi fueron los primeros que lo ayudaron, los primeros en elevarlo hacia la Gloria de su Transformación. Los Jacobi eran mejor que cualquier otra cosa que había conocido.

Hasta los Leeds.

Y, al aumentar su fuerza y su Gloria, lo esperaban los Sherman y la intimidad de los infrarrojos. Muy prometedor.

XXIX

Francis Dolarhyde tuvo que abandonar su territorio en e! taller de revelado de Gateway para buscar lo que precisaba.

Dolarhyde era jefe de producción de la sección más importante de Gateway —la de revelado de películas familiares— pero existían otras cuatro más.

Las retracciones de 1970 incidieron considerablemente en la filmación de películas familiares y el sistema de la video grabación era una competencia en constante aumento. Gateway tuvo que diversificarse.

La compañía agregó secciones que transferían las películas al videotape, imprimían mapas de reconocimiento aéreo y ofrecían servicios de aduana a productores de películas comerciales de pequeño formato.

En 1979, Gateway recibió un regalo del cielo. La compañía firmó un contrato junto con el Departamento de Defensa y el Departamento de Energía para perfeccionar y probar nuevas emulsiones para fotografía con infrarrojos.

El Departamento de Defensa quería películas sensibles infrarrojas para sus estudios de almacenamiento de calor. Defensa las precisaba para reconocimientos nocturnos.

Gateway compró, a fines de 1979, una pequeña compañía vecina —la Química Baeder- e instaló allí el proyecto.

Dolarhyde caminó hasta Baeder durante la hora del almuerzo, bajo un límpido cielo azul, evitando cuidadosamente los charcos de agua en el asfalto que reflejaban su imagen. La muerte de Lounds lo había dejado de muy buen humor.

Parecía que en Baeder todos habían salido para almorzar.

Encontró la puerta que buscaba al final del laberinto de pasillos. El cartel decía: «Materiales Sensibles Infrarrojos en Uso. No Encender la Luz. No Fumar. Prohibidas las Bebidas Calientes». La luz roja estaba encendida sobre el cartel.

Dolarhyde oprimió un botón y al cabo de un momento la luz se puso verde. Entró a la pequeña antesala y golpeó la puerta interior.

— Adelante —respondió una voz de mujer.

Un ambiente fresco y oscuridad total. Ruido a agua que corre y el conocido olor del producto utilizado para revelados; un dejo de perfume además.

—Soy Francis Dolarhyde. Vine por el secador.

darse vuelta y disparar si oía que lo perseguían.

Ya en el jardín, giró hacia la izquierda y se detuvo en un hueco entre un pequeño cobertizo y un cerco. Abrió la caja de la guitarra y sacó una raqueta de tenis, una pelota de tenis, una toalla, una bolsa de mercado vacía y una gran planta de apio.

Los botones saltaron al quitarse de un tirón la chaqueta, y la camisa y los pantalones. Debajo tenía una camiseta con una inscripción del Colegio de Brooklyn y pantalones de gimnasia. Metió los libros y la ropa dentro de la bolsa del mercado y puso encima las armas. El apio sobresalía por encima de todo. Limpió la manija y los cierres del estuche de la guitarra y lo empujó debajo del cerco.

Atravesó los jardines en dirección a Prospect Park, con la toalla enroscada al cuello, hasta llegar al Empire Boulevard. Un grupo de aficionados al *jogging* trotaba adelante de él. Cuando los siguió rumbo al parque oyó las sirenas de los patrulleros que se acercaban. Ninguno de los deportistas les prestó atención. Y Dolarhyde tampoco.

Alternaba trote con caminata, sujetando la bolsa del mercado y la raqueta y haciendo rebotar la pelota de tenis, como si fuera un hombre cualquiera de regreso de una jornada gimnástica que se había detenido a hacer unas compras en la verdulería.

Aminoró su marcha; no debía correr con el estómago lleno. Pero ya podía elegir tranquilamente el paso que le convenía.

Podía elegir cualquier cosa.

XLII

Crawford estaba sentado en la fila de atrás del estrado del jurado comiendo maníes mientras Graham cerraba las ventanas de la sala del tribunal.

—Supongo que para esta tarde ya tendrás listo el perfil -dijo Crawford—. Me dijiste que esperara hasta el martes y hoy es martes.

-Lo terminaré después de mirar esto.

Graham abrió el sobre enviado por Byron Metcalf por correo expreso y volcó su contenido: dos polvorientos rollos de películas hogareñas, envuelto cada uno en una bolsita de plástico para sandwiches.

—¿Presentará Metcalf cargos contra Niles Jacobi?

—Por robo no, de todos modos probablemente heredera él y el hermano de Jacobi —respondió Graham —. Respecto al hachís no estoy seguro. El fiscal del estado de Birmingham tiene ganas de romperle las costillas.

—Bien —contestó Crawford.

La pantalla cinematográfica se deslizó desde el techo del cuarto hasta quedar frente al estrado del jurado, lo que facilitaba enormemente la exhibición a sus miembros de testimonios filmados.

Graham colocó la película en el proyector.

—He recibido informes de Cincinnati, Detroit y unos cuantos de Chicago al revisar los puestos de venta de diarios en los que el Duende Dientudo podría haber conseguido tan rápidamente un ejemplar del *Tattler* —manifestó Crawford —. Hay varios candidatos extraños que investigar.

Graham puso en funcionamiento el proyector. El tema de la película era una excursión de pesca.

Los niños Jacobi estaban acuclillados junto al borde de una laguna, armados de cañas de pescar y sus correspondientes líneas.

Graham trató de no pensar en ellos, metidos dentro de los pequeños ataúdes bajo tierra. Trató de pensar en ellos pescando.

El corcho de la niña se sacudió y desapareció bajo la superficie. Tenía un pescado.

Crawford estrujó la bolsa de maníes.

—Los de Indianápolis están un poco lentos en el interrogatorio de los vendedores de diarios y los expendedores de las estaciones de Servco Supreme —acotó.

—¿Te interesa o no mirar esta película? —preguntó Graham.

Crawford guardó silencio durante los dos minutos que duró la película.
—Qué emocionante, pescó una perca —dijo—. Y respecto al perfil...
—Jack, tú estuviste en Birmingham justo después del crimen. Yo llegué sólo un mes más tarde. Viste la casa mientras seguía siendo la casa de los Jacobi. Pero yo no. Estaba vacía y refaccionada cuando entré. Y ahora, por el amor de Dios, déjame mirar a esa gente y después terminaré el perfil.
Puso el segundo rollo.
Una fiesta de cumpleaños apareció en la pantalla de la sala del tribunal. Los Jacobi estaban sentados alrededor de una mesa de comedor. Todos cantaban.
Graham leyó en sus labios «Que los cumplas feliz».
La cámara enfocó a Donald Jacobi que cumplía once años. Estaba sentado en un extremo de la mesa frente a la torta. Las velitas se reflejaban en sus anteojos.
Su hermana y su hermano, sentados uno al lado del otro en el costado de la mesa, lo observaban mientras soplaba las velitas.
Graham se movió en su asiento.
El pelo negro de la señora Jacobi se sacudió al inclinarse hacia adelante para levantar al gato y sacarlo de la mesa.
La señora Jacobi le entregaba en ese momento un gran sobre a su hijo. Una larga cinta salía del sobre. Donald Jacobi lo abría y sacaba una tarjeta de felicitación. Miraba a la cámara y daba vuelta a la tarjeta. Podía leerse en ella «Feliz Cumpleaños. Sigue la cinta».
La cámara se sacudió levemente al seguir a la procesión hasta la cocina. Una puerta asegurada con un gancho. Bajaron al sótano encabezados por Donald, siguiendo la cinta por los escalones. El extremo de la cinta estaba atado al manubrio de una bicicleta con cambios.
Graham se preguntó por qué no le habrían entregado la bicicleta en el jardín.
Un corte hasta la próxima escena y su pregunta tuvo contestación. Estaban todos afuera y evidentemente había llovido mucho. Había charcos de agua en el jardín. La casa parecía muy distinta. Geehan, el de la inmobiliaria, le había cambiado el color cuando la refaccionó después de los crímenes. La puerta del sótano que daba al jardín estaba abierta y por ella salió el señor Jacobi llevando la bicicleta. Era la primera vez que aparecía en la película. Una brisa sacudió el mechón de pelo con el que cubría su calva. Depositó ceremoniosamente la bicicleta sobre el suelo.
La película terminaba con la primera y cuidadosa vuelta de Donald en su bicicleta.
—Triste espectáculo —dijo Crawford-. Pero conocido por todos.
Graham procedió a proyectar por segunda vez la película del cumpleaños.
Crawford meneó la cabeza y se dispuso a leer algo de su portafolio con la ayuda de una pequeña linterna.
En la pantalla apareció el señor Jacobi sacando la bicicleta del sótano. La puerta se cerró a su paso. De ella colgaba un candado.
Graham detuvo la proyección en esa imagen.

—Ahí está. Para eso quería el cortafierro, Jack. Para cortar el candado y entrar por el sótano. ¿Y por qué no lo hizo?

Crawford apagó la linterna y miró por encima de sus anteojos a la pantalla.

—¿Qué pasa?

—Sé que tenía un cortafierro; lo utilizó para cortar esa rama mientras observaba desde el bosque. ¿Pero por qué no lo empleó para entrar por la puerta del sótano?

—No podía —Crawford esperó sonriendo maliciosamente. Le encantaba sorprender a la gente realizando conjeturas.

—¿Trató de hacerlo? ¿Dejó alguna marca? No tuve siquiera la oportunidad de ver esa puerta; cuando llegué allí Geehan había colocado otra de acero con cerrojos.

—Tú *supones* que Geehan la colocó —respondió Crawford—. Pero no fue así. La puerta estaba allí cuando los mataron. Debió de haberla hecho colocar el propio Jacobi, era un tipo de Detroit, seguramente apreciaba los cerrojos.

— *¿Cuándo* la hizo instalar Jacobi?

—No lo sé. Evidentemente después del cumpleaños del niño. ¿Qué día era? Si tienes la autopsia debería figurar allí.

—Su cumpleaños era el 14 de abril, un lunes —contestó Graham mirando la pantalla y agarrándose el mentón—. Quiero saber cuándo cambiaron la puerta los Jacobi.

Unas arrugas aparecieron en la calva de Crawford, pero rápidamente se desvanecieron al captar la idea de Graham.

—Piensas que el Duende Dientudo planeó el ataque a la casa mientras estaba todavía la puerta vieja con el candado —acotó.

—¿Tenía un cortafierro, no es así? ¿Cómo entras a un lugar con un cortafierro? —preguntó Graham—. Cortando candados, barrotes o cadenas. Jacobi no tenía barrotes ni puertas con cadenas, ¿verdad?

-No.

—Entonces esperaba encontrar un candado. Un cortafierro es bastante pesado y largo. El se puso en marcha durante el día y tenía una buena caminata desde donde estacionó hasta la casa de los Jacobi. No podía estar seguro de no tener que salir corriendo si algo fracasaba. No habría llevado el cortafierro si no hubiera estado seguro de necesitarlo. Esperaba encontrar un candado.

—Tú piensas que él estudió la casa antes que Jacobi cambiara la puerta. Luego se acerca para matarlos, espera en el bosque...

—No se puede ver este lado de la casa desde el bosque.

Crawford asintió.

—Espera en el bosque. Los Jacobi se meten en cama y él se acerca llevando el cortafierro y se encuentra con la puerta nueva que tiene cerraduras contra ladrones.

—Digamos que se encontró con una puerta nueva. Lo tenía todo planeado y

de repente izas! —dijo Graham alzando las manos—. Lo han reventado, se siente frustrado, está desesperado por entrar. Entonces hace un trabajo ruidoso, rápido y burdo en la puerta del patio. Su modo de entrar no fue depurado, despertó a Jacobi y tuvo que liquidarlo en la escalera. Eso no es típico del Dragón. No es chabacano. Es cuidadoso y no deja rastros. Hizo un trabajo muy prolijo al entrar a casa de los Leeds.

—De acuerdo, tienes razón —respondió Crawford—. Si descubrimos cuándo cambió la puerta Jacobi tal vez podamos establecer el intervalo durante el cual los estudió y planeó el crimen y el día en que lo realizó. Es decir, el tiempo mínimo que transcurrió. Sería un dato útil. A lo mejor coincide con una fecha que pueda suministrarnos la oficina de convenciones y visitas de Birmingham. Podremos revisar nuevamente los alquileres de autos. Y también los de furgonetas. Hablaré dos palabras con la oficina de Birmingham.

Las palabras de Crawford debieron ser muy enfáticas: exactamente cuarenta minutos después un agente del FBI de Birmingham, arrastrando a Geehan, mantenía una conversación a gritos con un carpintero que colocaba las vigas en el techo de una casa. Los datos del carpintero fueron transmitidos a Chicago por radio.

— La última semana de abril —dijo Crawford colgando el auricular—. En esos días los Jacobi hicieron instalar la puerta nueva. Dios mío, eso es dos meses antes de que los mataran. ¿Por qué los habría estudiado con tanta anticipación?

—No lo sé, pero te aseguro que vio a la señora Jacobi o tal vez a toda la familia antes de estudiar la casa. A no ser que los hubiera seguido allí desde Detroit, vio a la señora Jacobi en algún momento entre el 10 de abril, cuando se mudaron a Birmingham y fines del mismo mes, cuando cambiaron la puerta. Durante ese intervalo estuvo en alguna oportunidad en Birmingham. ¿La oficina de allí sigue trabajando en eso?

— La policía también —respondió Crawford — . Dime una cosa: ¿cómo supo que el sótano tenía una puerta que daba al interior de la casa? No es algo común en el sur.

—No cabe duda que vio el interior de la casa.

— ¿Tu amigo Metcalf tiene las chequeras de los Jacobi?

— Con toda seguridad.

—Veamos qué cuentas por visitas de mecánicos pagaron desde el 10 de abril hasta fin del mismo mes. Sé que se investigaron las reparaciones que solicitaron durante las dos semanas anteriores al crimen, pero quizá deberíamos buscar más atrás. Lo mismo respecto a los Leeds.

—Siempre pensamos que miró desde afuera el interior de la casa de los Leeds -dijo Graham—. Pero desde el callejón no podría haber visto el vidrio en la puerta de la cocina. Allí hay un porche con persianas. Sin embargo llevaba un cortavidrios. Y no hicieron hacer ningún tipo de reparación durante los tres

meses anteriores al crimen.

—Quiere decir que si planea sus ataques con tanta anticipación, tal vez no hayamos retrocedido bastante en el tiempo al hacer las averiguaciones. Ahora lo haremos. Sin embargo, cuando estuvo en el callejón verificando el medidor de luz de los Leeds dos días a mes de matarlos, puede haberlos visto entrar a la casa. Quizá pudo echar un vistazo al interior mientras estaba la puerta abierta.

—No, esas puertas no están alineadas, ¿recuerdas? Te lo mostraré.

Graham colocó en el proyector la película de los Leeds.

El perrito gris paró las orejas y corrió hacia la puerta de la cocina. Valerie Leeds y los niños entraron con las compras del mercado. Lo único que se veía por la puerta de la cocina eran las persianas del porche.

—De acuerdo, ¿quieres que Byron Metcalf revise la chequera del mes de abril? Cualquier arreglo que les hayan hecho o cualquier cosa que hayan podido comprar a uno de esos vendedores que van de puerta en puerta. No, yo me encargaré de eso mientras tú sigues trabajando con el perfil. ¿Tienes el número de Metcalf?

Una gran preocupación embargaba a Graham al ver nuevamente a los Leeds. Le transmitió distraídamente a Crawford los tres números de Byron Metcalf.

Proyectó nuevamente las películas mientras Crawford utilizaba el teléfono en el recinto del jurado.

La película de los Leeds en primer término.

Ahí estaba el perro de los Leeds. No tenía collar y en el vecindario abundaban los perros, pero el Dragón sabía cuál era el de ellos.

Allí estaba Valerie Leeds. Graham sintió un nudo en el estómago al verla. Detrás de ella estaba la puerta con el gran recuadro de vidrio que la hacía tan vulnerable. Los chicos jugaban en la pantalla de la sala del tribunal.

Graham no se había sentido nunca tan próximo a los Jacobi como se sentía respecto de los Leeds. El verlos en la película lo perturbó. Le preocupaba haber pensado en los Jacobi como marcas de tiza sobre un piso cubierto de manchas de sangre.

Ahora aparecían los chicos de los Jacobi, rodeando la mesa, el destello de las velitas de cumpleaños reflejándose en sus caras.

Graham vio durante una fracción de segundo el gotón de cera de una vela en la mesa de luz de los Jacobi, las manchas de sangre en el rincón del dormitorio de los Leeds. Algo...

Crawford regresaba.

—Metcalf me dijo que te preguntara...

—*¡No me interrumpas!* Crawford no se enojó. Esperó, quieto como una estatua y sus ojitos pequeños se fruncieron y adquirieron un nuevo brillo.

La proyección de la película continuaba, y sus luces y sombras se agitaban sobre la cara de Graham.

El gato de los Jacobi. El Dragón sabía que ese gato pertenecía a los Jacobi.

La puerta del sótano que comunicaba con el interior de la casa.

La puerta exterior del sótano con el candado. El Dragón había llevado un cortafierro.

La película terminó. Finalmente la punta se soltó de la bobina y siguió girando y golpeando, girando y golpeando.

Todo lo que el Dragón precisaba saber estaba en las dos películas.

No habían sido exhibidas en público, no existía ningún club de películas, ni festi...

Graham miró la caja de cartón verde en que estaban guardadas las películas de los Leeds. En ella figuraban su nombre y dirección. Y Laboratorio Fotográfico Gateway. St. Louis, No. 63102.

Su mente rescató «St. Louis» lo mismo que rescataría cualquier número telefónico que hubiera conocido. ¿Qué pasaba con St. Louis? Era uno de los lugares donde podía conseguirse el *Tattler* los lunes por la noche, el mismo día en que se imprimía, el día anterior al secuestro de Lounds.

—Ay, Dios —dijo Graham—. Dios mío.

Se apretó las sienes con las manos como si tratara de impedir que la idea se escapara de su cabeza.

—¿Metcalf sigue en el teléfono?

Crawford le entregó el auricular.

—Byron, soy Graham. Escuche, las películas de los Jacobi que me envió, ¿estaban guardadas en alguna caja?... Por supuesto, sé que me las habría enviado. Necesito que me ayude. ¿Tiene ahí las chequeras de los Jacobi? Bien, quiero saber dónde hicieron revelar las películas. Probablemente un negocio se encargó de mandarlas. Si encuentra un cheque para alguna farmacia o comercio que venda artículos fotográficos, podríamos averiguar adonde las envían para su revelado. Es urgente, Byron. Se lo explicaré no bien tenga tiempo. El FBI de Birmingham empezará inmediatamente a averiguar en las tiendas. Si usted encuentra algo transmítaselo directamente a ellos y luego a nosotros. ¿Puedo contar con usted? Fantástico. ¿Qué? *No, no* le diré quién es mi amor.

Los agentes del FBI de Birmingham revisaron cuatro comercios de artículos fotográficos antes de encontrar el frecuentado por los Jacobi. El gerente dijo que todas las películas de sus clientes se mandaban a revelar a un mismo lugar.

Crawford había visto ya doce veces las películas cuando recibieron la contestación de Birmingham. El atendió la llamada.

Le tendió la mano a Graham muy ceremoniosamente.

— Es Gateway —le anunció.

XLIII

Crawford revolvía un Alka-Seltzer en un vaso de plástico cuando se oyó la voz de la azafata por el micrófono del 727.

—¿El pasajero Crawford, por favor?

La azafata se le acercó cuando le hizo señas con la mano desde su asiento.

—¿Podría pasar a la cabina de pilotaje, señor Crawford?

Crawford estuvo ausente durante cuatro minutos.

—El Duende Dientudo estuvo hoy en Nueva York —le anunció a Graham instalándose nuevamente junto a él.

Graham frunció el ceño y apretó los dientes sonoramente.

-No. Solamente golpeó en la cabeza a un par de mujeres en el Museo de Brooklyn, pero no te pierdas esto: se *comió* un cuadro.

—¿Lo comió?

—Lo que oyes. El Escuadrón de Arte de Nueva York ató cabos cuando descubrieron lo que había comido. Consiguieron dos impresiones parciales en el distintivo de plástico que utilizó y las enviaron rápidamente a Price. Cuando éste las puso sobre la pantalla, casi se muere de emoción. No sirven como identificación, pero coinciden con las del pulgar que había en el ojo del niño de los Leeds.

-Nueva York —musitó Graham.

—No quiere decir nada que haya estado hoy en Nueva York. Igual puede trabajar en Gateway. Si es así, hoy no fue a su oficina. Todo es más fácil.

-¿Qué fue lo que se comió?

-Un cuadro titulado El Gran Dragón Rojo y la Mujer Revestida del Sol. Me dijeron que era una obra de William Blake.

—¿Qué les pasó a las mujeres?

—Es muy suave con la cachiporra. La más joven está en el hospital en observación. A la más vieja tuvieron que darle cuatro puntos. Tiene una pequeña conmoción.

—¿Pudieron dar alguna descripción?

—La más joven. Callado, corpulento, bigote y pelo negro, supongo que será una peluca. El guardia de la entrada dijo lo mismo. La mujer mayor no pudo ver nada.

Se puso en marcha lentamente, cuidando de no coincidir con la luz roja, dio vuelta a la esquina lentamente y se internó en el fluido tráfico.

Tenía que pensar, pero era muy difícil pensar.

Debía tratarse de las películas. Graham se había enterado, no sabía cómo, de las películas. Graham sabía *dónde.* Pero no sabía *quién.* Si supiera quién, no necesitaría revisar las fichas de personal. ¿Y por qué los libros de contaduría? Por las ausencias. Confrontar ausencias con las fechas en que había atacado el Dragón. No, eso ocurrió los sábados, excepto con Lounds. Ausencias en los días anteriores a los sábados: eso era lo que buscaba. Pero no tenía posibilidades en ese renglón, ya que a cierta clase de empleados no se les anotaban las ausencias en las fichas.

Dolarhyde avanzó lentamente por el Boulevard Bindbergh, gesticulando con su mano libre al eliminar posibilidades.

Buscaban impresiones digitales. No les había proporcionado ninguna, a excepción quizá de la tarjeta plástica de identificación del Museo de Brooklyn. La había tocado muy poco y sólo en los bordes.

Debían de tener una huella. ¿Por qué impresiones digitales si no tenían con qué compararlas?

Estaban revisando esa furgoneta en busca de impresiones digitales. No tenía tiempo de verificar si revisaban también los autos.

Furgoneta. Es claro, lo que les hizo pensar en una furgoneta fue la silla de ruedas con Lounds. O tal vez vez en Chicago alguien vio la furgoneta. En Gateway había muchas, particulares, para distribuir mercadería.

No, Graham sabía solamente que tenía una furgoneta. Graham sabía por qué lo sabía. Graham lo sabía. Ese hijo de puta era un monstruo.

Les tomarían las impresiones digitales a todos los que trabajaban en Gateway y en Baeder también. Si no lo localizaban esa noche, lo descubrirían el día siguiente. Tendría que escapar siempre y su cara figuraría en todas las pizarras de noticias de todas las oficinas de correos y comisarías. Todo se desmoronaba. Frente a ellos parecía pequeño y mezquino.

—Reba —dijo en voz alta. Pero Reba no podía salvarlo en ese momento. Estaban cercándolo y él era solamente un diminuto labi...

-¿TE ARREPIENTES AHORA DE HABERME TRAICIONADO?

La voz del Dragón resonó desde lo más hondo de su ser, tan hondo como los pedazos del cuadro dentro de sus intestinos.

—Yo no lo hice. Sólo quería elegir. Tú me llamaste.

-DAME LO QUE QUIERO Y TE SALVARE.

—No. Huiré.

-DAME LO QUE QUIERO Y ESCUCHARAS EL RUIDO DE LA ESPINA DORSAL DE GRAHAM AL QUEBRARSE.

-No.

-ADMIRA AHORA LO QUE HICISTE HOY. ESTAMOS CERCA. AHORA PODEMOS

SER UNO SOLO OTRA VEZ. ¿ ME SIENTES EN TU INTERIOR? ME SIENTES, ¿VERDAD?

-Sí.

-Y SABES QUE PUEDO SALVARTE, SABES QUE TE MANDARAN A UN LUGAR PEOR AUN QUE EL DEL HERMANO BUDDY. DAME LO QUE QUIERO Y QUEDARAS LIBRE.

-No.

-TE MATARAN. TE RETORCERAS EN EL SUELO.

-No.

-CUANDO YA NO ESTES MAS, ELLA HARÁ EL AMOR CON OTROS, ELLA...

— ¡No! Cállate.

-HARÁ EL AMOR CON OTROS, CON HOMBRES APUESTOS, PONDRÁ SUS...

-Basta. Cállate.

-AMINORA LA VELOCIDAD Y NO LO DIRÉ.

Dolarhyde levantó el pie del acelerador.

-ASI ME GUSTA, DAME LO QUE QUIERO Y NO OCURRIRÁ. DÁMELA Y ENTONCES SIEMPRE TE PERMITIRÉ ELEGIR, PODRAS ELEGIR SIEMPRE Y HABLARAS BIEN, QUIERO QUE HABLES BIEN, REDUCE LA VELOCIDAD, ESO ES, ¿VES ESA ESTACIÓN DE SERVICIO? DETENTE ALLI Y DÉJAME CONVERSAR CONTIGO...

XLV

Graham salió de la oficina y descansó un instante su vista en la penumbra del pasillo. Estaba inquieto, molesto. Todo el asunto se estaba demorando demasiado.

Crawford estaba inspeccionando las fichas de los trescientos ochenta empleados de Gateway y Baeder lo más rápido y mejor que podía, y había que reconocer que era maravilloso para esa clase de trabajo, pero el tiempo transcurría y cada vez se hacía más difícil mantener el secreto del operativo.

Crawford había reducido al mínimo indispensable el número de personas que trabajaban en Gateway. «Queremos encontrarlo, no asustarlo», les había dicho Crawford. «Si lo descubrimos esta noche tal vez podamos apresarlo fuera de la planta, tal vez en su casa o en los alrededores.»

El Departamento de Policía de St. Louis cooperaba también en la operación. El teniente Fogel, de Homicidios, y un sargento, se presentaron muy discretamente en un auto particular trayendo un Datafax.

Minutos después de haber sido conectado al teléfono de Gateway, el Datafax transmitía simultáneamente la lista de empleados a la sección Identificación del FBI en Washington y al Departamento de Vehículos Autónomos de Missouri.

En Washington esos nombres se confrontarían con las fichas de impresiones digitales de civiles y criminales. Los nombres de los empleados de Baeder que estaban libres de toda sospecha fueron apartados para agilizar el trámite.

El Departamento de Vehículos Automotores verificaría los de los dueños de furgonetas.

Llamaron solamente a cuatro empleados: Fisk, jefe de personal; su secretaria;

Dandridge de Chemical Baeder y el jefe de contaduría de Gateway.

No se utilizó el teléfono para convocar a los empleados a esa tardía reunión en la planta. Varios agentes fueron a sus casas y les explicaron en privado lo ocurrido. («Examínenlos cuidadosamente antes de decirles para qué los precisan», les recomendó Crawford. «Y no les permitan utilizar después el teléfono. Esta clase de noticias se propala con gran rapidez».)

Habían contado con obtener una rápida identificación por los dientes. Pero ninguno de los cuatro empleados los reconoció.

Graham echó un vistazo a los largos corredores iluminados por la luz roja que

indicaba las salidas. Todo estaba en orden.

¿Qué otra cosa podrían hacer esa noche?

Crawford había solicitado que la mujer que había sido atacada en el Museo de Brooklyn, la señorita Harper, fuera enviada allí no bien estuviera en condiciones de viajar. Eso probablemente sería posible por la mañana. Graham no se engañaba, con suerte dispondrían de un día entero para trabajar antes de que se corriera la voz por Gateway. El Dragón estaría atento a cualquier cosa sospechosa. Y escaparía.

XLVI

No le había parecido mal una comida tardía con Ralph Mandy. Reba McLane sabía que tendría que decírselo tarde o temprano y prefería hacerlo pronto, no le gustaba tener preocupaciones pendientes.

En honor a la verdad, le pareció que Mandy adivinó lo que estaba por ocurrir cuando ella insistió en que cada uno pagara su comida.

Se lo dijo en el auto cuando la acompañó a su casa; le explicó que no era algo definitivo, lo había pasado muy bien con él y quería seguir siendo su amiga, pero en ese momento estaba entusiasmada con otra persona.

Tal vez le dolió un poco, pero ella sabía que al mismo tiempo había sentido cierto alivio. Pensó que lo había tomado muy bien.

La acompañó hasta la puerta pero no le pidió entrar. Le pidió en cambio permiso para besarla y ella accedió de buena gana. Le abrió la puerta y le entregó las llaves. Esperó hasta que ella entró y corrió el cerrojo.

Cuando se dio vuelta, Dolarhyde le disparó a la garganta y dos veces en el pecho. Tres disparos de la pistola con silenciador. Una motocicleta hubiera hecho más ruido.

Dolarhyde levantó fácilmente el cuerpo de Mandy, lo depositó entre los arbustos y la casa y lo dejó allí.

Sintió una puñalada al ver a Reba besando a Mandy. Pero luego el dolor pasó.

Seguía pareciendo y sonando como Francis Dolarhyde; el Dragón era un excelente actor; representaba a las mil maravillas el papel de Dolarhyde.

Reba estaba lavándose la cara cuando oyó el timbre de la puerta. Sonó cuatro veces hasta que llegó allí. Tocó la cadena pero no la quitó.

— ¿Quién es?

—Francis Dolarhyde. Abrió la puerta sin quitar la cadena. —

Repítalo otra vez. —Dolarhyde. Soy yo.

Ella lo sabía. Quitó entonces la cadena. A Reba no le gustaban las sorpresas.

— Creí haber comprendido que me llamarías, D.

—Lo hubiera hecho. Pero te aseguro que ésta es una emergencia —manifestó mientras apretaba contra su cara el paño embebido en cloroformo.

La calle estaba desierta. La mayoría de las casas estaban a oscuras. La llevó hasta la furgoneta. Los pies de Ralph Mandy salían entre los arbustos. Dolarhyde no

debía preocuparse ya por él.

Se despertó en el trayecto. Estaba de costado, su mejilla apoyada contra la polvorienta alfombra de la furgoneta y la vibración del eje de transmisión resonaba fuertemente en su oreja.

Trató de tocarse la cara con las manos. El movimiento le aplastó el pecho. Sus antebrazos estaban atados entre sí.

Los tanteó con la cara. Estaban atados desde los codos hasta las muñecas con algo que parecía ser tiras de un género suave. Sus piernas estaban atadas en idéntica forma desde las rodillas hasta los tobillos. Tenía algo sobre la boca.

¿Qué... qué...? D. estaba en la puerta y luego...Recordó haber hecho su cara a un lado y la terrible fuerza de él. Oh, Dios... ¿qué era...? D. estaba en la puerta y enseguida ella sintió algo frío que la ahogaba y trató de apartar la cara pero algo le sujetaba fuertemente la cabeza.

Estaba en la furgoneta de D. Reconocía los ruidos. La furgoneta estaba en movimiento. Su temor aumentó. El instinto le aconsejaba quedarse quieta pero en su garganta se mezclaban las emanaciones de la nafta con el cloroformo. Hizo una arcada a pesar de la mordaza.

—Falta poco ya —dijo la voz de D.

Sintió una curva y un camino de grava, cuyas piedritas rebotaban contra los guardabarros y el piso.

«Está loco. Muy bien. Eso es: Loco.»

«Loco» es una palabra peligrosa.

¿Qué había ocurrido? Ralph Mandy. Los había visto en la entrada de su casa. Y eso lo enloqueció.

«Ay Dios, debo tener todo listo.» Un hombre había tratado de cachetearla una vez en el Instituto Reiker. Ella se quedó quieta y no la pudo encontrar, él tampoco podía ver. Pero Dolarhyde veía muy bien. Debía tener todo listo. Estar preparada para hablar. «Dios mío, podría matarme con esta mordaza puesta. Podría matarme y no comprender lo que le digo.»

«Debo estar preparada. Estar bien preparada y no mostrarme demasiado sorprendida. Explicarle que si quiere puede dar marcha atrás sin ningún problema. Yo no contaré. Debo mantenerme quieta lo más posible. De lo contrario esperar hasta encontrar sus ojos.»

La furgoneta se detuvo. Se hamacó ligeramente cuando él bajó. La puerta lateral se abrió. Olor a pasto y a neumáticos calientes. Grillos. Dolarhyde entró a la furgoneta.

No pudo evitar lanzar un grito a pesar de la mordaza y dar vuelta la cara cuando la tocó.

Unas suaves palmadas en su hombro no impidieron que siguiera retorciéndose. Más efectiva resultó una fuerte cachetada.

A pesar de la mordaza trató de hablar. La levantó y la transportó. Sus pasos resonaron sobre la rampa hueca. Ahora sí sabía dónde estaba. En la casa de él. ¿En

qué parte de la casa? El tic tac del reloj provenía de la derecha. Alfombra, luego piso. El dormitorio donde hicieron el amor. Sintió que se deslizaba de sus brazos y cayó sobre la cama.

Trató de hablar. El se alejaba. Se oía ruido afuera. La puerta de la furgoneta que se cerraba. Aquí viene. Dejó algo sobre el piso, unas latas.

Reba percibió el olor a nafta.

—Reba —la voz de D. pero muy tranquila. Demasiado tranquila y rara—. Reba, no sé qué.. .qué decirte. Fue tan lindo lo que hicimos y no imaginas qué otra cosa hice por ti. Yo estaba equivocado, Reba. Minaste mis fuerzas y luego me heriste.

Ella trató nuevamente de hablar.

— ¿Te portarás bien si te desato y te permito sentarte? No trates de correr. Puedo alcanzarte. ¿Te portarás bien?

Dio vuelta la cabeza hacia donde provenía la voz y asintió.

Sintió el frío del acero contra su piel y el rasguido de un género al ser cortado y sus brazos quedaron libres. Después sus piernas. Tenía las mejillas mojadas cuando le quitó la mordaza.

Se sentó en la cama lenta y cuidadosamente. Debía actuar con toda diplomacia.

—D. —le dijo — . No sabía que yo te importaba tanto. Me alegro de que sea así, pero me asustaste con todo esto.

Ninguna respuesta, pero sabía que estaba allí.

—¿Fue el viejo y tonto Ralph Mandy el causante de tu ira? ¿Lo viste en mi casa? Es eso, ¿verdad? Estaba diciéndole que no quería verlo más. Porque ahora quería verte sólo a ti. Nunca más veré a Ralph.

—Ralph murió —manifestó Dolarhyde—. No creo que le haya gustado mucho.

«Fantasías. Espero que sólo sea un invento.»

—Nunca te he lastimado, D. Jamás quise hacerlo. Volvamos a ser amigos, hagamos el amor y olvidemos todo esto.

—Cállate —le dijo con gran calma — . Te diré una cosa. Lo más importante que has oído en tu vida. Importante como el Sermón de la Montaña. Importante como los Diez Mandamientos. ¿Entendiste?

—Sí, D. yo...

— Cállate. Reba, en Atlanta y Birmingham han ocurrido unos acontecimientos extraordinarios. ¿Sabes a lo que me refiero?

Ella meneó la cabeza.

—Ha salido muchas veces en los informativos. Dos grupos de personas fueron transformados. Leeds y Jacobi. La policía piensa que fueron asesinados. ¿Sabes ahora a qué me refiero?

Ella comenzó a menear la cabeza negativamente, pero luego recordó y lentamente asintió.

—¿Sabes cómo llaman al Ser que visitó a esa gente? Puedes decirlo.

-El Duen...

Una mano le agarró la cara ahogando sus palabras.
—Piensa cuidadosamente y contesta correctamente.
—El Dragón no sé cuánto. Dragón... El Dragón Rojo.
Estaba cerca de ella. Podía sentir su aliento sobre su cara.
-YO SOY EL DRAGÓN.
Al dar un respingo hacia atrás impulsada por el volumen y el terrible timbre de la voz, golpeó su cabeza contra el respaldo de la cama.
—El Dragón te quiere, Reba. Siempre te ha querido. Yo no quería entregarte a El. Hoy hice algo para que no pudiera tenerte. Y me equivoqué.
Este era D., ella podía hablar con D.
—Por favor. Por favor no permitas que me agarre. Tú no lo dejaras, por favor no lo permitas, tú no lo dejarás... sabes que yo soy para ti. Consérvame para ti. Te gusto, sé que te gusto.
—Todavía no estoy decidido. Quizá no pueda evitar entregarte a El. No lo sé. Voy a ver si tú haces lo que yo te digo. ¿ Lo harás ?
—Trataré. Trataré de veras. No me asustes demasiado pues entonces me resultará imposible.
—Ponte de pie, Reba. Párate junto a la cama. ¿Sabes en qué parte del cuarto estás?
Ella asintió.
—Sabes en qué parte de la casa estás, ¿verdad? ¿Diste vueltas por la casa mientras yo dormía, no es así?
—¿Dormías?
—No seas tonta. Cuando pasamos la noche aquí. Diste vueltas por la casa, ¿verdad? ¿Encontraste algo raro? ¿Lo agarraste y se lo mostraste a alguien? ¿Hiciste eso, Reba?
—Solamente salí al jardín. Tú dormías y yo salí al jardín. Te lo aseguro.
-Entonces sabes dónde está la puerta principal, ¿verdad?
Ella asintió.
—Reba, quiero que toques mi pecho. Levanta lentamente las manos.
¿Y si trataba de hundirle los ojos?
El pulgar y los dedos de Dolarhyde se apoyaron suavemente a ambos lados de su tráquea.
—No hagas lo que estás pensando hacer o apretaré. Tantea mi pecho. Cerca del cuello. ¿Sientes la llave que cuelga de la cadena? Quítala por encima de mi cabeza. Con cuidado... eso es. Ahora veré si puedo confiar en ti. Ve a cerrar la puerta del frente, échale llave y luego tráeme la llave. Ve adelante. Te esperaré aquí mismo. No trates de correr. Te alcanzaría.
Ella sujetaba la llave en su mano mientras la cadena golpeaba suavemente su muslo. Era más difícil orientarse con los zapatos puestos, pero prefirió no sacárselos. El tic tac del reloj le servía de guía.
Alfombra, luego piso, alfombra otra vez. Por ahí estaba el sofá. Debía doblar a la

Graham había decidido hablar al mismo tiempo con ambos.

La expedición tuvo un mal comienzo. Willy hizo deliberadamente a un lado la caña que Graham le había preparado y llevó la nueva caña de lanzar que le había dado su abuelo.

Pescaron en silencio durante tres horas. Graham abrió la boca en tres oportunidades para hablar, pero no se decidió.

Estaba cansado de sentir que no les agradaba.

Graham sacó cuatro pescados utilizando unos crustáceos como carnada. Willy no pescó nada. Utilizaba una larga caña con tres anzuelos pequeños que también le había dado su abuelo. Pescaba demasiado rápido, lanzando una y otra vez, recogiendo apresuradamente, hasta que su cara se puso colorada como un tomate y su camiseta se le pegoteó a la espalda.

Graham se metió en el agua, agarró un puñado de arena detrás de la rompiente y sacó dos crustáceos.

— ¿Qué te parece si pruebas con uno de éstos, compañero? — Le tendió un crustáceo a Willy.

—Seguiré con esta caña. Era de mi padre, ¿sabes?

—No —contestó Graham mirando a Molly.

Ella se agarró las rodillas y contempló el vuelo de una gaviota.

De repente se paró y se sacudió la arena.

—Voy a preparar unos sandwiches —anunció.

Graham estuvo tentado de hablar con el chico cuando Molly se fue. Pero recapacitó. Willy debería sentir exactamente lo mismo que sentía su madre. Esperaría hasta que ella volviera para encararlos. Esta vez estaba decidido.

Molly regresó casi enseguida sin los sandwiches, caminando rápidamente sobre la arena mojada.

—Jack Crawford, por teléfono. Le dije que lo llamarías después pero parece que es urgente —anunció Molly mientras se examinaba una uña—. Será mejor que te apures.

Graham se sonrojó. Clavó la caña en la arena y salió al trote hacia los médanos. Era más rápido que dar la vuelta a la playa, siempre y cuando no se llevara por delante algo que pudiera engancharse en los matorrales.

Escuchó un sordo zumbido transmitido por el viento, y temeroso de tropezar con una serpiente cascabel escrutó el suelo al internarse entre los achaparrados arbustos.

Vio un par de botas bajo unas plantas, el reflejo de unos cristales y una silueta de color caqui que se incorporaba.

Su corazón latió fuertemente al fijar la vista en los ojos amarillos de Francis Dolarhyde.

El ruido de los diferentes seguros de una pistola, el arma apuntando hacia Graham, una patada de éste haciéndola volar hacia los arbustos al mismo tiempo que un destello amarillento salía de la boca del cañón. Graham cayó de espaldas

sobre la arena, apuntando con la cabeza hacia la playa, sintiendo un intenso ardor en el costado izquierdo de su pecho.

Dolarhyde pegó un salto y cayó sobre el estómago de Graham con ambos pies esgrimiendo un cuchillo y sin prestar atención al alarido que provenía del borde del agua. Sujetó a Graham con las rodillas, levantó alto el cuchillo y lanzó un rugido al dejarlo caer. La hoja se incrustó profundamente en la mejilla a escasa distancia del ojo.

Dolarhyde se inclinó hacia adelante apoyándose contra el mango del cuchillo para atravesarle la cabeza a Graham.

La caña silbó cuando Molly la lanzó violentamente contra la cara de Dolarhyde. Los anzuelos se incrustaron firmemente en su mejilla y el reel chirrió al aflojar más hilo cuando Molly tiró hacia atrás para golpear otra vez.

Dolarhyde gruñó y se agarró la cara y los anzuelos triples se incrustaron también en su mano. Con una mano libre y otra sujeta a la cara por los anzuelos, tironeó del cuchillo y salió en pos de ella.

Graham rodó hacia un costado, se puso de rodillas, consiguió pararse y corrió con ojos desorbitados escupiendo sangre; corrió escapando de Dolarhyde, corrió hasta desplomarse.

Molly partió a la carrera hacia los médanos con Willy a la delantera. Dolarhyde los seguía, arrastrando la caña. Esta se enganchó en un arbusto y lo tironeó obligándolo a detenerse lanzando un grito, hasta que se le ocurrió cortar el hilo.

—¡Corre niño, corre niño, corre niño! No mires hacia atrás —exclamó Molly. Sus piernas eran largas y empujaba al chico hacia adelante al escuchar cada vez más cerca el ruido de los arbustos que se quebraban.

Tenían noventa metros de ventaja cuando salieron de los médanos, sesenta cuando entraron a la casa. Corrió escaleras arriba. Se zambulló en el ropero de Will.

—Quédate aquí —le dijo a Willy.

Bajó para hacerle frente. Entró a la cocina luchando por poner el cargador.

Olvidó la posición de tiro y olvidó la mira, pero aferró con ambas manos la pistola y cuando la puerta se abrió violentamente le descerrajó un disparo en el muslo y le disparó a la cara cuando Dolarhyde resbaló hacia el piso mirándola y le disparó a la cara mientras estaba sentado sobre el piso y corrió hacia él y le disparó dos veces más en la cara mientras se desplomaba contra la pared. Con la cabeza caída y el pelo ardiendo.

Willy rompió una sábana y fue en busca de Will. Le temblaban las piernas y se cayó varias veces al atravesar el jardín.

Los agentes del alguacil y las ambulancias llegaron antes de que Molly pensara en llamarlos. Estaba dándose una ducha cuando entraron a la casa amparándose en sus armas. Se estaba refregando vehementemente las manchas de sangre y las astillas de hueso que tenía en la cara y en el pelo y no pudo contestar cuando un agente trató de hablar con ella a través de la cortina de la ducha.

Uno de los agentes recogió por fin el tubo del teléfono que seguía colgando y habló con Crawford que desde Washington había oído los disparos y los había llamado para que fueran allí.

—No sé, en este momento lo traen —dijo el agente. Miró por la ventana al ver pasar la camilla—. No me gusta mucho —agregó.

LIV

En la pared frente a los pies de la cama había un reloj con números lo suficientemente grandes como para poder ver la hora a pesar de los calmantes y el dolor.

Cuando Will Graham pudo abrir su ojo derecho vio el reloj y supo enseguida dónde estaba: en una sala de terapia intensiva. Sabía que debía observar el reloj. Su movimiento le indicaba que todo estaba pasando, que pasaría.

Para eso lo habían puesto allí.

Las agujas indicaban las cuatro. No tenía la menor idea si eran las cuatro de la mañana o las cuatro de la tarde, pero no le importaba siempre y cuando las agujas siguieran moviéndose. Cayó nuevamente en un profundo sopor.

El reloj indicaba las ocho cuando abrió nuevamente el ojo.

Había alguien junto a él. Giró cuidadosamente el ojo y vio a Molly mirando por la ventana. Estaba delgada. Trató de hablar, pero sintió un terrible dolor en el costado izquierdo de su cabeza al mover la mandíbula. Su cabeza y su pecho no palpitaban al unísono. Era más bien un ritmo sincopado. Hizo un ruido cuando ella salió del cuarto.

Se veía cierta claridad por la ventana cuando lo incorporaron, lo tironearon y le efectuaron unas curaciones que por poco le hacen estallar los tendones del cuello.

La luz era amarilla cuando vio la cara de Crawford observándolo.

Graham consiguió guiñar el ojo. Cuando Crawford sonrió pudo ver un pedacito de espinaca entre sus dientes.

Qué raro. Crawford rara vez comía verduras.

Graham movió su mano sobre la sábana indicando que quería escribir.

Crawford le deslizó su agenda bajo la mano y le colocó un lápiz entre los dedos.

«¿Cómo está Willy?» —escribió.

—Muy bien —contestó Crawford — . Y Molly también. Estuvo aquí mientras dormías. Dolarhyde está muerto, Will. Te lo juro. Está muerto. Yo mismo tomé sus huellas y Price las comparó. No cabe la menor duda. Está muerto.

Graham dibujó un signo de interrogación en la página.

—Ya te lo contaré. Estaré por aquí y te contaré todo con lujo de detalles cuando

te sientas bien. Sólo puedo verte cinco minutos.
— «Ahora» —escribió Graham.
—¿El médico habló contigo? ¿No? Pues te contaré sobre ti en primer lugar... quedarás perfectamente bien. Tienes el ojo cerrado por un gran edema que se formó al recibir la puñalada en la mejilla. Te lo arreglaron pero demorará un tiempo en quedar bien. Te extirparon el bazo. Pero ¿quién precisa un bazo? Price dejó el suyo en Birmania en 1941.
Una enfermera golpeó el vidrio.
—Debo irme. Aquí no respetan credenciales ni nada. Te echan a patadas cuando pasa la hora. Te veré luego.
Molly estaba en la sala de espera de la unidad de terapia intensiva, donde aguardaban además numerosas personas con caras de cansancio.
Crawford se acercó a ella.
-Molly...
—Hola Jack —dijo ella—. *Tú* sí tienes buen aspecto. ¿Quieres darle un trasplante de cara?
—Por favor, Molly.
—¿Lo miraste?
-Sí.
—Yo creí que no iba a poder mirarlo, pero lo hice.
—Va a quedar bien. El médico lo dijo. Pueden hacerlo. ¿Quieres que alguien te acompañe, Molly? Vine con Phyllis, ella...
—No. No hagas nada más por mí.
Buscó un pañuelo de papel. Crawford vio la carta cuando abrió la cartera: un elegante sobre violeta igual al que había visto en otra oportunidad.
A Crawford no le gustaba nada lo que debía hacer, pero no podía evitarlo.
-Molly.
—¿Qué pasa?
—¿Will recibió una carta?
-Sí.
—¿Te la entregó la enfermera?
—Sí, ella me la dio. Tienen además unas flores que le enviaron desde Washington sus amigos.
—¿Puedo ver la carta?
—Se la entregaré a *él* cuando se sienta con ganas de leerla.
—Déjame verla, por favor.
—¿Por qué?
—Porque no le conviene recibir noticias de esa persona.
Había algo extraño en la expresión de su cara, miró nuevamente la carta y la dejó caer junto con la cartera y todo su contenido. Un lápiz de labios rodó por el piso.
Al agacharse a recoger las cosas de Molly, Crawford oyó el ruido de sus

tacones al alejarse ella apresuradamente, abandonando la cartera.

Crawford le entregó la cartera a la enfermera de turno. Sabía que era prácticamente imposible que Lecter consiguiera lo que precisaba, pero no quería correr riesgo alguno con él.

Logró que un médico interno hiciera una revisión fluroscópica de la carta en la sala de rayos. Crawford cortó el sobre en sus cuatro costados con un cortaplumas y revisó la superficie interior y la de la carta en busca de alguna mancha o polvillo. En el Chesapeake Hospital probablemente utilizaban lavandina para limpiar y había además una farmacia.

Sólo cuando quedó satisfecho de la inspección procedió a leerla.

Querido Will:

Aquí estamos, usted y yo, padeciendo en nuestros respectivos hospitales. Usted con su dolor y yo sin mis libros... el inteligente doctor Chilton se encargó de ellos.

¿No le parece Will que vivimos en una época primitiva? Ni salvaje ni erudita. Y su maldición son las medias tintas. En cualquier sociedad racional me matarían o me devolverían los libros.

Le deseo una rápida convalecencia y espero que no quede muy feo.

Pienso a menudo en usted.

Hannibal Lecter

El médico interno miró su reloj.

— ¿Me necesita para algo más?

—No —contestó Crawford—. ¿Dónde está el incinerador?

Molly no estaba en la sala de espera ni dentro de la sala de terapia intensiva cuando Crawford volvió a las cuatro horas para el siguiente período de visitas.

Graham estaba despierto. Dibujó enseguida un signo de interrogación en el bloc y debajo escribió:

«¿Cómo murió Dolarhyde?»

Crawford le contó. Graham permaneció inmóvil durante un minuto. Luego escribió:

«¿Cómo huyó?»

—Bien —respondió Crawford—. Volvamos a St. Louis. Dolarhyde debe de haber ido a buscar a Reba McClane. Entró al laboratorio mientras estábamos nosotros allí y debe de habernos visto. Sus huellas quedaron en una ventana abierta del cuarto de la caldera según me informaron ayer.

Graham garabateó nuevamente en el papel.

«¿Y de quién era el cadáver?»

—Pensamos que era un sujeto llamado Arnold Lang; ha desaparecido.

Encontraron su auto en Memphis. Había sido robado. Me queda sólo un minuto antes de que me echen. Permíteme que te lo cuente en orden.

«Dolarhyde advirtió nuestra presencia allí. Se escabulló del laboratorio y se dirigió a una estación de servicio de Servco Supreme ubicada en Lindberg y la ruta 270. Arnold Lang trabajaba allí.

»Reba McClane nos contó que Dolarhyde tuvo una discusión con un empleado de una estación de servicio el sábado anterior. Suponemos que era Lang.

«Liquidó a Lang y llevó el cadáver a su casa. Entonces fue en busca de Reba McClane. En ese momento estaba parada en la puerta de su casa besando a Ralph Mandy. Le descerrajó un tiro a Mandy y lo arrastró hasta el cerco.

La enfermera entró.

—Por el amor de Dios, es un asunto policial —dijo Crawford. Siguió hablando rápidamente mientras la enfermera lo tironeaba de la manga de la chaqueta hacia la puerta—. Cloroformo a Reba McClane y la llevó a la casa. El cadáver ya estaba allí —agregó Crawford desde el pasillo.

Graham tuvo que esperar cuatro horas para saber la continuación.

—La entretuvo un rato, sabes, «Te mataré o no te mataré», ese tipo de cosas —dijo Crawford al trasponer la puerta.

»Ya conoces el cuento de la llave que colgaba de su cuello... eso era para asegurarse de que ella tocaría el cadáver. Así podría contarnos que realmente lo había tocado. Muy bien, él sigue hablando hasta que por fin le dice «No puedo tolerar verte morir quemada» y entonces le revienta la cabeza a Lang con una escopeta de calibre doce.

»Lang era mandado hacer. No tenía dientes además. Tal vez Dolarhyde sabía que el arco maxilar resiste muchas veces el fuego, nadie puede decirnos lo que sabía. De todos modos, Lang no tenía mandíbula alguna cuando Dolarhyde terminó con él. £1 disparo separó la cabeza del cuerpo y debe de haber tirado una silla y otra cosa al piso para simular el impacto de un cuerpo que caía. Y colgó la llave del cuello de Lang.

«Reba comenzó entonces a dar vueltas en busca de la llave. Dolarhyde la observaba desde un rincón. Ella estaba ensordecida por el disparo de la escopeta. No podía oír los pequeños ruidos que hacía Dolarhyde.

» Encendió un fuego pero esperó hasta acercarle la nafta. Tenía un recipiente con nafta en el cuarto. Reba consiguió salir sin problemas de la casa. Si el miedo la hubiera inmovilizado o si hubiera tropezado con una pared u otra cosa, pienso que él la habría dormido de un golpe y arrastrado afuera. Ella nunca habría sabido cómo consiguió salir. Pero tenía que salir para que el plan de Dolarhyde funcionara. Oh, diablos, ya viene otra vez la enfermera.

—«¿En qué vehículo?» —escribió rápidamente Graham.

—Esto es digno de admiración —acotó Crawford—. Sabía que debía dejar su furgoneta en la casa. No podía tampoco llegar allí conduciendo dos autos al mismo tiempo y precisaba uno para escapar.

•Entonces hizo lo siguiente: obligó a Lang a enganchar su furgoneta al remolque de la estación de servicio. Mató a Lang, cerró la estación de servicio y remolcó su auto hasta la casa. Dejó el remolque en un camino de tierra que pasa por detrás de la casa, se metió en su furgoneta y pardo en busca de Reba. Cuando vio que Reba conseguía salir de la casa, buscó la caja con la dinamita, acercó el bidón de nafta al fuego y huyó por la parte de atrás, condujo otra vez el remolque hasta la estación de servicio, lo dejó y partió en el auto de Lang. Como verás, ningún cabo suelto.

»Casi me vuelvo loco tratando de pensar cómo había ocurrido.

Pero sé que es así porque dejó unas huellas en la barra de remolque.

»Posiblemente nos cruzamos con él en el camino cuando nos dirigíamos a la casa... Sí, señorita. Ya voy. Sí, señorita.

Graham quiso preguntarle una cosa pero ya fue demasiado tarde.

Molly entró durante el próximo turno de visitas.

Graham escribió «Te quiero», en la agenda de Crawford.

Ella asintió y le tomó la mano.

Un minuto después escribió nuevamente:

«¿Está bien Willy?» Molly movió afirmativamente la cabeza.

«¿Está aquí?»

Ella levantó demasiado la vista del papel. Le tiró un beso y señaló a la enfermera que se aproximaba.

El le agarró el pulgar.

«¿Dónde?», insistió subrayando dos veces la palabra.

—En Oregón —contestó ella.

Crawford entró una última vez.

Graham tenía ya preparada su nota. En ella había escrito.

«¿Dientes?»

—Eran los de su abuela —le explicó Crawford — . Los que encontramos en la casa eran los de su abuela. La policía de St. Louis localizó a un tal Ned Vogt, la madre de Dolarhyde era su madrastra. Vogt vio a la señora Dolarhyde cuando era niño y jamás olvidó sus dientes.

»Eso era lo que quería contarte cuando te atacó Dolarhyde. Acababa de recibir una llamada del Instituto Smithsoniano. Consiguieron finalmente que las autoridades de Missouri les cedieran los dientes para poder examinarlos por pura curiosidad. Advirtieron que la parte superior estaba hecha con vulcanita en lugar de acrílico, como se fabrican actualmente. Hace treinta y cinco años que nadie realiza una dentadura con vulcanita.

«Dolarhyde se hizo hacer una copia exacta para su uso. Los nuevos se encontraron en su cuerpo. Después de haber estudiado ciertos detalles, la estrías y los pliegues, llegaron a la conclusión de que habían sido fabricados en China. Los viejos eran suizos.

«Encontraron además en su ropa la llave de un *locker* de Miami. Allí había guardado un libro enorme. Una especie de diario, algo infernal. Lo tengo

guardado para cuando quieras mirarlo.
»Oye, viejo, tengo que volver a Washington. Vendré nuevamente aquí el fin de semana si consigo escaparme. ¿Estarás bien?
Graham dibujó un signo de interrogación pero enseguida lo tachó y escribió «Por supuesto».
La enfermera entró no bien salió Crawford. Le inyectó Demerol en el suero intravenoso y los números del reloj se empezaron a borronear. No podía ver qué marcaba la aguja grande.
Se preguntó si el Demerol actuaría sobre los sentimientos. Podría retener a Molly durante un tiempo. Por lo menos hasta que terminara de recuperarse. Eso sería una jugada sucia. ¿Retenerla para qué? Sintió que el sopor lo invadía. Esperaba no soñar.
Su sopor estaba matizado por recuerdos y sueños, pero no era una sensación desagradable. No soñó que Molly lo abandonaba ni soñó con Dolarhyde. Era un largo sueño rememorativo de Shiloh*, interrumpido por luces que le iluminaban la cara y el bombeo del tensiómetro...
Era primavera, poco después de haber dado muerte a Garret Jacob Hobbs y estaba en Shiloh[1]*.
En ese tibio día de abril cruzó el camino de asfalto en dirección a Bloody Pond. El pasto nuevo, que conservaba aún el tono verde claro, cubría la loma hasta el borde del agua. El agua transparente había subido de nivel, tapando el pasto, que era visible bajo la superficie, dando la impresión de que seguía extendiéndose hasta tapizar el fondo de la laguna.
Graham sabía lo que había ocurrido allí en abril de 1862.
Se sentó sobre el pasto, sintiendo la humedad del suelo a través de sus pantalones.
Pasó un turista en un auto y casi inmediatamente Graham vio algo que se movía en la ruta. El vehículo había pisado una culebra. El ofidio se retorcía haciendo interminables ochos sobre sí mismo, mostrando alternativamente su dorso oscuro y su vientre amarillento.
La sobrecogedora presencia de Shiloh le producía ligeros escalofríos a pesar de estar transpirando por el fuerte sol de primavera.
Graham se levantó. Los fondillos del pantalón estaban húmedos y se sentía algo aturdido.
La culebra seguía retorciéndose. Se paró sobre ella, la agarró de la punta suave *y* seca de la cola y con un movimiento rápido y fluido la hizo restallar como un látigo.
Sus sesos cayeron en la laguna. Un pez se apresuró a ingerirlos.
Había pensado que Shiloh era un lugar embrujado y su belleza siniestra como los lirios.

---

[1] * *Shilohr:* Parque Nacional en el S.O. de Tennessee, EE.UU. Escenario de una importante batalla de la Guerra Civil.

Mientras pasaba del calor de los narcóticos a los recuerdos, advirtió que Shiloh no era algo siniestro; era indiferente. La bellísima Shiloh podía presenciar cualquier cosa. Su imperdonable belleza sencillamente subrayaba la indiferencia de la naturaleza, esa Máquina Verde. £1 encanto de Shiloh se burlaba de nuestra condición.

Abrió el ojo y miró el absurdo reloj, pero no pudo dejar de pensar:

«No existe misericordia en la Máquina Verde; *nosotros* la creamos, fabricándola en las partes que han superado nuestro elemental cerebro de reptil.»

«No existe el crimen. Nosotros lo fabricamos y sólo a nosotros nos incumbe.»

Graham sabía perfectamente bien que estaban en él todos los elementos para cometer un crimen; y tal vez también los necesarios para obrar con misericordia.

Era consciente, no sin cierto desagrado, de que comprendía demasiado bien los motivos de un crimen.

Se preguntaba si dentro de la vasta humanidad, en las mentes de los hombres empeñados en civilizar, los perversos instintos que controlamos en nuestras personas y el oscuro e innato conocimiento de esos instintos, funcionan como los virus contra los que el organismo se defiende.

Se preguntó si son viejos y espantosos instintos los virus con que se fabrican las vacunas.

Sí, había estado equivocado respecto a Shiloh. Shiloh no está embrujado... los hombres están embrujados.

A Shiloh no le importa.

Me propuse, pues, en mi ánimo conocer la sabiduría, y asimismo la necedad y la insensatez; y aprendí que también esto es correr tras el viento.

ECLESIASTÉS

FIN